

LAS TENTACIONES DE SAN ANTONIO

**Gustave Flaubert
(1821 – 1880)**

LAS TENTACIONES DE SAN ANTONIO

Gustave Flaubert

ÍNDICE

Capítulo I.....	1
Capítulo II.....	10
Capítulo III.....	23
Capítulo IV.....	32
Capítulo V.....	80
Capítulo VI.....	112
Capítulo VII.....	118
Léxico de nombres mitológicos e históricos.....	133

A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V Z

I

La acción transcurre en la Tebaida en lo alto de una montaña, encima de una explanada en forma de media luna, a la que cercan unas gruesas piedras.

La cabaña del ermitaño ocupa el fondo de la misma. Está hecha de barro y carrizo, tiene el tejado plano, carece de huerta. En su interior pueden verse un cántaro y un pan moreno; en medio, sobre un facistol de madera, un libro grueso; por el suelo, aquí y allá, hay filamentos de espartería, dos o tres esteras, una cesta, un cuchillo.

A diez pasos de la cabaña hay una cruz muy alta plantada en el suelo, y al otro extremo de la explanada, una vieja palmera torcida se inclina sobre el abismo, pues la montaña es escarpada, y el Nilo parece formar un lago al pie del acantilado.

La vista se halla limitada, a derecha e izquierda, por el cercado que forman las rocas. Pero mirando hacia el desierto, como si fueran playas que se sucedieran unas a otras, hay unas inmensas ondulaciones paralelas de color

rubio ceniciento que se van extendiendo en sentido ascendente. Luego, allende las arenas, muy lejos, la cadena líbica forma un muro de color tiza, ligeramente difuminado por vapores violetas. Enfrente, empieza a ponerse el sol. El cielo, por el norte, tiene un matiz gris perla mientras que en el cenit unas nubes de color púrpura, dispuestas como las vedijas de unas crines gigantescas, se diluyen por la bóveda azul. Estos rayos de luz semejantes a llamas se van oscureciendo y las partes de cielo adquieren una palidez nacarada; los matorrales, las piedras, la tierra, todo ahora parece duro como el bronce. Y en el espacio flota un polvillo de oro tan fino que se confunde con la vibración de la luz.

SAN ANTONIO

que lleva la barba larga, cabellos largos y una túnica de piel de cabra, está sentado con las piernas cruzadas, haciendo esteras. En cuanto el sol desaparece, da un gran suspiro y dice mirando al horizonte:

¡Un día más! ¡Ha pasado otro día!

No obstante, yo antaño no me sentía tan miserable. Antes de que acabara la noche, empezaba a rezar mis oraciones; luego bajaba al río a por agua y subía después por el áspero sendero, con el odre al hombro, cantando himnos. Más tarde, me entretenía ordenándolo todo en mi cabaña. Tomaba mis herramientas, trataba de que las esteras quedaran muy uniformes y las cestas, ligeras, pues hasta mis más insignificantes acciones me parecían entonces deberes que nada de penoso tenían.

Abandonaba mi tarea a horas regulares y, rezando con los brazos en cruz, sentía como si se derramase una fuente de misericordia desde lo alto del cielo hasta mi corazón. Ahora, esa fuente está seca. ¿Por qué?

Pasea por el recinto de las rocas, lentamente.

Todos me censuraban cuando me fui de casa. Mi madre cayó al suelo moribunda, mi hermana me hacía señas desde lejos para que volviese y la otra, Amonaria, lloraba. Amonaria era esa niña con quien me tropezaba cada tarde a orillas del aljibe, cuando llevaba allí a sus búfalos. Se echó a correr detrás de mí. Las ajorcas de sus pies brillaban entre el polvo y su túnica, abierta hasta las caderas, flotaba al viento. El anciano asceta que me llevaba consigo la insultó a gritos. Nuestros dos camellos seguían galopando; y después no he vuelto a ver a nadie.

Primero elegí por vivienda la tumba de un Faraón. Pero en esos palacios subterráneos circulan hechizos y las tinieblas parecen más densas debido a los antiguos vapores de las hierbas aromáticas. Del fondo de los sarcófagos oía elevarse una voz doliente que me llamaba; o veía cobrar vida, de pronto, a las cosas abominables que allí había, pintadas en la paredes. Así

que huí hasta llegar a orillas del Mar rojo, y me instalé en una ciudadela en ruinas. En aquel lugar tenía por compañía a unos alacranes que se arrastraban por entre las piedras y, por encima de mi cabeza, daban continuamente vueltas las águilas en el cielo azul. Por las noches, sentía garras que me laceraban, picos que se hincaban en mis carnes, alas blandas rozándome... Incluso una vez, las gentes de una caravana que iba camino de Alejandría tuvieron que acercarse a socorrerme y luego me llevaron con ellos.

Entonces quise instruirme junto al buen anciano Dídimo. Aun estando ciego, nadie lo igualaba en cuanto a conocimiento de las Escrituras. Cuando acababa la lección, me pedía que le diera el brazo para dar un paseo. Yo lo llevaba hasta el Paneo, desde el cual se divisa el Faro y la alta mar. Volvíamos seguidamente por el puerto, codeándonos con hombres de todas las naciones, hasta con cimerios vestidos con pieles de oso, y gimnosofistas del Ganges, untados de boñiga de vaca. Pero siempre tropezábamos con algún disturbio en las calles, a causa de los judíos que se negaba a pagar los impuestos, o de los sediciosos que querían expulsar a los romanos. Además, la ciudad está llena de herejes, de sectarios de Manés, de Valentín, de Basilides, de Arrio, que tratan de acaparar a la gente y de convencerla.

En ocasiones me vuelven sus discursos a la memoria. Aunque uno no quiera hacerles caso, siempre consiguen turbar.

Me refugié en Colzim y mi penitencia fue tan extremada que ya no le tenía miedo a Dios. Hubo personas que se reunieron a mi alrededor para hacerse anacoretas. Yo les impuse una regla práctica, basada en el odio a las extravagancias de la Gnosis y a las aseveraciones de los filósofos. De todas partes me enviaban mensajes. Venían a verme desde muy lejos.

Entretanto, el pueblo torturaba a los confesores y la sed de martirio que yo sentía me arrastró a Alejandría. La persecución había cesado tres días atrás.

Ya regresaba cuando un montón de gente me hizo detenerme ante el templo de Serapis. Era –me dijeron– el último escarmiento que quería hacer el gobernador. En medio del pórtico, a pleno sol, había una mujer desnuda atada a una columna; dos soldados la azotaban con correas; a cada golpe, todo su cuerpo se retorció. Se volvió hacia mí con la boca abierta y, por encima de la multitud, a través de los largos cabellos que le tapaban la cara, creí reconocer a Amonaria.

No obstante, ésta era más alta... y hermosa... ¡Prodigiosamente hermosa!

Se pasa las manos por la frente.

¡No, no! ¡No quiero pensar más en ello!

En otra ocasión, Atanasio me llamó para que lo ayudase contra los

arrianos. Todo se limitó a unas cuantas invectivas y risotadas. Pero a partir de entonces fue calumniado, depuesto y tuvo que huir. ¿Dónde estará ahora? ¡No lo sé! Nadie se preocupa de traerme noticias... ¡Todos mis discípulos me han abandonado, Hilarión igual que los demás!

Tal vez tuviera quince años cuando llegó; y tan ávida de saber se hallaba su mente que a cada momento me estaba haciendo preguntas. Luego escuchaba con aire pensativo, y todas las cosas que yo necesitaba, él me las traía sin rechistar, más ligero que un cabritillo, y alegre además, hasta el punto de hacer reír a los patriarcas. ¡Era como un hijo para mí!

El cielo está rojo. La tierra, completamente negra. Las ráfagas levantan nubes de arena como si fueran grandes sudarios que luego caen. En un claro, de repente, pasan unos pájaros formando un batallón triangular, semejante a un pedazo de metal, y en el que únicamente los bordes se estremecen.

Antonio los contempla.

¡Ay, cuánto me gustaría ir con ellos!

¡Cuántas veces contemplé también yo con envidia los largos barcos, cuyas velas parecen alas! Sobre todo cuando se llevaban lejos a quienes yo había recibido en mi casa. ¡Qué momentos tan gratos pasábamos juntos! ¡cómo nos desahogábamos! Ninguno llegó a interesarme tanto como Amón; me contaba su viaje a Roma, me hablaba de las Catacumbas y del Coliseo, de la piedad de las mujeres ilustres y de mil cosas más... ¡Y yo no quise irme con él! ¿De dónde procede mi obstinación en seguir llevando una vida como ésta? Hubiera hecho mejor quedándome con los monjes de Nitria, puesto que me suplicaban que así lo hiciera. Viven en celdas separadas, pero se comunican entre sí. Los domingos, la trompeta los llama y se reúnen en la iglesia, donde se ven colgados tres látigos; éstos sirven para castigar a los delincuentes, a los ladrones y a los intrusos, pues su disciplina es severa.

No carecen, empero, de ciertos deleites. Hay fieles que les llevan huevos, frutas y hasta instrumentos adecuados para quitarse las espinas de los pies. Hay viñedos en torno a Pisperi y los de Pabena poseen una balsa para ir a buscar provisiones.

Pero yo hubiera servido mejor a mis hermanos haciéndome sencillamente sacerdote. Se ayuda a los pobres, se distribuyen los sacramentos y se goza de autoridad ante las familias.

Por otra parte, no todos los laicos se condenan y sólo de mí dependía ser... qué diré yo... gramático, o filósofo. Tendría en mis aposentos una esfera de cálamo, andaría siempre con tablillas en la mano, habría gente joven a mi alrededor y de mi puerta colgaría, a modo de enseña, una corona de laurel.

¡Pero estos triunfos lo vuelven a uno orgulloso! Más valiera haberme hecho soldado. Yo era robusto y valiente, lo suficiente como para tensar el

cable de las máquinas, atravesar bosques sombríos, entrar con el casco puesto en las ciudades incendiadas y humeantes... Nada me impedía tampoco haber comprado con mi dinero un cargo de publicano en el peaje de algún puente; y los viajeros me habrían narrado historias y mostrado, en sus equipajes, una gran cantidad de objetos curiosos...

Los mercaderes de Alejandría navegan los días de fiesta por el río Canope y beben vino en cálices de loto, al son de los tamboriles que hacen retremblar las tabernas de las orillas. Más allá hay unos árboles recortados en forma de conos que protegen las tranquilas granjas del viento del sur. El tejado de la alta casa se apoya en unas esbeltas columnitas, muy cerca unas de otras, como las estacas de una empalizada. Y por los huecos que quedan entre las mismas, el dueño, tendido en su largo lecho, vislumbra todos sus campos a su alrededor, a los cazadores en los trigales, el lagar donde se vendimia, los bueyes que están en la trilla. Sus hijos juegan en el suelo. Su mujer se inclina para darle un beso.

En la oscuridad blanquecina de la noche aparecen, por aquí y por allá, unos hocicos en punta, con orejas tiasas y ojos brillantes. Antonio se acerca a ellos. Caen unas piedras rodando y los animales huyen. Era una manada de chacales.

Tan sólo uno permanece allí, y se sostiene sobre dos patas, con el cuerpo arqueado y la cabeza torcida, en una postura llena de desconfianza.

¡Qué bonito es! Me gustaría acariciarlo suavemente...

Antonio silba para atraerlo. El chacal desaparece.

¡Ay, se va con los demás! ¡Qué soledad tan grande! ¡Qué aburrimiento!

Prosigue, riendo amargamente:

¡Vaya existencia la mía! Se reduce a torcer, mediante el fuego, ramas de palmera para hacer cayados; fabricar cestos y coser esteras, para luego trocar todo esto a los nómadas por un pan duro, tan duro que al morderlo se rompen los dientes. ¡Ay mísero de mí! ¿No acabará nunca esto? ¡Más valdría la muerte! ¡No puedo más! ¡Basta, basta!

Golpea con el pie en el suelo y da vueltas en medio de las rocas con paso ligero; luego se detiene, jadeante, prorrumpe en sollozos y se tiende de costado en el suelo.

La noche está serena. Palpitan numerosas estrellas. No se oye más que el castañeteo de las tarántulas.

Los dos brazos de la cruz proyectan una sombra en la arena; Antonio, que está llorando, se fija en ella.

¡Tan débil soy, Dios mío! ¡Valor, levantémonos!

Entra en la cabaña, descubre un carbón enterrado, enciende una antorcha y la planta en el facistol de madera, para que dé luz al libro.

Y si abriese el libro por... ¿Los Hechos de los Apóstoles?... ¡Sí!... ¡Por cualquier sitio!

“Vio el cielo abierto y un mantel grande que bajaba por las cuatro esquinas y en él toda suerte de animales terrestres y de fieras, de reptiles y de pájaros; y una voz le dijo: `¡Pedro, levántate, mata y come!’”

Por tanto, ¿el Señor quería que su apóstol comiese de todo?... Mientras que yo...

Antonio permanece con la barbilla apoyada en el pecho. El susurro de las páginas, agitadas por el viento, le hace levantar la cabeza y lee:

“Los judíos, con sus puñales, mataron a todos sus enemigos e hicieron con ellos una gran carnicería, de suerte que dispusieron a discreción de aquellos a quienes aborrecían.”

Viene después la enumeración de la persona a quienes mataron: fueron setenta y cinco mil. ¡Habían sufrido tanto! Además, sus enemigos eran los enemigos del dios verdadero. ¡Y cuánto debieron gozar vengándose, mientras degollaban a los idólatras! La ciudad, sin duda, rebosaba cadáveres. Los había en el umbral de los jardines, en las escaleras y a tal altura llegaban en las habitaciones que no podían cerrarse las puertas... ¡Pues no me estoy sumiendo ahora en ideas de sangre y de asesinato!

Abre el libro por otro sitio.

“Nabucodonosor se prosternó pegando el rostro a tierra, y adoró a Daniel.”

¡Eso está bien! El altísimo exalta a sus profetas por encima de los reyes. Aquél vivía entre festines, continuamente ebrio de placeres y orgullo. Pero dios, en castigo, lo convirtió en animal. ¡Andaba en cuatro patas!

Antonio se echa a reír y al apartar los brazos, con la punta de los dedos, pasa sin querer las páginas del libro. Sus ojos tropiezan con la siguiente frase.

“Ezequías sintió gran alegría por su llegada. Les mostró sus perfumes, su oro y su plata, todas sus hierbas aromáticas, sus aceites fragantes, todos sus vasos valiosos y cuantos tesoros había en sus cofres.”

Me figuro que se verían –amontonados hasta el techo– piedras finas, diamantes, daricos. Un hombre que posee tal cúmulo de riquezas no puede

ser como los demás. Mientras las toca, pensará que tiene en sus manos el resultado de muchos y considerables esfuerzos, y algo así como la vida de los pueblos, que él hubiera absorbido y que puede distribuir. Es una precaución útil a los reyes. El más sabio de todos no olvidó hacerlo. Sus flotas le traían marfil, monos... ¿Por dónde anda eso?

Pasa las hojas con rapidez.

¡Ah, aquí está!

“La reina de Saba, al conocer la gloria de Salomón, vino a tentarlo proponiéndole enigmas.”

¿Y cómo podía esperar que iba a inducirlo a la tentación? ¡Claro que el diablo también quiso tentar a Jesús! Pero Jesús triunfó porque era Dios, y Salomón acaso lo hiciera gracias a sus artes de mago. ¡Son sublimes esas artes! Pues el mundo –así me lo explico un filósofo- forma un conjunto en que todas las partes influyen unas sobre otras, como los órganos de un solo cuerpo. ¿Se tratará, pues, de conocer los amores y repulsiones naturales de las cosas y luego aplicar este conocimiento?... ¿Sería posible, entonces, modificar lo que, según nosotros creemos, pertenece al orden inmutable?

En aquel momento, las dos sombras que los brazos de la cruz dibujan tras él se proyectan hacia delante, forman como dos grandes cuernos; Antonio exclama:

¡Socorro, Dios mío!

La sombra ha vuelto a su sitio.

¡Ah, era sólo una ilusión!... ¡Nada más! Es inútil que mi espíritu se atormente. ¡No tengo nada que hacer!.. ¡Absolutamente nada que hacer!

Se sienta y se cruza de brazos.

No obstante... me había parecido sentir que se acercaba... Aunque, ¿por qué iba él a venir? Además, ¿acaso no conozco yo muy bien sus artimañas? Rechacé al monstruoso anacoreta que me ofrecía, riendo, unos panecillos clientes; y al centauro que trataba de hacerme montar en su grupa; y a ese niño negro que apareció en medio de la arena, que era muy hermoso y que me dijo llamarse espíritu de fornicación.

Antonio se pasea de derecha a izquierda, con viveza.

¡Fue por orden mía por lo que construyeron ese montón de santos retiros llenos de monjes con cilicios por debajo de sus pieles de cabra, y que

son tan numerosos que podrían constituir un ejército! He curado de lejos a los enfermos; eché a los demonios; atravesé el río en medio de los cocodrilos; el emperador Constantino me escribió tres cartas; Balacio, que había escupido sobre las mías, fue descuartizado por sus caballos; el pueblo de Alejandría, cuando volvía a aparecer, se peleaba por verme y Atanasio me acompañó hasta el camino. Pero, la verdad, ¡vaya obras! Hace ya más de treinta años que estoy en el desierto gimiendo sin cesar. Llevé a mis espaldas ochenta libras de bronce, como Eusebio; expuse mi cuero a las picaduras de los insectos, igual que Macario; permanecí cincuenta y tres noches sin pegar ojo, como Pacomio. Y aquellos a quienes decapitan, a quienes dan tormento con tenazas y a quienes queman en la hoguera puede que tengan menos mérito que yo, ¡pues mi vida es un continuo martirio!

Antonio aminora el paso.

Ciertamente, no hay nadie que se halle en tan profundo desamparo como yo. Los corazones caritativos abundan cada vez menos. Ya no me da nadie nada. Mi manto está raído. No tengo sandalias. ¡Ni siquiera una escudilla! Pues distribuí a los pobres y a mi familia todos mis bienes, sin quedarme ni con un óbolo. Aunque sólo fuese para tener las herramientas que me son indispensables para mi trabajo, necesitaría algo de dinero... ¡Oh, no mucho! ¡Una pequeña cantidad!.. La administraría bien.

Los padres de Nicea iban ataviados con trajes de púrpura, y estaban allí sentados, como magos, en unos tronos, a lo largo de la pared. Y los obsequiaron con un banquete, colmándolos de honores, sobre todo a Pafnucio, por estar tuerto y cojo desde la persecución de Diocleciano. El emperador le besó repetidas veces su ojo vacío. ¡Que tontería! Además, en el concilio había algunos de sus miembros ¡que eran tan infames! Había un obispo de Escitia: Teófilo. Otro de Persia: Juan. Un pastor de ganado: Espiridión. Alejandro era demasiado viejo. ¡Atanasio hubiera debido ser más clemente con los arrianos para obtener algunas concesiones!

¡Acaso las hubieran hecho! ¡No quisieron escucharme! El que hablaba contra mí –un joven alto de barba rizada- me lanzaba con expresión tranquila objeciones capciosas, y mientras yo buscaba la contestación adecuada, ellos estaban allí mirándome, con sus rostros malvados, ladrando como hienas. ¡Ay! ¿Por qué no tendré yo la posibilidad de hacer que los destierren a todos por orden del emperador? O mejor aún, ¿por qué no podré aplastarlos, pegarles, verlos sufrir? ¡A mí bien que me toca padecer!

Se apoya, desfallecido, en la cabaña.

Esto me pasa por haber ayunado tanto. Mis fuerzas me abandonan. Si

comiese... tan sólo una vez, un pedacito de carne...

Entorna los ojos con languidez.

¡Ah, carne roja!... Un racimo de uvas e hincar los dientes en él...
¡Leche cuajada temblando en un plato!...

Pero, ¿qué me está pasando? ¿qué es lo que me pasa?... Siento crecer mi corazón como el mar poco antes de que llegue la tempestad. Me invade una flojedad infinita y el aire cálido trae en sus efluvios el perfume de una cabellera. Sin embargo, ¿no hay aquí ninguna mujer?

Se vuelve hacia el sendero que hay entre las rocas.

Por ahí llegan ellas, medidas en sus literas por los brazos negros de sus eunucos. Bajan de las mismas y, juntando sus manos cuajadas de anillos, se arrodillan. Me cuentan sus inquietudes. La necesidad de una voluptuosidad sobrehumana las tortura; quisieran morir, han visto en sueños a unos dioses que las llaman, y el bajo de su vestido me roza los pies. Yo las rechazo: “¿Oh, no! –me dicen-. ¡Todavía no! ¿Qué debo hacer?” Cualquier penitencia les parece buena. Piden la más dura, quieren compartir la mía, vivir conmigo.

¡Hace ya mucho tiempo que no veo a ninguna! ¿quizá parezca alguna pronto? ¿Y por qué no? Si de repente... oyesse yo en la montaña el tintineo de las campanillas que llevan los mulos... Me parece...

Antonio trepa a una roca que hay a la entrada del sendero; se inclina y clava su mirada en las tinieblas.

Sí, allá a lo lejos, muy al fondo, se mueven unas sombras, como si hubiera gente que buscara su camino. ¡Ella está ahí! Pero me parece que se equivocan...

Llamando:

¡Por aquí! ¡Ven, ven!

El eco repite: ¡Ven, ven!

Antonio deja caer los brazos, estupefacto.

¡Qué vergüenza! ¡Ay, pobre Antonio!

E inmediatamente oye susurrar: “¡Pobre Antonio!”

¿Hay alguien? ¡Responda!

El viento, al colarse por entre las rocas, produce modulaciones, y en sus confusos sonidos Antonio distingue unas voces, como si el aire hablase. Son voces bajas e insinuantes,, sibilantes.

LA PRIMERA

-¿Deseas mujeres?

LA SEGUNDA

-¿Grandes montones de dinero, mejor?

LA TERCERA

-¿Una espada reluciente?

Y LAS DEMÁS

-¡El pueblo entero te admira!

-¡Duérmete!

¡Tú los degollarás, no te preocupes, tú los degollarás!

Al mismo tiempo, los objetos se transforman. Al borde del acantilado, la palmera vieja con su mata de hojas amarillas se convierte en el torso de una mujer asomada al abismo, cuya larga cabellera ondea al viento.

ANTONIO

se vuelve hacia su cabaña y el facistol que sostiene el grueso libro, con sus páginas cuajadas de letras negras, le parece un arbusto cubierto por completo de golondrinas.

Debe de ser la antorcha, con su juego de luces... ¡Vamos a apagarla!

Apaga, la oscuridad se hace profunda.

Y de pronto pasan por el aire, primero un charco de agua, luego una prostituta, después la esquina de un templo, la cara de un soldado, un carro con dos caballos blancos que se encabritan.

Estas imágenes van llegando bruscamente, a sacudidas, destacándose en la noche como si fueran pinturas de color escarlata sobre madera de ébano.

Su movimiento se acelera. Desfilan de manera vertiginosa. Otras veces se detienen y van empalideciendo gradualmente, terminando por diluirse. O bien se echan a volar e inmediatamente llegan otras.

Antonio cierra los ojos.

Las imágenes se multiplican, lo rodean, lo asedian. Un indecible espanto lo sobrecoge. Ya no siente nada, sólo una contracción que le quema el epigastrio. Pese al estrépito que hay dentro de su cabeza, percibe un enorme silencio que lo separa del mundo. Trata de hablar. ¡Imposible! Es como si todo su ser se disolviera y, sin poder aguantar más, Antonio cae sobre la estera.

II

Entonces una sombra enorme, más sutil que una sombra natural y cuyos bordes se hallan festoneados por otras sombras, se proyecta en el suelo.

Es el Diablo, acodado en el techo de la cabaña y cobijando bajo ambas alas –igual que un murciélago gigantesco que amamantara a sus crías- a los siete Pecados Capitales, cuyas gesticulantes cabezas se entrevén confusamente.

Antonio, que sigue con los ojos cerrados, goza de su inacción y se estira, tendido en la estera.

Ésta le parece suave, cada vez más; tanto es así que siente como si se rellenara, como si creciese, y la estera acaba por convertirse en una cama, la cama en una chalupa. El agua chapotea contra el casco de la embarcación.

A derecha e izquierda se elevan dos lenguas de tierra negra que dominan unos campos cultivados, con un sicomoro de cuando en cuando. A lo lejos resuenan cascabeles, tambores y cantos. Son personas que van a Canope, a dormir sobre el templo de Serapis para tener sueños premonitorios. Antonio sabe esto. Su barca se desliza por entre ambas orillas del canal, empujada por el viento. Las hojas de los papiros y las flores rojas de las ninfeas, de mayor tamaño que un hombre, se inclinan sobre él. Se halla tendido al fondo de la barca; un remo, en la parte de atrás, va arrastrando por el agua. De cuando en cuando llega hasta él una tibia brisa y los esbeltos juncos chocan entre sí. El murmullo de las olitas disminuye. Antonio se adormila y sueña que es un solitario en Egipto.

Se despierta de pronto, sobresaltado.

¿Habré soñado? Todo parecía tan claro que llego a dudarlo. ¡Me arde la lengua! Tengo sed.

Entra en su cabaña y tantea a ciegas por todas partes.

El suelo está húmedo. ¿Habrá llovido? ¡Vaya, por aquí hay pedazos de loza! ¡Mi cántaro se ha roto!... Pero, ¿y el odre?

Lo encuentra.

¡Vacío! ¡Está completamente vacío!

Para bajar hasta el río necesito al menos tres horas y la noche es tan oscura que no vería el camino. Mis entrañas se retuercen. ¿Dónde está el pan?

Tras haber buscado mucho tiempo, recoge un mendrugo pequeño, menor que un huevo.

¿Cómo? ¿Se habrán comido el pan los chacales? ¡Ay, maldición!

Y furioso tira el pan al suelo.

Apenas hecho este ademán, se le acerca una mesa cubierta de manjares.

El mantel de Biso, estriado como las vendas de las esfinges, produce por sí mismo unas ondulaciones luminosas. Hay encima enormes trozos de carne roja, grandes pescados, pájaros con sus plumas, cuadrúpedos con sus pieles, frutas de coloración casi humana; y trozos de hielo blanco, y jarros de cristal color violeta que intercambian sus destellos. Antonio ve, en el centro de la mesa, un jabalí echando humo por todos sus poros, con las patas dobladas bajo el vientre y los ojos a medio cerrar. La idea de poder comerse aquel bicho formidable le regocija en extremo. Luego hay allí otras cosas que él no ha probado nunca: negros picadillos, gelatinas color de oro, guisos en los que flotan hongos como si fueran nenúfares en un estanque, cremas batidas y tan esponjosas que parecen nubes...

Y el aroma de todo aquello trae hasta él el olor salado del océano, el frescor de las fuentes, el intenso perfume de los bosques. Dilata cuanto puede la aletas de su nariz; se le hace agua la boca; se dice que con todo aquello tendrá para un año, para diez años, ¡para toda su vida!

A medida que pasea sus desorbitados ojos por los manjares, van acumulándose otras viandas hasta que forman una pirámide cuyos ángulos se desmoronan. Comienzan a fluir los vinos, los pescados a palpitar, borbotea la sangre en las fuentes, la pulpa de los frutos avanza como enamorados labios y la mesa crece de tal modo que le llega hasta el pecho, hasta la barbilla; encima de la misma ya no queda sino un solo plato y un solo pan, que se hallan justo enfrente de él.

Va a tomar el pan. Aparecen otros panes.

¡Para mí!... ¡Todos! Pero...

Antonio retrocede.

¡En lugar de uno solo, como antes había, ahora...! ¡Esto es un milagro! El mismo milagro que hizo el Señor...

¡Con qué finalidad Y todo lo demás es igualmente incomprensible. ¡Ah, demonio, vete, márchate!

Le da una patada a la mesa y ésta desaparece.

¿No queda nada? ¡No!

Respira hondamente.

¡Ah, la tentación era grande!, ¡pero qué bien he sabido librarme de ella!

Levanta la cabeza y tropieza con un objeto sonoro.

¿Qué es esto?

Antonio se agacha.

¡Vaya, una copa! Alguien que iba de viaje debió perderla... Nada tiene eso de extraordinario...

Se moja el dedo y frota.

¡Reluce! ¡Es de metal! No obstante, no distingo...

Enciende la antorcha y examina la copa.

Es de plata, ornada de óvulos en los bordes, con una medalla dentro.

Hace saltar la medalla rascando con la uña.

Esta moneda debe valer... unas siete u ocho dracmas, no más. No importa. Con esto podría yo comprarme una piel de oveja.

Un reflejo de la antorcha ilumina la copa.

¡No es posible! ¡Pero si es de oro! Sí... ¡Toda de oro!

Hay otra moneda más grande en el fondo de la copa. Debajo de ésta descubre otras muchas más.

Pues esto representa una suma lo bastante importante para obtener tres bueyes... ¡Y un campito!

La copa está llena ahora de monedas de oro.

¡Y no sólo eso! También cien esclavos, soldados, una multitud.. hay suficiente para comprar...

Los relieves del borde, al desprenderse, forman un collar de perlas.

¡Con esta joya se podría conquistar incluso a la mujer del emperador!

De una sacudida, Antonio hace resbalar el collar hasta su muñeca. Sostiene la copa con la mano izquierda y con la otra levanta la antorcha para que le dé mejor la luz. A la manera del agua cuando desborda del pilón de una fuente, de la copa salen ahora –hasta formar un montículo en la arena- continuas oleadas de diamantes, rubíes y zafiros mezclados con monedas de oro que llevan efigies de reyes.

¿Cómo, cómo? ¡Estáteras, ciclos, daricos, ariándicos! Alejandro, Demetrio, los Tolomeos, César! ¡pero ninguno de ellos poseía tantas! ¡Ya nada es imposible! ¡Se acabaron mis sufrimientos! ¡Y esos reflejos que me deslumbran! ¡Ay, cómo rebosa mi corazón! ¡Qué bueno es esto! Sí, sí...

más... Nunca se tienen bastantes. Aunque yo las fuera tirando una a una al mar, siempre me quedaría alguna. Pero, ¿por qué perder parte de ellas? Me lo voy a quedar todo y no le diré nada a nadie. Mandaré excavar en la roca un habitación recubierta en su interior por láminas de bronce, y entraré allí para sentir cómo se hundan mis pies en los montones de oro; sumergiré en ellos mi brazos como si fueran sacos de grano. ¡Quiero frotarme la cara con oro, acostarme encima!

Suelta la antorcha para abrazar el montón y cae de bruces al suelo.
Cuando se levanta, el cuarto está por completo vacío.

¿Estaré maldito? ¡Eh, no! ¡Es culpa mía! ¡Caigo en todas las trampas! No hay nadie tan imbécil ni tan infame como yo. Quisiera pegarme o mejor arrancarme de mi propio cuerpo. ¡Hace demasiado tiempo ya que me contengo! ¡Necesito vengarme, matar, golpear! Es como si llevara metida dentro del alma una manada de bestias feroces. Me gustaría matar a hachazos, en medio de una muchedumbre... ¡Ah, un puñal!

Se abalanza sobre su cuchillo. Éste se le cae de la mano y Antonio permanece apoyado en la pared de su cabaña, con la boca abierta, inmóvil, cataléptico.

Todo cuanto lo rodeaba ha desaparecido.

Se cree en Alejandría, sobre el Paneo, montaña artificial rodeada por una escalera de caracol y erigida en el centro de la ciudad.

Frente a él se extiende el lago Mareotis, a la derecha el mar y a la izquierda el campo; inmediatamente ante sus ojos, un laberinto de techos planos atravesado de norte a sur y de este a oeste por dos calles que se cruzan y forman, en toda su longitud, una fila de pórticos con capiteles corintios. Las casas suspendidas sobre esta doble fila de columnas tienen unas ventanas con cristales de colores. Algunas de ellas presentan al exterior unas enormes rejas de madera por donde se cuele el aire de fuera.

Diversos monumentos de arquitecturas diferentes se apiñan unos contra otros. Hay pilones egipcios que dominan templos griegos. Obeliscos como lanzas aparecen por entre las almenas de ladrillo rojo. En medio de las plazas se ven estatuas de Hermes con orejas puntiagudas, y de Anubis con cabeza de perro. Antonio divisa los mosaicos en los patios y colgaduras en las vigas de los techos. De una sola mirada abarca ambos puertos (el Puerto Grande y el Eunosto), redondos como dos circos y separados por un muelle que une Alejandría con el escarpado islote donde se eleva la torre del faro, cuadrangular y de una altura de quinientos codos. Tiene nueve pisos. En la cúspide del monumento hay un montón de carbones encendidos echando humo...

Los puertos principales se dividen en puertecitos interiores. El muelle, en cada uno de sus extremos, termina en un puente apoyado en columnas de mármol plantadas en el mar. Pasan barcos de vela por debajo, pesadas gabarras repletas de mercancías y barcas thalamegas con incrustaciones de marfil. También pueden verse góndolas cubiertas por un toldillo, trirremes y birremes. Hay toda suerte de embarcaciones que circulan o se encuentran atracadas en los muelles.

En torno al Puerto Grande hay una serie de construcciones reales: el palacio de los Tolomeos, el Museo, el Posidio, el Cesáreo, el Timonio donde se refugió Marco Antonio,

mientras que al otro extremo de la ciudad, luego del Eunosto, en unos arrabales, se vislumbran fabricas de cristal, de perfumes y de papiros.

Pueden verse vendedores ambulantes, mozos de cuerda, arrieros de borricos, que corren y tropiezan. De cuando en cuando aparece un sacerdote de Osiris con una piel de pantera sobre los hombros, un soldado romano con casco de bronce y muchos negros. Las mujeres se paran a la puerta de las tiendas, los artesanos trabajan y el chirrido de los carros asusta a los pájaros que picotean, por el suelo, los desechos de las carnicerías y los restos de pescado, obligándolos a emprender el vuelo.

Sobre la uniformidad de las casas blancas, el trazado de las calles pone una especie de negro enrejado. Los mercados repletos de hierbas parecen ramos verdes; los secaderos de las tintorerías, placas de colores; los ornamentos de oro en el frontón de los templos, puntos luminosos. Todo esto se halla dentro del recinto oval de los muros grisáceos, bajo la bóveda azul, cerca del mar inmóvil.

Pero en aquel momento, la multitud se queda parada y mira hacia occidente por donde avanzan enormes polvaredas.

Son los monjes de la Tebaida, vestidos con pieles de cabra, armados de garrotes y aullando un cántico de guerra y de religión con el siguiente estribillo: “¿Dónde están? ¿Dónde están?”

Antonio comprende que vienen a matar a los arrianos.

Las calles se vacían de repente y ya no se ven más que los pies de la gente que corre.

Los Solitarios están ahora dentro de la ciudad. Sus formidables garrotes, provistos de clavos, giran como soles de acero. Se oye el estrépito de cosas que se rompen dentro de las casas. Hay intervalos de silencio. Luego se escuchan prolongados gritos.

De una punta a otra de las calles se observa un continuo movimiento de gente despavorida.

Varias personas llevan picas. A veces dos grupos se encuentran y se funden en uno solo, y esta masa resbala por las baldosas, se separa o cae. Pero siempre acaban por aparecer los hombres de pelo largo.

Hilillos de humo se escapan de las esquinas de los edificios. Las hojas de las puertas revientan. Se derrumban trozos de pared. Caen arquivates.

Antonio encuentra a todos sus enemigos, uno tras otro. Reconoce a algunos a quienes ya había olvidado; antes de matarlos, los ultraja. Destripa, degüella, apalea, arrastra a los ancianos por las barbas, aplasta a los niños, golpea a los heridos. Y los agresores se vengan del lujo: los que no saben leer rompen libros, otros destrozan y mutilan las estatuas, las pinturas, los muebles, los cofres, mil cosas delicadas cuyo uso ignoran y que, por ello mismo, los exasperan. De cuando en cuando se detienen jadeantes para tomar aliento y vuelven de nuevo a empezar en seguida.

Los habitantes gimen, refugiados en los patios. Las mujeres alzan al cielo los ojos sumidos en llanto y los desnudos brazos. Para aplacar a los solitarios, se abrazan a sus rodillas, pero ellos las tiran al suelo y la sangre salpica hasta el techo, cae en cascada por las paredes, chorrea por el tronco de los cadáveres decapitados, llena los acueductos, forma grandes charcos rojos en el suelo.

A Antonio la sangre le llega a las corvas. Chapotea en ella. Sorbe las gotitas que tiene en los labios y se estremece de gozo al sentirla en su cuerpo, por debajo de su túnica de piel de cabra que está toda empapada.

Llega la noche y el inmenso clamor se apacigua.

Los solitarios han desaparecido.

De súbito, en las galerías exteriores que rodean los nueve pisos del Faro, Antonio divisa unas gruesas líneas negras, como si fueran cuervos que allí se hubieran posado. Corre en su dirección y llega a la cúspide.

Un espejo grande de cobre, vuelto hacia alta mar, refleja los navíos que se hallan a lo lejos.

Antonio se entretiene mirándolos y a medida que los mira aumenta el número de los barcos.

Se apiñan en un golfo con forma de media luna. Por detrás, sobre un promontorio, se extiende una ciudad nueva de arquitectura romana, con cúpulas de piedra, rejados cónicos, mármoles rosas y azules, y una profusión de bronce adornando las volutas de los capiteles, en la crestería de las casas y en los ángulos de las cornisas. Un bosque de cipreses domina esta ciudad. El color del mar es más verde, el aire más frío. En las montañas, allá por el horizonte, se ve la nieve.

Antonio está buscando el camino cuando un hombre se le acerca y le dice: “¡Venid, os están esperando!”

Atraviesa un foro, entra en un patio, se agacha para pasar por debajo de una puerta y llega ante la fachada del palacio, decorada con un grupo hecho de cera que representa al emperador Constantino derribando a un dragón. Hay una fuente de pórfito que lleva en medio una venera grande, toda de oro, llena de pistachos. Su guía le dice que puede tomar algunos si quiere. Él toma unos cuantos.

Después se pierde por una serie de estancias.

A lo largo de las paredes de mosaico, se ven dibujos de generales que le ofrecen al Emperador, en la palma de la mano, ciudades conquistadas. Y por todas partes se ven columnas de basalto, rejas de filigrana de plata, asientos de marfil y tapices bordados con perlas. La luz entra por las bóvedas, Antonio sigue caminando. Circulan tibias exhalaciones; en ocasiones, oye el crujir discreto de una sandalia. Apostados en la antecámaras hay unos guardianes –semejantes a autómatas-, que llevan al hombro bastones de plata sobredorada.

Por fin llega a una sala, al fondo de la cual ve unas cortinas color jacinto. Éstas se corren y descubren al emperador sentado en un trono, con una túnica violeta y calzado con borceguíes rojos de listas negras.

Una diadema de perlas rodea su cabellera peinada en bucles simétricos. Tiene los párpados caídos, la nariz recta, la fisonomía abotargada y astuta. En las cuatro esquinas del dosel tendido sobre su cabeza, se han posado cuatro palomas de oro y al pie del trono, echados en el suelo, hay dos leones de esmalte. Las palomas se ponen a cantar, los leones a rugir. Al emperador, los ojos le giran dentro de las órbitas. Antonio se le acerca inmediatamente, sin preámbulo alguno y se relatan sucesos uno a otro. En las ciudades de Antioquía, Éfeso y Alejandría han saqueado los templos y han fabricado vasijas y ollas con las estatuas de los Dioses. El Emperador se ríe mucho. Antonio le reprocha su tolerancia con los novacianos. Pero el emperador se enfurece: novacianos, arrianos y melecianos, todos lo fastidian. No obstante, admira al episcopado, pues los cristianos están sujetos a los obispos, quienes, a su vez, dependen de cinco o seis personajes; hay que ganarse a éstos para obtener el favor de todos los demás. De ahí que él les haya suministrado sumas considerables. Pero aborrece a los padres del concilio de Nicea. “¡Vamos a verlos!”, dice, y Antonio lo acompaña.

Ahora se encuentran a igual altura en una terraza.

Esta terraza domina un hipódromo lleno de gente, coronado por unos pórticos y por

allí pasea el resto de la muchedumbre. En el medio del campo de carreras se extiende una estrecha plataforma que sostiene, en toda su longitud, un pequeño templo de mercurio, la estatua de Constantino, tres serpientes de bronce entrelazadas y, a ambos extremos, unos gruesos huevos de madera y siete delfines con la cola levantada.

Detrás del pabellón imperial, los prefectos de las cámaras, los altos dignatarios y los patricios se escalonan hasta llegar al primer piso de una iglesia cuyas ventanas están todas abarrotadas de mujeres. A la derecha se halla la tribuna de la facción azul y a la izquierda, la de la verde. Más abajo, un piquete de soldados y al mismo nivel de la arena, una fila de arcos corintios que forman la entrada de las galerías.

Van a comenzar las carreras. Los caballos se ponen en fila. Llevan, plantados entre las orejas, altos penachos que se mecen al viento como si fueran árboles. Sacuden con sus brincos unos carros en forma de valva marina, conducidos por cocheros ataviados con una suerte de coraza multicolor, con mangas estrechas en el puño y anchas en el brazo, con las piernas desnudas, la barba larga y el pelo rasurado en la frente, a la manera de los hunos.

Antonio se halla primero ensordecido con el clamor de las voces. Ya mire arriba o abajo, no ve más que rostros maquillados, trajes abigarrados, placas de orfebrería. La arena del recinto, completamente blanca, brilla como un espejo.

El Emperador conversa con él. Le confía cosas importantes, secretos. Le confiesa el asesinato de su hijo Crispo e incluso le pide consejos para su salud.

Entretanto, Antonio observa a unos esclavos que hay al fondo de las galerías. Son los padres del Concilio de Nicea, andrajosos, abyectos. El mártir Pafnucio está cepillando las crines de un caballo. Teófilo lava las patas de otro. Juan pinta los cascos a un tercero. Alejandro recoge estiércol en un cesto.

Antonio pasa por en medio de ellos. Le abren paso y le ruegan que interceda ante el Emperador, le besan las manos. La muchedumbre entera los abucea, y él goza desmesuradamente con su degradación. ¡Y ahora se ha convertido en uno de los grandes de la Corte, en confidente del emperador, en primer ministro! Constantino acaba por colocarle su diadema en la frente y Antonio se la queda, considerando que este honor es muy natural.

De pronto aparece, entre las tinieblas, una sala inmensa iluminada por candelabros de oro.

Hay unas columnas tan altas que se pierden en la sombra, todas en fila, más allá de las mesas que se prolongan hasta el horizonte, por donde aparecen –envueltas en un vapor luminoso- superposiciones de escaleras, series de arcos, colosos, torres y, por detrás de todo esto, la punta de un palacio del que sobresalen unos cedros, dibujando unas masas aún más negras en la oscuridad.

Los convidados, coronados de violetas, se hallan tendidos en unos lechos muy bajos. Hay dos filas de personas que pueden servirse vino inclinando unas ánforas y allá al fondo, completamente solo, tocado con la tiara y cubierto de rubíes, come y bebe el rey Nabucodonosor.

A derecha y a izquierda, dos teorías de sacerdotes con gorros puntiagudos balancean unos incensarios. En el suelo, por debajo de él, se arrastran reyes cautivos, sin pies ni manos, y él les arroja unos huesos para que los roan; aún más abajo están sus hermanos, con una venda tapándoles los ojos, porque todos están ciegos.

Un continuo lamento asciende del fondo de los ergástulos. Los sones suaves y lentos de un órgano hidráulico alternan con coros de voces y uno presente que, en torno a la sala, hay una ciudad desmesurada, un océano de hombres cuyas olas golpean los muros.

Los esclavos corren llevando platos. Circulan mujeres que ofrecen de beber. Crujen los cestos bajo el peso de los panes, y un dromedario cargado de odres agujereados pasa y

repara derramando verbena para refrescar las baldosas.

Unos beluarios traen a los leones. Bailarinas, con el pelo recogido dentro de una redcecilla, dan volteretas apoyándose en las manos y echando fuego por la nariz. Titiriteros negros hacen juegos malabares. Unos niños desnudos se tiran bolas de nieve unos a otros, las cuales se deshacen al chocar con los claros objetos de plata. El clamor es tan tremendo que parece una tempestad y flota una especie de nube sobre el festín, producto de tantas viandas y de tantos alientos... En ocasiones, el viento arranca una pavesa a las grandes antorchas, y ésta atraviesa la noche como si fuera una estrella fugaz...

El rey se enjuga los perfumes de su rostro con el brazo. Come en los recipientes sagrados y luego los rompe; enumera para sí sus flotas, sus ejércitos, sus pueblos. Poco después, por capricho, prenderá fuego a su palacio con los convidados dentro. Piensa reconstruir la torre de Babel y destronar a Dios.

Antonio lee en su frente, desde lejos, todos sus pensamientos. Éstos penetran en su mente y se convierte en el mismísimo Nabucodonosor.

Al punto se halla ahído de exceso y exterminios. Siente vivo deseo de sumirse en la bajeza. Además, la degradación que espanta a los hombres es un ultraje hecho a su espíritu, una nueva manera de dejarlos boquiabiertos; y como nada hay más vil que una bestia, Antonio se pone en cuatro patas encima de la mesa y muge como un toro.

Siente dolor en una mano –una piedra lo ha herido por casualidad- y vuelve a encontrarse frente a su cabaña.

El recinto de las rocas está vacío. Brillan las estrellas. Todo está silencioso.

¡Me he engañado otra vez! ¿Por qué me pasarán a mí estas cosas? Debe de ser porque mi carne se rebela. ¡Ay, miserable!

Se precipita dentro de la cabaña, toma unas cuerdas, cada una de las cuales termina en una uña metálica y alzando la cabeza al cielo, dice:

Acepta mi penitencia, ¡oh, dios! No la desprecies por su insignificancia. ¡Hazla aguda, prolongada y excesiva! ¡Ya es hora! ¡Manos a la obra!

Se da un vigoroso cintarazo.

¡Ay, no, no! ¡No hay compasión!

Vuelve a empezar.

¡Oh, oh, oh! ¡Cada uno de estos golpes me desgarran la piel, me cercenan los miembros! Me escuece horriblemente.

Bueno, pues no es tan terrible... Uno acaba por acostumbrarse. Incluso me parece...

Antonio se detiene.

¡Anda, cobarde! ¡Dale! ¡Bien, bien! ¡En los brazos, en la espalda, en el

pecho, en el vientre, por todas partes! ¡Silben, correas, muérdanme, arránquenme las carnes! Quisiera que las gotas de mi sangre salpicaran hasta las estrellas, hicieran crujir mis huesos, dejaran mis nervios al descubierto! ¡Tenazas, potros, plomo derretido! ¡Los mártires soportaron mucho más! ¿No es cierto, Amonaria?

Vuelve a aparecer la sombra de los cuernos del Diablo.

Yo hubiera podido estar atado a una columna junto a la tuya, enfrente de ti, ante tus ojos, respondiendo a tus gritos con mis suspiros. Y nuestros dolores se habrían confundido, nuestras almas se habrían unido.

Se flagela con furia.

¡Toma, toma! ¡Te lo mereces! ¡Más aún!... Aunque ahora siento como un cosquilleo recorriéndome todo el cuerpo. ¡Qué suplicio! ¡Qué placer! Es como si me besaran... ¡Mi médula se derrite! ¡Me muero!

Y ve en ese momento, frente a él, a tres jinetes montados en onagros, ataviados con trajes verdes, con azucenas en las manos y todos ellos muy parecidos de cara.

Antonio se vuelve y ve a otros tres jinetes semejantes montados en unos onagros exactamente iguales y en idéntica postura.

Retrocede. Entonces los onagros, todos al mismo tiempo, dan un paso hacia delante y frotan sus hocicos contra él, tratando de morderle las vestiduras. Se oyen unas voces que gritan. “¡Por aquí, por aquí, aquí es!”, y aparecen unos estandartes por entre las grietas de la montaña, así como las cabezas de unos camellos cuyo roncal es de seda roja. Aparecen, asimismo, unos mulos cargados con los equipajes y unas mujeres tapadas con velos amarillos que montan a horcajadas sobre caballos píos.

Los animales, jadeantes, se tienden en el suelo; los esclavos se precipitan sobre los bultos, desenrollan alfombras de colores y esparcen por el suelo cosas que brillan.

Un elefante blanco, enjaezado con una redecilla de oro, acude corriendo y zarandeando el penacho de plumas de avestruz que lleva atado al frontal.

Montada sobre su lomo, entre cojines de seda azul, con las piernas cruzadas, los ojos entronados y moviendo la cabeza, hay una mujer tan espléndidamente engalanada que proyecta rayos de luz a su alrededor. La multitud se prosterna, el elefante dobla las rodillas y

LA REINA DE SABA

deslizándose por su hombro, pone el pie en la alfombra y se dirige hacia donde está San Antonio.

Su vestido de brocado de oro, dividido en dos por unas chorreras de perlas, azabaches y zafiros, le ciñe la cintura dentro de un apretado corpiño, realzado por aplicaciones de colores que representan los doce signos del zodiaco. Lleva puestos unos chapines muy altos; uno de ellos es negro, sembrado de estrellas de plata y con una media luna; el otro es blanco, cubierto de gotitas de oro y con un sol en medio.

Las anchas mangas, ornadas de esmeraldas y de plumas de pájaro, permiten ver el

torneado brazo cuya muñeca luce una pulsera de ébano. Sus manos, cuyos dedos están cargados de anillos, terminan en unas uñas tan puntiagudas que casi recuerdan a las agujas.

Una cadena de oro lisa le pasa por debajo de la barbilla, sube por ambas mejillas y se enrosca en forma de espiral en torno a su peinado, empolvado de azul. Luego, desciende de nuevo y le acaricia los hombros, para terminar abrochándose en el pecho mediante un escorpión de diamantes que saca la lengua por entre sus dos senos. Dos gruesas perlas rubias le cuelgan de las orejas. Lleva el borde los párpados pintado de negro y en el pómulo izquierdo luce un lunar natural. Respira abriendo mucho la boca, como si le apretara el corsé.

Al andar, mueve una sombrilla verde con mango de marfil, rodeada de campanillas de plata sobredorada. Doce negritos de pelo crespo le llevan la larga cola del vestido, cuya punta es sostenida por un mono, que la levanta de cuando en cuando.

Dice:

¡Ay, hermoso ermitaño! ¡Hermoso ermitaño! ¡Mi corazón desfallece!

¡De tanto patear de impaciencia me han salido durezas en los talones y se me ha roto una uña! Envié a los pastores que hay por las montañas, con la mano puesta a modo de visera, para ver si te encontraban; y a los cazadores que gritaban tu nombre por el bosque; y a los espías, quienes recorrían los caminos preguntando a todo el que por allí pasaba: “¿Lo han visto?”

Me pasaba las noches llorando, con la cara vuelta hacia la pared. A la larga, mis lágrimas hicieron dos agujeritos en el mosaico, como los charcos de agua de mar en las rocas, pues yo te amo. ¡Oh, sí, te amo mucho!

Le toca la barba.

¡Ríe, gallardo ermitaño! ¡Anda, ríe! ¡Yo soy muy alegre, ya lo verás! Se puntear la lira, danzo igual que una abeja y conozco un montón de historias divertidas.

No puedes figurarte qué largo es el camino que hemos tenido que recorrer. ¡Hasta los onagros de los correos verdes han muerto de cansancio!

Los onagros están tendidos en el suelo, inmóviles.

Desde hace tres largas lunas han venido corriendo a paso regular, con una piedra entre los dientes para cortar el viento, con la cola tiesa, el corvejón doblado y galopando sin cesar. ¡No encontraremos otros como éstos! Yo los había heredado de mi abuelo materno, el emperador Saharil, hijo de Iakshchab, hijo de Iaarab, hijo de Kastán. ¡Ay, si aún vivieran, los engancharíamos a una litera para regresar de prisa a casa! Pero... ¿Cómo, no me haces caso?... ¿En qué estás pensando?

Lo mira detenidamente.

¡Ah, cuando seas mi marido, yo te vestiré, te perfumaré y te afeitaré!

Antonio permanece inmóvil, más rígido que un palo, pálido como un muerto.

Pareces triste. ¿Es acaso por tener que dejar tu cabaña? Yo lo he abandonado todo por ti, hasta el rey Salomón que posee tan gran sabiduría, veinte mil carros de combate y una hermosa barba. Te he traído mis regalos de boda. Escoge.

Se pasea por entre las filas de esclavos y las mercancías.

Aquí tienes bálsamo de Genesaret, incienso del cabo Gardefan, láudano, cinamomo y silfio, tan bueno para ponerlo en las salsas. Ahí dentro hay bordados de Azur, marfiles del Ganges, púrpura de Elisa. Y esta caja de nieve contiene *chalibon*, vino especialmente reservado para los reyes de Asiria y que se bebe puro en el cuerno de un unicornio. Aquí hay collares, broches, redecillas, quitasoles, polvo de oro de Baasa, casiterita de Tartessos, madera azul de Pandio, pieles blancas de Isedonia, rubíes de la isla Palesimonda y palillos de dientes fabricados con pelos de tachas, animal perdido que vive bajo tierra. Estos almohadones son de Emath y los flecos de este manto, de Palmira. En este tapiz de Babilonia hay... pero ven... ¡Ven aquí!

Le tira a Antonio de la manga. Él se resiste. Ella prosigue:

Esta tela fina, que cruje al tocarla mis dedos con un chisporroteo, es la famosa tela amarilla que traen los mercaderes de Bactriana. Necesitan cuarenta y tres intérpretes durante el viaje. Mandaré que te hagan trajes con ella y te los pondrás cuando estés en casa.

¡Abrid el estuche de sicómoro y dadme la arqueta de marfil que está en la cruz de mi elefante!

Sacan de una caja una rosa redonda y tapada con un velo, y le traen una arqueta toda cincelada.

¿Quieres el escudo de Dgian –ben -Dgian, el que construyó las pirámides? ¡Aquí lo tienes! Está hecho con siete pieles de dragón puestas una sobre la otra, unidas entre sí por tornillos de diamante y curtidas con bilis de parricida. Por un lado, representa todas las guerras que han tenido lugar desde que se inventaron las armas y por el otro, todas las guerras que han de suceder de aquí a que llegue el fin del mundo. El rayo rebota sobre él como si fuese una pelota de corcho. Voy a ponértelo al brazo y lo llevarás cuando vayas de caza.

¡Mas si supieras lo que guardo en mi cajita! ¡Dale la vuelta, trata de

abrir! Nadie lo conseguiría. Pero si tú me besas, yo te lo diré.

Toma a San Antonio por ambas mejillas y él la rechaza estirando los brazos.

Era una noche en que el rey Salomón perdía la cabeza. Por fin hicimos un trato. Él se levantó y salió sin hacer ruido...

La reina hace una pirueta.

¡Ah, ah! ¡No lo sabrás, hermoso eremita, no lo sabrás!

Sacude su sombrilla y todas las campanillas tintinean.

Y tengo aún muchas más cosas, sabes... Poseo tesoros encerrados en unas galerías por donde uno se pierde como si fueran bosques. Tengo palacios de verano fabricados con enrejados de cañas y palacios de invierno de mármol negro. En medio de unos lagos tan grandes como mares poseo islas redondas como monedas de plata, todas cubiertas de nácar y en cuyas playas se oye música cuando las azotan las tibias olas que rompen en la arena. Los esclavos de mis cocinas toman los pájaros de mis pajareras y pescan el pescado en mis viveros. Tengo grabadores que están siempre sentados grabando en hueco mi retrato en la dura piedra; fundidores que trabajan hasta quedarse sin aliento para hacer el vaciado de mis estatuas; perfumistas que mezclan jugos de plantas con vinagres y que emulsionan ungüentos.. Hay modistas que cortan tejidos para mí, orfebres que trabajan mis joyas, peinadoras que me inventan peinados y atentos pintores que vierten, sobre el revestimiento de mis paredes, resina hirviendo que luego enfrían con abanicos. Tantas sirvientas tengo que podrían constituir un harén, y tantos eunucos que podrían formar un ejército. ¡Poseo soldados y pueblos! En el vestíbulo de mi palacio tengo una guardia de enanos que llevan a la espalda trompas de marfil.

Antonio suspira.

Poseo carruajes arrastrados por gacelas, cuadrigas de elefantes, parejas de camellos a centenares y yeguas con las crines tan largas que se enredan en ellas las patas cuando galopan; y unas manadas de animales con los cuernos tan separados, que hay que talar los bosques por donde pasan. Tengo jirafas que se pasean por mis jardines y que asoman la cabeza por encima de mi terraza cuando yo tomo el aire después de comer.

Sentada en una venera arrastrada por delfines, me paseo por dentro de las grutas oyendo cómo cae el agua de las estalactitas. Voy al país de los diamantes donde mis amigos los magos me permiten elegir los más lindos.

Luego subo a tierra y regreso a casa.

Da un agudo silbido y un pájaro grande, que baja del cielo, viene a posarse sobre el promontorio de sus cabellos, del que caen partículas de polvo azul.

Su plumaje, de color naranja, parece hecho de escamas metálicas. Tiene una cabeza pequeña, ornada con una cresta de plata y que representa un rostro humano. Posee, asimismo, cuatro alas, patas de buitre y una inmensa cola de pavo real que extiende tras de sí haciendo la rueda.

Toma en su pico la sombrilla de la reina, se tambalea un poco antes de recobrar el equilibrio; luego, todas las plumas se le ponen de punta y permanece inmóvil

¡Gracias, hermoso Simorg - anka! ¡Tú que me dijiste dónde se escondía el galán! ¡Gracias, gracias, mensajero de mi corazón!

Este pájaro vuela como el deseo. Da la vuelta al mundo en un día. Regresa por la noche y se posa al pie de mi lecho. Me narra todo lo que ha visto: los mares que sobrevoló, con sus peces y sus navíos; los grandes desiertos vacíos que pudo contemplar desde lo alto de los cielos y todas las mieses que se doblaban en los campos, y las plantas que crecían en los muros de las ciudades abandonadas...

Retuerce lánguidamente los brazos.

¡Oh, si quisieras! ¡Si tú quisieras!... Poseo un pabellón sobre un promontorio, en medio de un istmo, entre dos océanos. Se halla recubierto de placas de cristal, tiene el suelo enlosado con escamas de tortuga y se abre a los cuatro vientos del cielo. Desde lo alto, veo cuándo vuelven mis flotas y a las gentes de mi pueblo que suben la colina con fardos a la espalda. Dormiríamos sobre plumones más mullidos que nubes, beberíamos bebidas frías en cortezas de frutas y miraríamos el sol a través de las esmeraldas. ¡Vente conmigo!

Antonio se echa para atrás. Ella se le acerca y le dice en tono irritado:

¿Cómo? ¿No te gusto rica, ni coqueta, ni enamorada? No es eso lo que tú necesitas, ¿eh?, sino una mujer lasciva, gruesa, con una voz ronca, los cabellos color de fuego y carnes abundantes... ¿Prefieres acaso un cuerpo frío como la piel de las serpientes, o unos ojos grandes y negros, más oscuros que las cavernas místicas? ¡Míralos bien, mis ojos!

Antonio los mira a pesar suyo.

Todas aquellas con quienes tropezaste, desde la prostituta que canta bajo su farolillo hasta la patricia que deshoja unas rosas subida en su litera, todas las formas que vislumbraste, todo lo que tu deseo haya imaginado, ¡pídemelo! No soy una mujer, soy todo un mundo. ¡Basta con que deje caer

mis vestiduras y descubrirás en mi persona una sucesión de misterios!

A Antonio le castañetean los dientes.

Si acariciaras mi hombro con tu dedo sentirías como un reguero de fuego en tus venas. La posesión del más ínfimo trocito de mi cuerpo te llenará de un gozo más vehemente que la conquista de un imperio. ¡Dame tus labios! ¡Mis besos tienen el sabor de una fruta que se derritiese en tu corazón! ¡Ah! ¡Cómo vas a perderte por entre mis cabellos, cómo aspirarás mi pecho! Te embelesarás con mi cuerpo y abrasado por mis pupilas, entre mis brazos, en un torbellino...

Antonio hace la señal de la cruz.

¿Me desprecias? ¡Adiós!

La reina de Saba se aleja llorando, pero luego se vuelve y añade:

¿Estás seguro? ¡Una mujer tan bella!

Ríe y el mono que le sostiene el bajo del vestido, se lo levanta.

¡Te arrepentirás, gallardo ermitaño, te lamentarás! ¡Te aburrirás! Pero a mí poco me importa. ¡La, la, la! ¡Oh, oh, oh!

Se aleja con el rostro entre las manos, saltando a la pata coja.

Los esclavos desfilan por delante de San Antonio, y también los caballos, los dromedarios, el elefante, las doncellas, los mulos a los que han vuelto a cargar con los fardos, los negritos, el mono, los mensajeros verdes que llevan en la mano su azucena rota... Y la reina de Saba se aleja, presa de una suerte de hipo convulsivo que recuerda a los sollozos o a las risotadas.

III

Cuando la reina de Saba ha desaparecido ya, Antonio ve a un niño en el umbral de su cabaña.

Será alguno de los servidores de la reina (*piensa*).

Este niño es bajito como un enano y, sin embargo, rechoncho como un cabiro, deforme, de aspecto miserable. Su cabeza, prodigiosamente grande, se halla cubierta de cabellos blancos, y tiritita bajo una pobre túnica, llevando en la mano un rollo de papiro.

La luz de la luna, que atraviesa una nube, cae sobre él.

ANTONIO

que lo observa desde lejos y siente miedo, pregunta:

¿Quién eres tú?

EL NIÑO *responde*

¡Tu antiguo discípulo Hilarión!

ANTONIO

¡Mientes! Hace muchos años que Hilarión vive en Palestina.

HILARIÓN

¡¡He vuelto de allí! ¡Sí que soy yo!

ANTONIO

se acerca a él y lo mira detenidamente.

Sin embargo, su rostro era brillante como la aurora, cándido, alegre. El tuyo es sombrío y viejo.

HILARIÓN

¡Estoy muy cansado de tanto trabajar!

ANTONIO

También la voz es diferente. Su timbre hila la sangre.

HILARIÓN

¡Es que me alimento de cosas amargas!

ANTONIO

¿Y ese pelo blanco?

HILARIÓN

¡He padecido tanto!

ANTONIO, *aparte*

¿Será posible...?

HILARIÓN

Yo no andaba tan lejos como tú supones. El eremita Pablo vino a verte este año en el mes de *schebar*. Hará justo veinte días que los nómadas te trajeron pan. Anteayer le dijiste a un marinero que te mandase tres punzones.

ANTONIO

¡Está enterado de todo!

HILARIÓN

Has de saber incluso que nunca te abandoné. Pero tú pasas largos períodos de tiempo sin percartarte de mi presencia.

ANTONIO

¿Cómo es eso? ¡Bien es verdad que tengo la cabeza tan confusa! Particularmente esta noche...

HILARIÓN

Han venido todos los Pecados Capitales, pero sus ruines emboscadas fracasan ante un santo como tú...

ANTONIO

¡Oh, no!... ¡No! ¡A cada minuto desfallezco! ¡Por qué no seré yo como uno de esos que poseen un alma siempre intrépida y un espíritu fuerte, como, por ejemplo, el gran Atanasio!

HILARIÓN

¡Fue ordenado ilegalmente por siete obispos!

ANTONIO

¡Y qué más da! Si sus virtudes...

HILARIÓN

¡Vamos, claro que importa! Además era un hombre orgulloso, cruel,

siempre metido en intrigas y, finalmente, tuvo que ser desterrado por usurpador...

ANTONIO

¡Calumnias!

HILARIÓN

¿No negarás que quiso corromper a Eustacio, el tesorero encargado de custodiar los objetos preciosos?

ANTONIO

Eso afirman, lo reconozco.

HILARIÓN

Incendió, para vengarse, la casa de Arsenio.

ANTONIO

¡Por desgracia!

HILARIÓN

En el concilio de Nicea, él dijo refiriéndose a Jesús: “El hombre del Señor.”

ANTONIO

¡Ah, esos es una blasfemia!

HILARIÓN

Y son tan cortos sus alcances, por lo demás, que él mismo confiesa no entender nada en lo que se refiere a la naturaleza del Verbo.

ANTONIO, *sonriendo de gusto*

En efecto, su inteligencia no es... muy despierta.

HILARIÓN

Si te hubieran puesto a ti en su lugar, habría sido una suerte muy

grande tanto para tus hermanos como para ti. Esta vida que llevas, tan apartada de los demás, no es buena.

ANTONIO

¡Al contrario! Al ser el hombre espíritu, debe apartarse de las cosas perecederas. Toda acción lo envilece. Yo no quisiera estar ligado a la tierra ni por las plantas de los pies.

HILARIÓN

¡Hipócrita es el que se adentra en la soledad para mejor entregarse al desenfreno de sus apetencias! ¡Tú te privas de carne, de vino, de baños calientes, de esclavos y de honores, pero permites que tu imaginación te ofrezca banquetes, perfumes, mujeres desnudas y multitudes que te aplauden! Tu castidad se convierte así en una corrupción más sutil y tu desprecio del mundo es debido a la impotencia de tu odio contra el mismo. Es esto lo que vuelve tan lúgubres a los que son como tú, o tal vez sea porque dudan. La posesión de la verdad lleva consigo la alegría. ¿Acaso era triste Jesús? Iba siempre rodeado de amigos, descansaba a la sombra del olivo, entraba en casa del publicano, multiplicaba las copas de vino, perdonaba a la pecadora y curaba todos los dolores. Tú sólo te compadeces de tu miseria. Es como un remordimiento que te produce desasosiego y una demencia salvaje te domina, hasta tal punto que rechazas la caricia de un perro o la sonrisa de un niño.

ANTONIO *prorrumpe en sollozos*

¡Basta, basta! ¡Me remueves demasiado el corazón!

HILARIÓN

¡Sacude la miseria de tus andrajos! ¡Levántate de la basura! ¡Tu Dios no es un Moloc que pida carne en sacrificio!

ANTONIO

No obstante, Dios bendice el sufrimiento. Los querubines se inclinan para recibir la sangre de los confesores.

HILARIÓN

Entonces, ¿por qué no admiras a los montanistas? Sobrepasan en esto a todos los demás.

ANTONIO

¡Pero la verdad de la doctrina es la que hace el martirio!

HILARIÓN

¿Cómo puede el martirio demostrar la excelencia de la doctrina, si al mismo tiempo también da testimonio del error?

ANTONIO

¡No callarás, víbora!

HILARIÓN

Tal vez el martirio no sea tan difícil. Las exhortaciones de los amigos, el placer de insultar al pueblo, las promesas que han hecho, cierto vértigo, mil circunstancias ayudan a los mártires.

Antonio se aparta de Hilarión. Éste lo sigue.

Además, esa manera de morir trae consigo grandes desórdenes. Dionisio, Cipriano y Gregorio evitaron el martirio. Pedro de Alejandría lo censuró y el concilio de Elvira...

ANTONIO *se tapa los oídos*

¡No quiero oír nada más!

HILARIÓN, *elevando la voz*

Ya veo que caes de nuevo en tu pecado habitual: la pereza. La ignorancia es la espuma del orgullo. Se dice: “Yo tengo mis convicciones, ¿para qué discutir?” y se desprecia a los doctores, a los filósofos, a la tradición y hasta el texto de la Ley que uno ignora. ¿Crees que tú tienes la sabiduría en tus manos?

ANTONIO

¡Sigo oyéndolo! Sus ruidosas palabras se me meten en la cabeza.

HILARIÓN

Los esfuerzos por entender a Dios tienen un valor superior a tus mortificaciones para aplacarlo. Sólo por nuestra sed de verdad alcanzamos algún mérito. La religión por sí sola no lo explica todo; y la solución de los problemas que desconoces puede hacerla más inatacable y más elevada. Por tanto, para obtener la salvación, es preciso comunicarse con sus hermanos – de no ser así, la Iglesia, la asamblea de los fieles, sería una palabra sin sentido- y escuchar todos los razonamientos sin desdeñar nada ni a nadie. El brujo Balaam, el poeta Esquilo y la Sibila de Cumas anunciaron al Salvador. Dionisio de Alejandría recibió del cielo orden de leer todos los libros. San Clemente nos manda que cultivemos nuestro conocimiento de las letras griegas. Hermas se convirtió gracias a la ilusión de una mujer a quien había amado.

ANTONIO

¡Qué expresión de autoridad! Me da la impresión de que estás creciendo...

En efecto, la estatura de Hilarión ha ido aumentando progresivamente y Antonio, para no verlo, cierra los ojos.

HILARIÓN

¡Tranquilízate, buen eremita!

Sentémonos aquí, sobre esta gruesa piedra, igual que antaño cuando al llegar las primeras luces del día, yo te saludaba llamándote “clara estrella de la mañana” y tú comenzabas en seguida tus lecciones. Aún no he terminado de aprender cosas. La luna nos alumbra suficiente. Te escucho.

Ha sacado un cálamo de su cinturón y, sentado en el suelo, con su rollo de papiro en la mano, alza la cabeza hacia San Antonio, quien, sentado junto a él, permanece con la cabeza agachada.

Tras un minuto de silencio, Hilarión prosigue:

¿No es cierto que la palabra de Dios nos es confirmada por los milagros?

No obstante, los brujos del Faraón también hacían milagros; hay otros impostores que pueden hacerlos, luego es posible dejarse engañar. ¿Qué es un milagro? Un acontecimiento que nos parece hallarse fuera de las leyes de la naturaleza. Ahora bien, ¿conocemos acaso todo el poder de ésta? Y de una cosa que, de ordinario, no nos sorprende, ¿podemos deducir que la entendemos?

ANTONIO

¡Poco importa! Hay que creer en las Escrituras.

HILARIÓN

San Pablo, Orígenes y otros muchos más no las entendían de una manera literal, pero cuando se las explica mediante alegorías, son patrimonio de un grupo muy reducido y la evidencia de la verdad desaparece. ¿Qué se puede hacer?

ANTONIO

¡Ponerse en manos de la Iglesia!

HILARIÓN

Entonces, ¿las Escrituras son inútiles?

ANTONIO

¡Nada de eso! Aunque confieso que el Antiguo Testamento... es un tanto oscuro. Pero el Nuevo resplandece con una luz pura.

HILARIÓN

No obstante, el Ángel de la anunciación, en el evangelio de Mateo, se le aparece a José, mientras que en el de Lucas se le aparece a María. El episodio de la mujer que ungió a Jesús transcurre, según el primer Evangelio, al comienzo de su vida pública y según los otros tres, pocos días antes de su muerte. El brebaje que le ofrecen cuando está en la cruz es, según Mateo, hiel y vinagre; según Marcos, vino y mirra. Lucas y Mateo escriben que los Apóstoles no deben llevar dinero, ni alforja, ni siquiera unas sandalias o un bastón; en cambio, en el evangelio de San Marcos, Jesús les prohíbe llevar cosa alguna excepto sandalias y bastón. ¡Me pierdo con todas estas contradicciones!...

ANTONIO, *estupefacto*

En efecto... En efecto...

HILARIÓN

Cuando la mujer que padecía flujo de sangre tocó a Jesús, éste se volvió diciendo: “¿Quién me ha tocado?” ¿No sabía, pues, quién lo tocaba? Esto contradice la omnisciencia de Jesús. Si el sepulcro se hallaba vigilado por guardianes, las mujeres no tenían por qué inquietarse de que alguien las ayudase a levantar la piedra de dicho sepulcro. De lo que se deduce que no había guardianes o que las santas mujeres no estaban allí. En Emaús, Jesús come con sus discípulos y les da a tocar sus llagas, lo cual significa que su cuerpo es humano, que es un objeto material, ponderable y, empero, atraviesa las paredes. ¿Es eso posible?

ANTONIO

¡Haría falta mucho tiempo para contestarte!

HILARIÓN

¿Por qué recibió al Espíritu Santo siendo el Hijo? ¿Para qué necesitaba el bautismo si era el Verbo? ¿Cómo podía tentarlo el Diablo, a él, a Dios? ¿Nunca se te ocurrió pensar todo esto?

ANTONIO

Sí. A menudo. Adormecidos o exacerbados, estos pensamientos siempre estuvieron en mi conciencia. Yo los acallo, pero renacen y me ahogan, y hay ocasiones en que me parece estar maldito.

HILARIÓN

Entonces, ¿de qué te vale servir a Dios?

ANTONIO

¡Siento la necesidad de adorarlo siempre!

Tras un largo silencio

HILARIÓN *prosigue*

Pero, dejando aparte el dogma, nos es permitida la libertad de investigar. ¿Deseas conocer la jerarquía de los ángeles, la virtud de los

Números, la razón de los gérmenes y de las metamorfosis?

ANTONIO

¡Sí, sí! Mi pensamiento pugna por salir de su prisión. Supongo que aunando mis fuerzas llegaré a conseguirlo. Incluso, a veces, durante el tiempo que dura un relámpago, me encuentro como suspendido en el aire. ¡Después, caigo de nuevo!

HILARIÓN

El secreto que tú quisieras saber se halla guardado por sabios. Viven en un país lejano, sentados bajo unos árboles gigantescos, vestidos de blanco y serenos como dioses. Un aire cálido los alimenta. Hay leopardos a su alrededor que caminan sobre la hierba. El murmullo de los manantiales, junto con el relincho de los unicornios se confunden con sus voces. Tú los escucharás y descubrirás entonces la faz de lo desconocido.

ANTONIO, *suspirando*

¡El camino es largo y yo soy muy viejo!

HILARIÓN

¡Oh, oh! ¡Hombres sabios hay muchos! Incluso los hay aquí, muy cerca de ti... ¡Vamos a entrar!

IV

Y Antonio ve ante él una basílica inmensa.

La luz se proyecta desde el fondo, tan maravillosa como si fuera un sol multicolor. Ilumina las innumerables cabezas de la muchedumbre que atesta la nave, refluyendo después por entre las columnas hacia la parte baja de los laterales donde, en una especie de capillas de madera, se ven altares, camas, cadenas de piedrecitas azules y constelaciones pintadas en las paredes.

En medio de la concurrencia hay grupos reunidos aquí y allá. Unos hombres, de pie sobre taburetes, arengan a la gente con el dedo en alto; otros rezan con los brazos en cruz, se tienden en el suelo, cantan himnos o beben vino. Alrededor de una mesa hay fieles que celebran un ágape. También hay unos mártires que se quitan las vendas para mostrar sus heridas, y unos ancianos, apoyados en sus bastones, narran sus viajes.

Algunos proceden del país de los germanos, de Tracia, de las Galias, de Escitia y de la India. Llevan nieve en las barbas, plumas en los cabellos, espinas en los flecos de sus atavíos; sus sandalias están negras de polvo y tienen la piel quemada por el sol. Todos los trajes se confunden: los mantos de púrpura y los vestidos de lino, las dalmáticas bordadas,

los sayones de pelo, los gorros de marinero, las mitras de los obispos... Sus ojos poseen un extraordinario fulgor. Tienen aspecto de verdugos o de eunucos.

Hilarión se acerca a ellos. Todos le saludan. Antonio, apretándose contra él, los observa. Se fija en que hay muchas mujeres, algunas de las cuales van vestidas de hombre, con el pelo rapado. Siente miedo de ellas.

HILARIÓN

Son cristianas que han convertido a sus maridos. Además, las mujeres siempre han estado a favor de Jesús. Hasta las idólatras. El ejemplo lo tienes en Prócula, la esposa de Pilatos, y en Popea, la concubina de Nerón. ¡Deja de temblar y adelante!

Llegan continuamente más personas.

Se multiplican, se desdoblan, ligeras como sombras, produciendo al mismo tiempo un gran alboroto en el que se mezclan aullidos de rabia, gritos de amor, cánticos y reproches.

ANTONIO, *en voz baja*

¿Qué es lo que quieren?

HILARIÓN

El Señor dijo: “Yo tendría que hablaros aún de muchas cosas.” Ellos saben esas cosas.

Y lo empuja hacia un trono de oro con cinco escalones, en el cual, rodeado de noventa y cinco discípulos, todos ellos untados de aceite, delgados y muy pálidos, se halla sentado el profeta Manés, hermoso como un arcángel, inmóvil como una estatua y ataviado con un traje hindú, con rubíes en sus cabellos trenzados, en su mano izquierda un libro con ilustraciones pintadas y en la derecha un globo. Las ilustraciones representan a las criaturas que dormitaban en el caos. Antonio se inclina para verlas y después

MANÉS

hace girar su globo y amoldando sus palabras a los sonos cristalinos de una lira, dice:

La tierra celestial se halla en el extremo superior, la tierra mortal, en el extremo inferior. La sostienen dos ángeles: el Splenditenens y el Omóforo de seis caras.

En la cúspide del cielo más alto se halla la Divinidad impasible; debajo y uno frente a otro, están el Hijo de dios y el Príncipe de las Tinieblas.

Habiéndose acercado las tinieblas a su reino, Dios extrajo de su esencia una virtud que dio lugar al primer hombre; y lo rodeó de cinco

elementos. Pero los demonios de las tinieblas le robaron parte de la misma, y esa parte es el alma.

Sólo existe un alma, universalmente derramada, como el agua de un río dividido en varios brazos. Es ella la que suspira en el viento, chirría en el mármol cuando lo sierran, aúlla en la voz del mar y llora lágrimas de leche cuando se le arrancan las hojas a la higuera.

Las almas que dejan este mundo emigran hacia los astros, que son seres animados.

ANTONIO *se echa a reír*

¡Ah, ah! ¡Qué imaginación más absurda!

UN HOMBRE

sin barba y con apariencia austera pregunta:

¿Por qué?

Antonio va a contestarle, pero Hilarión le dice que aquel hombre es Orígenes el inmenso y

MANÉS *prosigue*

Primero se detienen en la luna, donde se purifican. Luego suben hasta el sol.

ANTONIO, *lentamente*

No conozco nada... que nos impida... creerlo.

MANÉS

La finalidad de toda criatura consiste en liberar el rayo celestial preso en la materia. Se escapa con mayor facilidad por los perfumes, el aroma del vino cocido, las especias, las cosas sutiles que se asemejan a los pensamientos... Pero los actos de la vida, en cambio, lo retienen. El asesino renacerá en el cuerpo de un leproso; el que mata a un animal se convertirá en ese animal; si plantas una viña, te verás envuelto en sus ramificaciones. Los alimentos lo absorben. Así, pues, ¡privaos, ayunad!

HILARIÓN

¡Son sobrios, como verás!

MANÉS

Hay mucho del mismo en las carnes, menos en las hierbas. Por lo demás, los Puros, gracias a sus méritos, despojan a los vegetales de esa parte luminosa y ésta asciende a su hogar. Los animales, por medio de la generación, lo aprisionan en la carne. ¡Huid, pues, de las mujeres!

HILARIÓN

¡Admira su continencia!

MANÉS

O más bien, haced de manera que no sean fecundas. ¡Más le vale al alma caer en tierra que languidecer presa de ataduras carnales!

ANTONIO

¡Ah, qué abominación!

HILARIÓN

¿Qué importa la jerarquía de las liviandades? ¡La Iglesia hizo del matrimonio un Sacramento!

SATURNINO, *con el traje de Siria*

¡Propala cosas funestas! El Padre, para castigar a los ángeles rebeldes, les ordenó crear el mundo. Cristo ha venido con el fin de que el Dios de los judíos, que era uno de esos ángeles...

ANTONIO

¿Un ángel? ¡Él es el Creador!

CERDÓN

¿Acaso no quiso matar a Moisés, no engañó a los profetas, sedujo a los pueblos y propaló la mentira y la idolatría?

MARCIÓN

¡Ciertamente! ¡El Creador no es el verdadero Dios!

SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

¡La materia es eterna!

BARDESANES, *vestido de mago de Babilonia*

Fue formada por los siete Espíritus planetarios.

LOS HÉRNICOS

¡Los ángeles crearon las almas!

LOS PRISCILIANISTAS

¡Fue el diablo quien hizo el mundo!

ANTONIO se echa hacia atrás

¡Qué horror!

HILARIÓN sujetándolo

¡Te escandalizas con demasiada premura! No entiendes bien su doctrina. Aquí tienes a uno que recibió la suya de Teodás, el amigo de San Pablo. ¡Escúchale!

Y como si obedeciera a una señal de Hilarión, aparece

VALENTINO

vestido con túnica de plata, con voz sibilante y cráneo puntiagudo.

El mundo es la obra de un Dios delirante.

ANTONIO agacha la cabeza

¡La obra de un Dios delirante!

Tras un largo silencio, pregunta:

¿Cómo es eso?

VALENTINO

El Abismo, el más perfecto de los Eones, reposaba en el seno de la Profundidad junto con el Pensamiento. De su unión nació la Inteligencia, que tuvo por compañera a la Verdad.

La Inteligencia y la Verdad engendraron al Verbo y a la Vida quienes, a su vez, engendraron al Hombre y a la Iglesia. ¡Y con esto ya son ocho Eones!

Cuenta con los dedos

El Verbo y la Verdad produjeron otros diez Eones más, es decir, cinco parejas. El Hombre y la Iglesia habían producido otras doce, entre las cuales se hallaba el Paráclito y la Fe, la Esperanza y la Caridad, lo Perfecto y la Sabiduría, Sofía.

El conjunto de esos treinta Eones constituye el Pléroma o Universalidad de Dios. De ahí que, al igual que los ecos de una voz que se aleja, como los efluvios de un perfume que se evapora, o como los rayos de sol que se pone, las Potencias emanadas del Principio van siempre debilitándose.

Pero Sofía, deseosa de conocer al Padre, se lanzó fuera del Pléroma y el Verbo hizo entonces a otra pareja: Cristo y el Espíritu Santo, quien había unido entre sí a todos los Eones, y todos ellos juntos formaron a Jesús, la flor del Pléroma.

No obstante, los esfuerzos de Sofía por huir habían generado en el vacío a una nueva imagen suya, una sustancia nociva: Acaramoth. El Salvador se compadeció de ella, la liberó de sus pasiones y de la sonrisa de Acaramoth liberada nació la luz; sus lágrimas hicieron las aguas, su tristeza engendró la materia negra.

De Acaramoth salió el Demiurgo, el que fabrica los mundos, los cielos y el Diablo. Habita mucho más abajo que el Pléroma, sin percibirlo siquiera, tal es su convencimiento de ser él el verdadero Dios, y repite por boca de sus profetas: “¡No hay más Dios que yo!” Después hizo al hombre y le puso en el alma una simiente inmaterial que es la Iglesia, reflejo de la otra Iglesia situada en el Pléroma.

Algún día, cuando llegue a la región más alta, Acaramoth se unirá al Salvador; el fuego escondido en el mundo aniquilará entonces toda materia, se devorará a sí mismo y los hombres, ya convertidos en espíritus puros, se desposarán con los ángeles.

ORÍGENES

¡Entonces, el demonio será vencido y comenzará el Reino de Dios!

Antonio ahoga un grito e inmediatamente,

BASÍLIDES, agarrándolo por el codo, dice

El Ser Supremo, junto con las emanaciones infinitas, se llama Abraxas, y el Salvador, con todas sus virtudes, Kaulakau, lo que significa línea sobre línea, rectitud sobre rectitud.

Es posible obtener la fuerza de Kaulakau con ayuda de ciertas palabras inscritas en esta calcedonia para facilitar la memoria.

Y le muestra una piedrecita que lleva colgada al cuello, en la que están grabadas unas líneas extrañas.

Entonces, serás transportado a lo Invisible y como serás superior a la Ley, lo despreciarás todo, incluso la virtud.

Nosotros, los Puros, debemos huir del dolor siguiendo el ejemplo de Kaulakau.

ANTONIO

¿Cómo? ¿Y la cruz?

LOS ELQUESAÍTAS, con trajes color de jacinto, le responden

¡La tristeza, la bajeza, la condenación y la opresión de mis padres fueron borradas gracias a la misión del que ha llegado!

Se puede renegar del Cristo inferior, del Jesús hombre, pero hay que adorar al otro Cristo, nacido de su persona bajo el ala de la Paloma.

¡Honrad al matrimonio! ¡El Espíritu Santo es femenino!

Hilarión ha desaparecido y Antonio, empujado por la multitud, está en primera fila.

LOS CARPOCRACIANOS

acostados con mujeres sobre almohadas de color escarlata, dicen:

Antes de entrar en lo único, deberás pasar por una serie de condiciones y acciones. Para librarte de las tinieblas, realiza desde ahora mismo sus

obras. El esposo va a decir a la esposa: “Sé caritativa con tu hermano”, y ella te besaré.

LOS NICOLAÍTAS

reunidos en torno a unos manjares que echan humo:

Esta carne es la que se ofrece a los ídolos. ¡Toma! Está permitida la apostasía cuando el corazón permanece puro. Sacia tu carne y dale lo que ella te pida. ¡Trata de exterminarla a fuerza de libertinaje! Prunicos, la madre del cielo, se revolcó en la ignominia.

LOS MARCOSIANOS

con anillos de oro y empapados de bálsamo.

¡Entra en nuestra casa para unirse al espíritu! ¡Entra en nuestra casa para beber la inmortalidad!

Y uno de ellos le enseña, detrás de una colgadura, el cuerpo de un hombre con cabeza de asno. Representa a Sabaoth, el padre del Diablo. En señal de odio, Antonio le escupe encima.

Otro abre una cama muy bajita, cubierta de flores, diciendo:

Van a consumarse las nupcias espirituales.

El tercero sostiene una copa de cristal, hace una invocación y aparece sangre dentro de la misma.

¡Ah, ya está aquí! ¡Ya está aquí! ¡La sangre de Cristo!

Antonio se aparta, pero lo salpica el agua que salta de una cuba.

LOS HELVIDIANOS

se arrojan de cabeza en ella mascullando:

¡El hombre regenerado por el bautismo es impecable!

Más tarde, Antonio pasa junto a una hoguera muy grande, a la que se calientan los adamitas, completamente desnudos, pues desean imitar la pureza del paraíso. Tropezan con los

MESALIANOS

que se revuelcan sobre las losas, medio dormidos, estúpidos.

¡Oh, nos puedes aplastar si quieres! ¡No vamos a movernos! ¡El trabajo es un pecado y cualquier ocupación, nefasta!

Tras ellos aparecen los abyectos

PATERNIANOS

hombres, mujeres y niños, todos en montón sobre las basuras, alzan sus repulsivos rostros embadurnados de vino:

Las partes inferiores del cuerpo hechas por el Diablo le pertenecen.
¡Bebamos, comamos y forniquemos!

ECIO

¡Los crímenes son necesidades bajo la mirada de Dios!

Mas de pronto

UN HOMBRE ataviado con un manto cartaginés, salta en medio de todos ellos, con unas correas en la mano y golpea violentamente al azar, a derecha e izquierda, mientras dice

¡Ah, impostores, bandidos, simoníacos, herejes y demonios! ¡La chusma de las escuelas, la hez del infierno! Ése de allí es Marción, un marinero de Sínope excomulgado por incesto. Carpócrates fue detenido por mago. Ecio robó a su concubina. Nicolás prostituyó a su mujer y Manés, que se hace llamar Buda y cuyo nombre, en realidad, es Cubrico, fue desollado vivo con la punta de una caña, tanto es así que su piel curtida aún se balancea en el aire colgada a las puertas de Ctesifonte.

ANTONIO

ha reconocido a Tertuliano y se precipita para reunirse con él.

¡Maestro! ¡Ayudadme!

TERTULIANO *prosigue*

¡Haced añicos las imágenes! ¡Ponedle un velo a las vírgenes! ¡Orad,

ayunad, llorad y mortificaos! ¡Nada de filosofías! ¡Nada de libros! ¡Después de Jesús, la ciencia es inútil!

Todos han huido y Antonio ve, donde antes estaba Tertuliano, a una mujer sentada en un banco de piedra.

Está sollozando, con la cabeza recostada en una columna, con el pelo suelto y el postrado cuerpo envuelto en una larga vestimenta parda.

Después se encuentran uno junto al otro, lejos de la muchedumbre y reina un gran silencio, un sosiego extraordinario, como en los bosques cuando se para el viento y las hojas, de pronto, ya no se mueven.

Aquella mujer es muy hermosa, ya marchita, no obstante, y de una palidez sepulcral. Antonio y ella se miran y se transmiten en la mirada una oleada de pensamientos, mil cosas antiguas, confusas y profundas. Finalmente,

PRISCILA *empieza a hablar*

Yo me hallaba en los baños, en la última de las estancias y me adormecía con el zumbido que llega de la calle.

Oí, de repente, unos clamores. Gritaban: “¡Es un mago! ¡Es el Diablo!” Y la multitud se detuvo delante de nuestra casa, frente al templo de Esculapio. Yo logré encaramarme como pude con ayuda de mis manos hasta la altura del tragaluz.

Sobre el peristilo del templo había un hombre con una argolla de hierro alrededor del cuello. Tomaba unos carbones de un hornillo y trazaba con ellos largas estelas sobre su pecho al tiempo que clamaba: “¡Jesús, Jesús!” El pueblo decía: “Eso no está permitido. ¡Vamos a lapidarlo!” Él continuaba. Sucedían cosas inauditas, arrebatadoras. Flores tan grandes como el sol daban vueltas ante mis ojos y yo oía vibrar un arpa de oro en el espacio. Empezó a oscurecer. Mis manos soltaron los barrotes, mi cuerpo desfalleció y cuando él me llevó a su casa...

ANTONIO

¿Pues de quién estás tú hablando?

PRISCILA

¡De quién va a ser, de Montano!

ANTONIO

¡Montano ha muerto!

PRISCILA

¡No es verdad!

UNA VOZ

No, Montano no ha muerto.

Antonio se vuelve y junto a él, al otro extremo del banco, ve sentada a otra mujer. Ésta es rubia y aún más pálida, con grandes ojeras como si hubiera estado llorando mucho tiempo. Sin que él la interrogue, ella le dice:

MAXIMILA

Volvíamos de Tarsia por las montañas cuando, al dar la vuelta a un recodo, vimos a un hombre debajo de una higuera.

Nos gritó desde lejos: “¡Deteneos!” y se precipitó sobre nosotros injuriándonos. Los esclavos acudieron. Él se echó a reír. Los caballos se encabritaron. Los molosos ladraban todos al mismo tiempo.

Él estaba de pie. El sudor le chorreaba por la cara. El viento hacía restallar su manto.

Nos llamaba por nuestros nombres, nos reprochaba la vanidad de nuestras obras, la infamia de nuestros cuerpos, y amenazaba con el puño a los dromedarios por llevar campanillas de plata atadas bajo la mandíbula.

Su furor me llenaba de espanto las entrañas. Empero, era como una voluptuosidad que me arrullaba y me embriagaba.

Primero se acercaron los esclavos: “Maestro –dijeron-, nuestros animales están cansados.” Luego fueron las mujeres. “Tenemos miedo”, y los esclavos se fueron. Finalmente, los niños se echaron a llorar. “¡Tenemos hambre!” Y como no habían respondido a las mujeres, éstas desaparecieron.

Él seguía hablando. Sentía la presencia de alguien a mi lado. Era el esposo; yo escuchaba al otro. Se arrastró por entre las piedras clamando: “¿Me abandonas? y yo respondí: “¡Sí, vete!””, con el fin de acompañar a Montano.

ANTONIO

¡A un eunuco!

PRISCILA

¡Ah! ¿Eso te extraña, corazón grosero? No obstante, ni Magdalena, ni Juana, ni Marta ni Susana entraban en el lecho del Salvador. Las almas, mejor que los cuerpos, pueden abrazarse con frenesí. Para conservar impunemente a Eustolia, Leoncio el obispo se mutiló, prefiriendo

el amor a su virilidad. Y además, yo no tengo la culpa, un espíritu me obliga a ello. Sotas no pudo curarme. ¡Él es cruel, sin embargo! Pero qué más da... Yo soy la última de las profetisas y después de mí llegara el fin del mundo.

MAXIMILA

Él me colmó con sus dones. Además, ninguna otra mujer lo ama tanto como yo ni es de él tan amada.

PRISCILA

¡Mientes! ¡Esa mujer soy yo!

MAXIMILA

¡No, soy yo!

Se pegan.

Por entre sus hombros aparece la cabeza de un negro.

MONTANO

tapado con un manto negro, abrochado con dos huesos de muerto, dice:

¡Serenaos, palomas mías! Aun siendo incapaces de alcanzar la dicha terrenal, con esta Unión gozamos de la plenitud espiritual. Luego de la era del Padre viene la era del Hijo; y yo inauguro la tercera, la del Paráclito. Su luz llegó a mí durante las cuarenta noches en que la Jerusalén celestial brilló en el firmamento, por encima de mi casa, en Pepuza.

¡Ay, cómo gritáis de angustia cuando os flagelan las correas! ¡Cómo se ofrecen a mi pasión vuestros doloridos miembros! ¡Cómo languidecéis sobre mi pecho con un amor irrealizable! Tan fuerte es que ha llegado a descubrirnos mundos y ahora podéis percibir las almas con vuestros ojos.

Antonio hace un gesto de asombro.

TERTULIANO, *que ha vuelto junto a Montano*

Es indudable, ya que el alma tiene un cuerpo, pues lo que no tiene cuerpo no existe.

MONTANO

Para hacerla más sutil he instituido numerosas mortificaciones: tres cuaresmas al año y, para cada noche, unas oraciones que han de decirse con la boca cerrada por miedo a que el aliento, al escaparse, empañe el pensamiento... Hay que abstenerse de las segundas nupcias o, mejor aún, de todo matrimonio. Los ángeles pecaron con las mujeres...

LOS ARCÓNTICOS, *con cilicios hechos de crines*

El Salvador ha dicho: “He venido para destruir la obra de la Mujer.”

LOS TACIANITAS, *con cilicios de cañas*

¡Ella es el árbol del mal! Los hábitos de piel son nuestro cuerpo.

Y al seguir avanzando en la misma dirección, Antonio tropieza con

LOS VALESIANOS

que están tendidos en el suelo, con unas placas rojas en la parte baja del vientre, por debajo de su túnica.

Le muestran un cuchillo.

¡Haz como Orígenes y como nosotros! ¿Temes al dolor, cobarde? ¡Es el amor a tu carne lo que te retiene, hipócrita?

Y mientras él contempla cómo forcejean, tendidos de espaldas en los charcos de su propia sangre,

LOS CAINITAS

con los cabellos atados con una víbora, pasan por su lado vociferándole al oído:

¡Gloria a Caín! ¡Gloria a Sodoma! ¡Gloria a Judas!

Caín creó la raza de los fuertes, Sodoma espantó a la Tierra entera con su castigo y Judas fue quien permitió a Dios salvar al mundo. ¡Sí, Judas! ¡Sin él no hubiera habido ni muerte ni redención!

Desaparecen ante la horda de los

CIRCONCELIONES

vestidos con pieles de lobo, coronados de espinas y llevando en la mano porras de hierro.

¡Aplastad el fruto! ¡Enturbiad el manantial! ¡Ahogad al niño! ¡Saquead al rico, pues es feliz y come mucho! ¡Azotad al pobre que envidia la manta del asno, la comida del perro y el nido del pájaro, y que se aflige porque los demás no son tan miserables como él!

Nosotros, los santos, para que llegue pronto el fin del mundo, envenenamos, incendiamos y matamos.

Sólo en el martirio se encuentra la salvación.

Nosotros nos damos martirio. ¡Nos arrancamos la piel de nuestras cabezas, extendemos nuestros miembros debajo de los arados y nos arrojamus de cabeza dentro de los hornos!

¡Malhaya el bautismo! ¡Deshonrada sea la Eucaristía! ¡Malhaya el matrimonio! ¡Condenación universal!

En aquel momento, dentro de la basílica se produce como un acrecentamiento del furor general.

Los audienses disparan flechas contra el diablo; los coliridianos lanzan al techo velos azules; los ascitas se prosternan ante un odre; los marcionitas bautizan a un cadáver con aceite. Junto a Apeles, para explicar mejor sus ideas, una mujer enseña un pan redondo metido en una botella; otra, en medio de los sampseanos, distribuye, como si fuera la comunión, el polvo de sus sandalias. Sobre el lecho de los marcosianos, sembrado de rosas, se abrazan dos amantes. Los circoncelianos se entredegüellan, los valesianos lanzan alaridos, Bardesanes canta, Carpócrates baila, Maximila y Priscila lanzan sonoros gemidos y la falsa profetisa de Capadocia, completamente desnuda, acodada sobre un león y sacudiendo tres antorchas, aúlla la Invocación Terrible.

Las columnas se balancean como si fueran troncos de árboles, los amuletos que los heresiarcas llevan al cuello cruzan entre sí sus destellos, las constelaciones se agitan en las capillas y las paredes retroceden ante el vaivén de la muchedumbre, en la que cada cabeza es igual a una ola que salta y rugie.

No obstante, del fondo mismo del clamor, sobresale una canción acompañada por carcajadas, en la que se repite el nombre de Jesús.

Es gente de la plebe, que da palmas para marcar el compás. En medio de ellos se encuentra

ARRIO, con hábito de diácono

Los locos que contra mí declaman pretenden explicar lo absurdo; y para terminar de confundirlos, he compuesto unos breves poemas tan divertidos que se los saben de memoria en los molinos, en las tabernas y en los puertos.

¡Mil veces no! ¡El Hijo no es coeterno del Padre, ni de la misma sustancia! De lo contrario, no hubiera dicho: “¡Padre, aparta de mi este cáliz! ¿Por qué me llamáis bueno? ¡Sólo Dios es bueno! Voy a mi Dios, a vuestro Dios”, y otras muchas más palabras que testifican su condición de criatura. Nos es demostrada asimismo por todos sus nombres: cordero, pastor, fuente, sabiduría, hijo del hombre, profeta, buen camino, piedra angular.

SABELIO

Yo afirmo que ambos son idénticos.

ARRIO

El concilio de Antioquía decretó lo contrario.

ANTONIO

¿Qué es, pues, el Verbo?... ¿Quién era Jesús?

LOS VALENTINIANOS

¡Era el esposo de Acaramoth arrepentida!

LOS SETIANOS

¡Era Sem, hijo de Noé!

LOS TEODOCIANOS

¡Era Melquisedec!

LOS MERINTIANOS

¡No era más que un hombre!

LOS APOLINARISTAS

¡Tomó su apariencia! ¡Simuló la Pasión!

MARCELO DE ANCIRA

¡Era una ampliación del Padre!

EL PAPA CALIXTO

¡El Padre y el Hijo son las dos formas de un solo Dios!

METODIO

Primero estuvo en Adán, luego en el hombre.

CERINTO

Resucitará.

VALENTINO

¡Es imposible, al ser su cuerpo celestial!

PABLO DE SAMOSATA

No fue Dios hasta después de su bautismo.

HERMÓGENES

¡Vive en el sol!

Y todos los heresiarcas forman un corro alrededor de Antonio, que llora con la cabeza entre las manos.

UN JUDÍO

con la barba roja y la piel maculada de lepra se acerca a él y le dice con una horrible risotada:

¡Su alma era el alma de Esaú! Padecía la enfermedad belerofontiana y su madre, la perfumista, se entregó a Pantero, un soldado romano, sobre unos haces de maíz en una tarde de siega.

ANTONIO

levanta prestamente la cabeza, los mira sin decir ni una palabra y luego, caminando hacia ellos, grita:

¡Doctores, magos, obispos y diáconos, hombres y fantasmas, atrás!
¡Atrás! ¡Todos sois mentira!

LOS HERESIARCAS

Tenemos mártires que son más mártires que los tuyos, oraciones más difíciles, arrebatos de amor superiores, éxtasis prolongados...

ANTONIO

¡Pero no tuvisteis la revelación! ¡Ni pruebas!

Entonces, todos se ponen a blandir en el aire rollos de papiro, tablillas de madera, pedazos de cuero, tiras de tela y, empujándose unos a otros, dicen:

LOS CERINTIANOS

¡Éste es el evangelio de los hebreos!

LOS MARCIONITAS

¡El Evangelio del Señor!

LOS MARCOSIANOS

¡El Evangelio de Eva!

LOS ENCRATITAS

¡El Evangelio de Tomás!

LOS CAINITAS

¡El Evangelio de Judas!

BASÍLIDES

¡El tratado del alma redimida!

MANÉS

¡La profecía de Barcuf!

Antonio forcejea y logra escapar. En un rincón oscuro vislumbra a

LOS VIEJOS EBIONITAS

resecos como momias, con la mirada apagada y las cejas blancas.

Dicen con voz trémula:

¡Nosotros lo conocimos, nosotros lo conocimos al Hijo del carpintero! Éramos de su edad, vivíamos en su calle. Se entretenía con el barro modelando pajaritos; sin miedo al filo de los tajos, ayudaba a su padre en su faena, o juntaba para su madre ovillos de lana teñida. Más tarde, hizo un viaje a Egipto, de donde se trajo grandes secretos. Estábamos en Jericó cuando vino a buscar al comedor de langostas. Estuvieron charlando en voz baja, sin que nadie pudiera oírlos. Pero a partir de ese momento fue cuando se oyó hablar de él en Galilea y cuando propalaron sobre él muchas fábulas.

Repiten con voz temblona:

¡Nosotros lo conocimos! ¡Nosotros lo conocimos!

ANTONIO

¡Ah, seguid hablando! ¡Hablad! ¿Cómo era su rostro?

TERTULIANO

Tenía un aspecto hosco y repulsivo, pues había cargado con todos los crímenes, con todos los dolores y con todas las deformidades del mundo.

ANTONIO

¡Oh, no, no! Me figuro, por el contrario, que toda su persona era de una belleza sobrehumana.

EUSEBIO DE CESAREA

En Paneades, junto a una vieja casa en ruinas, entre unos matojos de hierbas, hay una estatua suya de piedra que, al parecer, elevó la mujer que padecía flujo de sangre. Pero el tiempo le ha roído la cara y las lluvias han borrado la inscripción.

Una mujer sale de entre el grupo de los carpocracianos.

MARCELINA

Antaño, yo era diaconisa en Roma, en una iglesita donde mostraba a los fieles las imágenes en plata de San Pablo, de Homero, de Pitágoras y de Jesucristo.

Sólo guardé la suya.

Entreabre su manto

¿La quieres?

UNA VOZ

¡Él se aparece a nosotros en persona cuando lo llamamos! ¡Es la hora!
¡Ven!

Y Antonio siente la presión de una mano brutal sobre su brazo, que lo arrastra.

Sube por una escalera a oscuras y después de subir muchos escalones, llega ante una puerta.

El que lo guía (¿será Hilarión?, él no lo sabe) le dice al oído: “El Señor va a venir.” Ambos son introducidos en una estancia de techos bajos, sin muebles.

Lo que más le llama la atención a Antonio en un principio es ver, frente a él, una larga crisálida color de sangre, con una cabeza de hombre de la que sobresalen unos rayos y con la palabra *Knouphis* escrita en griego alrededor. Se halla sobre un fuste de columna colocado en el centro de un pedestal. En las otras paredes de la habitación hay unos medallones de hierro pulimentado que representan cabezas de animales: la de un buey, la de un león, la de un águila, la de un perro y también la cabeza de un asno. ¡Otra vez!

Las lámparas de arcilla colgadas debajo de estas imágenes dan una luz temblorosa. Por un agujero que hay en la pared, Antonio divisa la luna, que riela a lo lejos sobre las olas, y hasta distingue su leve chapoteo regular, junto con el ruido sordo de la quilla de una barca, que choca contra las piedras del malecón.

Unos hombres en cuclillas, que se tapan la cara con el manto, sueltan a intervalos una suerte de ladrido sofocado. Hay mujeres que dormitan, con la frente apoyada en ambos brazos, con los que se sujetan las rodillas; tan tapadas están con sus velos que al verlas se diría un montón de harapos dispuestos a lo largo del muro. Junto a ellas, unos niños medio desnudos, llenos de piojos, miran con expresión estúpida cómo arden las lámparas; y nadie hace nada, todos están esperando algo.

Hablan en voz baja de sus familias, o se comunican remedios para sus enfermedades. Varios de ellos piensan embarcarse al apuntar el día, pues se han recrudecido las persecuciones. No es difícil, empero, engañar a los paganos. “¡Creen, los tontos, que adoramos a *Knouphis*!”

Pero uno de los hermanos, inspirado de repente, se planta delante de la columna en donde han puesto un pan, encima de una cesta llena de hinojo y de aristoloquias. Los demás se han ido cada cual a su sitio y forman, todos de pie, tres líneas paralelas.

EL INSPIRADO

desenrolla un papiro cubierto de cilindros entremezclados y comienza:

Sobre las tinieblas descendió el rayo del Verbo, y se oyó un grito violento que parecía la voz de la luz.

TODOS

responden, moviendo el cuerpo de un lado a otro,

¡Kyrie eleison!

EL INSPIRADO

El hombre, a continuación, fue creado por el infame Dios de Israel, con la ayuda de todos éstos.

Señala los medallones.

Astofaios, Oraios, Sabaoth, Adonai, Eloy, Iao. Y yacía en el barro, repulsivo, débil, sin forma ni pensamiento

TODOS *con tono plañidero*

¡Kyrie eleison!

EL INSPIRADO

Más Sofía, compasiva, lo vivificó con una partícula de su alma.

Entonces, al ver al hombre tan hermoso, Dios se encolerizó. Lo encarceló en su reino prohibiéndole el árbol de la ciencia.

¡Fue Sofía quien lo socorrió una vez más! Envío a la serpiente que, tras largos rodeos, consiguió que desobedeciera a aquella ley de odio.

Y el hombre, cuando hubo probado la ciencia, comprendió las cosas del cielo.

TODOS, *con fuerza*

¡Kyrie eleison!

EL INSPIRADO

¡Pero Ialdabaoth, para vengarse, precipitó al hombre en la materia a la serpiente con él!

TODOS, *muy bajito*

¡Kyrie eleison!

Cierran la boca y callan.

En el aire caliente se mezclan los olores del puerto con el humo de las lámparas. Las mechas chisporrotean como si fueran a apagarse. Unos mosquitos muy grandes revolotean por el aire, y Antonio gruñe de angustia: siente la impresión de que algo flota en torno a él, como el espanto de un crimen próximo a realizarse.

Pero

EL INSPIRADO

golpeando con el talón, chasqueando los dedos y meneando la cabeza, salmodia con ritmo furioso, al son de los címbalos y de una aguda flauta:

¡Ven, ven, ven! ¡Sal de tu caverna!

¡Veloz que corres sin pies, cazador que atrapas sin manos!

Sinuoso como los ríos, orbicular como el sol, negro con manchas de oro, como el firmamento sembrado de estrellas! ¡Semejante a los sarmientos enroscados de la vid y a las circunvoluciones de las entrañas!

¡No engendrado! ¡Comedor de tierra! ¡Eternamente joven! ¡Perspicaz! ¡Honrado en Epidauro! ¡Bueno con los hombres! ¡Tú, que curaste al rey Tolomeo, a los soldados de Moisés y a Glauco, hijo de Minos!

¡Ven, ven, ven! ¡Sal de tu caverna!

TODOS *repiten*

¡Ven, ven, ven! ¡Sal de tu caverna!

No obstante, no aparece nadie.

¿Por qué? ¿Qué le pasa?

Y hablan entre sí, proponen soluciones.

Un anciano ofrece hierba. Algo empieza a moverse dentro del cesto. Las hojas verdes se agitan, caen flores y aparece la cabeza de una serpiente pitón.

Da la vuelta lentamente alrededor del pan, como un círculo en torno a un disco inmóvil y luego crece, se estira; es enorme y de un peso considerable. Para impedir que roce el suelo, los hombres la sostienen contra su pecho y las mujeres sobre sus cabezas, los niños la levantan con sus manos. La cola, que sale por el agujero de la muralla, se prolonga indefinidamente hasta el fondo del mar. Desenrolla sus anillos que invaden la estancia y apresan a Antonio.

LOS FIELES

pegando la boca a la piel de la serpiente, se quitan unos a otros el pan que ésta ha mordido.

¡Eres tú! ¡Eres tú!

Criado primero por Moisés, destrozado por Ezequías, restablecido por el Mesías. Él te bebió en las aguas del bautismo, pero tú lo abandonaste en el jardín de los olivos y él sintió entonces toda su debilidad.

Enroscado al palo de la cruz, por encima de su cabeza, babeando sobre su corona de espinas, tú contemplabas cómo moría. ¡Porque tú no eres Jesús, eres el Verbo! ¡Eres Cristo!

Antonio se desmaya horrorizado y cae al suelo delante de su cabaña, sobre las astillas, donde arde suavemente la antorcha que resbaló de sus manos.

Esta conmoción le hace abrir los ojos y reconoce el Nilo, ondulado y claro bajo la luz blanca de la luna, como una gran serpiente en medio de las arenas; tanto es así que vuelve a tener alucinaciones y se encuentra de nuevo entre los ofitas; lo rodean, lo llaman, traen y llevan bultos, bajan al puerto. Él se embarca con ellos.

Transcurre un tiempo inapreciable.

Después se encuentra bajo la bóveda de una cárcel. Ante él, los barrotes dibujan líneas negras que se destacan sobre un fondo azul. A ambos lados, en la sombra, hay personas que rezan y lloran, rodeadas de otras muchas que tratan de animarlas y darles consuelo.

Afuera se oye el zumbido de la multitud y se ve el esplendor de un día de verano.

Suenan voces agudas que pregonan sandías, agua, bebidas heladas, almohadones rellenos de hierbas para sentarse... De cuando en cuando, estallan aplausos. Antonio percibe pasos por encima de su cabeza.

De repente se oye un largo rugido, fuerte y cavernoso como el ruido del agua en un acueducto.

Y frente a él, detrás de los barrotes de otra galería, vislumbra un león que pasea, luego una fila de sandalias, de piernas desnudas y de franjas de púrpura. Más allá hay grupos de gentes dispuestas en círculo y escalonadas simétricamente; van ensanchándose desde la parte más baja, que encierra la arena, hasta lo más alto, donde se alzan unos mástiles que sostienen una lona color jacinto, tensada con cuerdas en el aire. Estos grandes círculos se hallan cortados, a intervalos regulares, por unas escaleras que convergen en el centro. Los graderíos desaparecen bajo la gente que allí se sienta: caballeros, senadores, soldados, plebeyos, vestales y cortesanas; llevan capuchones de lana, manípulos de seda, túnicas rojizas con tembleques de pedrerías, penachos de plumas, fascas de lictores, y todo ello forma un conjunto hormigueante, vociferante, tumultuoso y furibundo, que aturde a Antonio como si fuera una inmensa cuba de agua hirviendo. En el centro de la arena, sobre un altar, humea un recipiente con incienso.

De ello se deduce que aquellas personas que lo rodean son cristianos condenados a ser devorados por las fieras. Los hombres llevan el manto rojo de los pontífices de Saturno; las mujeres, las cintas de Ceres. Sus amigos se reparten sus vestiduras y sus anillos. Para introducirse en la prisión –dicen– tuvieron que pagar mucho dinero. ¡Qué importa! Se quedarán allí hasta el final.

Entre aquellos consoladores, Antonio se fija en un hombre calvo, con una túnica negra, cuya cara cree haber visto ya en algún sitio. Está hablándoles a los mártires de la nada que es el mundo y de la felicidad de los elegidos. Antonio se siente arrebatado por el amor. Desea tener la ocasión de dar su vida por el Salvador, sin percatarse muy bien de si él mismo no es también uno de aquellos mártires.

Pero salvo un frigio de largos cabellos que permanece con los brazos en alto, todos parecen estar tristes. Hay un anciano que solloza sentado en un banco, y un joven que medita, de pie, con la cabeza baja.

EL ANCIANO

que no quiso pagar, en una encrucijada, ante una estatua de Minerva, mira detenidamente a sus compañeros con una mirada que significa:

¡Hubierais debido socorrerme! Hay comunidades que se las arreglan para que las dejen tranquilas. Además, alguno de entre vosotros habéis obtenido incluso cartas declarando en falso que hacíais sacrificios a los ídolos.

Pregunta:

¿No fue Pedro de Alejandría quien dio las reglas de lo que debe hacerse cuando se flaquea ante el tormento?

Y luego dice para sí:

¡Ay, qué duro es esto a mi edad! ¡Mis achaques me dejan tan débil! No obstante, hubiera podido vivir todavía hasta el próximo invierno...

El recuerdo de su jardincito lo entenece y mira hacia el altar.

EL JOVEN

que interrumpió a golpes una fiesta de Apolo murmura:

¡Sólo de mí dependía haber huido a las montañas!

-Te hubieran apresado los soldados –*dice uno de sus hermanos.*

-¡Oh! Habría hecho como Cipriano, habría vuelto. Y la segunda vez, hubiese tenido más fuerzas, estoy seguro.

Piensa a continuación en los innumerables días que aún podría vivir, en todas las alegrías que no conocerá nunca, y mira hacia el altar.

Pero

EL HOMBRE DE LA TÚNICA NEGRA

corre hacia él.

¡Qué escándalo! ¿Cómo es posible que tú, que eres una víctima predilecta, te comportes de esta manera? ¡Piensa en todas las mujeres que te estarán mirando! Y además, hay ocasiones en que Dios hace un milagro.

Pionio paralizó la mano de su verdugo; la sangre de Policarpo apagó las llamas de la hoguera en que iban a quemarlo.

Se vuelve hacia el anciano.

¡Padre, padre! Tú debes edificarnos con tu muerte. Si la retrasas, puede que cometas alguna acción malvada que estropearía el fruto de las buenas. Además, el poder de Dios es infinito. Acaso tu ejemplo convierta a todo el pueblo.

Y en la galería de enfrente, los leones van y vienen sin parar, con un movimiento continuo, rápido. El más grande mira de repente a Antonio, se pone a rugir y le sale vaho de las fauces.

Las mujeres se apretujan contra los hombres.

EL CONSOLADOR *va de uno a otro*

¿Qué diríais vosotros, qué dirías tú, si te quemaran con planchas de hierro, si te descuartizaran unos caballos, si tu cuerpo untado con miel fuera devorado por las moscas? A fin de cuentas, tu muerte va a ser igual a la de un cazador que se ve sorprendido en un bosque.

Antonio piensa que todas aquellas muertes son preferibles a las fauces de las horribles bestias feroces. Le parece sentir sus dientes, sus garras, oír cómo crujen sus pobres huesos entre las mandíbulas de las fieras.

Entra un beluario en el calabozo; los mártires se echan a temblar.

Sólo uno permanece impasible: es el frigio que rezaba, apartado de los demás. Ha incendiado tres templos. Avanza con los brazos en alto, con la boca abierta, con la cara mirando al cielo, sin ver nada, como un sonámbulo.

EL CONSOLADOR *exclama*

¡Condenación para el montanista!

Lo insultan, lo escupen, quieren pegarle. Los leones, impacientes, se muerden la melena. El pueblo aúlla: “¡A las fieras! ¡A las fieras!”

Los mártires prorrumpen en sollozos, se abrazan unos a otros. Les ofrecen una copa de vino narcótico. Se la pasan rápidamente de mano en mano.

Apoyado en la puerta que cierra otra galería, hay otro beluario esperando la señal; sale el león.

Cruza la arena en línea oblicua y a largos pasos. Tras él, en fila, aparecen los demás leones, después un oso, tres panteras y varios leopardos. Se dispersan como un rebaño en medio de un prado.

Se oye el restallido de un látigo. Los cristianos se tambalean y, para terminar antes, sus hermanos los empujan. Antonio cierra los ojos.

Cuando vuelve a abrirlos se halla envuelto en tinieblas.

Éstas se disipan en seguida y divisa una llanura árida y ondulada, como las que se ven en torno a las canteras abandonadas.

Aquí y allá, un grupo de arbustos crece entre las losas, a ras del suelo, y unas siluetas blancas –más imprecisas que nubes- se inclinan sobre las mismas.

Llegan más, con ligereza. Hay ojos que brillan por entre las aberturas de los largos velos. Por la languidez de sus pasos y los perfumes que exhalan, Antonio deduce que son patricias. También hay hombres, aunque de condición inferior, pues sus rostros son ingenuos y ordinarios a un mismo tiempo.

UNA DE ELLAS

dice, respirando hondamente:

¡Ah, qué bueno es sentir el aire frío de la noche en medio de los sepulcros! ¡Estoy tan harta de la molición de los lechos, del bullicio de los días y de la pesadez del sol!

Su sirvienta saca, de una bolsa de tela, una antorcha y la prende. Los fieles encienden con su llama otras antorchas y las plantan encima de las tumbas.

UNA MUJER, *jadeante*

¡Ah, por fin he podido venir! ¡Pero qué fastidio, haberme casado con un idólatra!

OTRA

Las visitas a las cárceles, las conversaciones con nuestros hermanos, ¡todo les resulta sospechoso a nuestros maridos! Y hasta tenemos que escondernos para hacer la señal de la cruz: la tomarían por un conjuro mágico.

OTRA

Con el mío, todos los días tenía algún disgusto. Yo no quería someterme a los abusos que de mi cuerpo exigía y con el fin de vengarme mandó que me persiguieran por cristiana.

OTRA

¿Os acordáis de Lucio, aquel joven tan apuesto a quien arrastraron por los talones atado de un carro, como a Héctor, desde la puerta Esquilina hasta las montañas de Tíbur? ¡Y a ambos lados del camino, la sangre salpicaba los

matorrales! Recogí algunas gotas. ¡Aquí están!

Se saca del pecho una esponja ennegrecida, la cubre de besos y luego se arroja sobre las losas gritando:

¡Ay, mi amigo! ¡Amigo mío!

UN HOMBRE

Hoy hace exactamente tres años que murió Domitila. La lapidaron en el bosque de Proserpina. Yo recogí sus huesos que brillaban como luciérnagas en la hierba... ¡Ahora los cubre la tierra!

Se arroja sobre una tumba.

¡Ay, mi novia! ¡Mi novia querida!

Y TODOS LOS DEMÁS

gritan por la llanura:

¡Oh, hermana mía!, ¡Oh, hermano mío!, ¡Oh hija mía!, ¡Oh, madre mía!

Están de rodillas, con la frente entre las manos, o bien tendidos por completo en el suelo, con los brazos extendidos, y los sollozos que tratan de contener les levantan el pecho de tal manera que parece como si fueran a romperse. Miran al cielo diciendo:

¡Ten piedad de su alma, oh, Dios mío! Languidece en el reino de las sombras: ¡dígnate admitirla en la Resurrección para que pueda gozar de tu luz!

O también, con la mirada fija en las losas, murmuran:

¡Tranquilízate y no sufras más! ¡Te he traído vino y viandas!

UNA VIUDA

Aquí te traigo *pultis* hecho por mí, como a ti te gusta, con muchos huevos y doble cantidad de harina. Nos lo comeremos juntos, igual que antaño, ¿verdad?

Se acerca un poco de *pultis* a los labios y, de súbito, se echa a reír de un modo extravagante, frenético.

Los demás, al igual que ella, mordisquean algún que otro bocado, beben tragos de vino.

Se cuentan las historias de sus respectivos mártires; el dolor se exagera y aumentan las libaciones. Se miran unos a otros con los ojos anegados en lágrimas. Balbucean de embriaguez y desconsuelo; poco a poco, sus manos se buscan, sus labios se unen, los velos se entreabren y se mezclan sus cuerpos sobre las tumbas, entre las copas y la antorchas.

El cielo comienza a palidecer. La niebla humedece las vestiduras y, como si no se conocieran, se alejan unos de otros por diferentes caminos, por los campos.

Brilla el sol; han crecido las hierbas, el llano se ha transformado.

Y Antonio distingue con claridad, a través de los bambúes, un bosque de columnas de un gris azulado. Son troncos de árboles que proceden de un solo tronco. De cada una de sus ramas salen otras ramas que se hunden en el suelo, y el conjunto de todas estas líneas horizontales y perpendiculares, multiplicadas indefinidamente, podría recordar a un monstruoso armazón, de no verse en ellas, de cuando en cuando, un higo pequeño, con unas hojas negruzcas como las del sicómoro.

En sus bifurcaciones se advierte flores amarillas, flores violetas y helechos semejantes a las plumas de los pájaros.

Debajo de las primeras ramas aparecen, aquí y allá, los cuernos de un bubal, o los ojos brillantes de un antílope; hay papagayos encaramados en las ramas, mariposas que revolotean, lagartos que se arrastran y moscas que zumban; y en medio de todo aquel silencio, se oye palpar una vida profunda.

A la entrada del bosque, sobre una especie de pira, hay una cosa extraña –un hombre- untado con boñiga de vaca, completamente desnudo, más seco que una momia. Sus articulaciones son como nudos en las extremidades de sus hueso que parecen palos. Lleva unos racimos de caracolas en las orejas, tiene la cara muy alargada y la nariz como el pico de un buitre. Estira el brazo izquierdo que permanece así, anquilosado, tieso como una estaca. Y debe de estar allí desde hace tanto tiempo que unos pájaros han anidado en sus cabellos.

En las cuatro esquinas de la pira arden cuatro fuegos. El sol está exactamente frente a él. Él lo contempla abriendo mucho los ojos y, sin fijarse en Antonio, dice:

Bramán de las orillas del Nilo, ¿qué dices a esto?

Empiezan a salir llamas por todas partes, por entre los huecos que dejan los maderos y

EL GIMNOSOFISTA *prosigue*

Al igual que el rinoceronte, me adentré en la soledad. Antes vivía en el árbol que hay detrás de mí.

En efecto, la gruesa higuera presenta entre sus estrías una oquedad natural del tamaño de un hombre.

Y me alimentaba con flores y frutos, y tan bien cumplí los preceptos que ni siquiera un perro me vio comer.

Como la existencia proviene de la corrupción, la corrupción del deseo, el deseo de la sensación y la sensación del contacto, huí de cualquier acción y de cualquier contacto y, sin hacer más movimiento que la estela de una tumba, exhalando el aliento por los orificios de la nariz, fijando en ésta mi mirada y considerando al éter dentro de mi espíritu, al mundo en mis miembros y a la luna en mi corazón, meditaba sobre la esencia del Alma grande, de la que se escapan continuamente, como chispas de fuego, los principios de la vida.

Por fin logré captar el alma suprema en todos los seres, a todos los seres en el alma suprema. Y he conseguido que en ella penetre mi alma, en la que había puesto todos mis sentidos.

Ahora recibo la ciencia directamente del cielo, como el pájaro Tchataka, que sólo apaga su sed en los surcos que llena la lluvia.

El hecho mismo de que yo conozca las cosas hace que éstas ya no existan para mí.

Ahora ya no siento ni esperanza ni angustia, ni dicha, ni virtud, ni día ni noche, ni tú ni yo, ya no siento absolutamente nada.

Mi tremenda austeridad me ha hecho superior a las Potencias. Una contracción de mi pensamiento puede matar a cien hijos de reyes, destronar a los dioses, trastornar al mundo.

Ha dicho todo esto con voz monótona.

Las hojas de su alrededor se arquean. Las ratas huyen corriendo por el suelo.

Bajan lentamente la mirada hacia las llamas que van subiendo y luego añade:

Me repugna la forma, me repugna la percepción, me repugna hasta el mismo conocimiento, pues el pensamiento no sobrevive al hecho transitorio que lo causa y el espíritu no es sino una ilusión, igual que todo lo demás.

Cuanto ha sido engendrado perecerá, todo lo que ha muerto deberá revivir. Los seres actualmente desaparecidos residirán dentro de unas matrices aún no formadas y volverán a la tierra para servir con dolor a otras criaturas.

Pero como yo he vivido infinidad de existencias bajo envolturas de dioses, de hombres y de animales, renuncio al viaje, ¡estoy harto de soportar tanto cansancio! Abandono la sucia posada que es mi cuerpo, construida con carne, enrojecida por la sangre y cubierta con una horrible piel llena de inmundicias... Y para recompensa mía, dormiré por fin en lo más profundo de lo Absoluto, en la Nada.

Las llamas le suben hasta el pecho y lo envuelven. Asoma la cabeza a través de las mismas como por el agujero de una pared. Sus ojos, abiertos de par en par, continúan mirando.

ANTONIO *se levanta*

La antorcha, en el suelo, ha prendido fuego a las astillas de madera y las llamas le han chamuscado la barba.

Antonio grita y pisotea el fuego a un mismo tiempo, y cuando ya sólo queda un montoncito de cenizas, dice:

¿Por dónde andará Hilarión? Estaba aquí hace un momento.

¡Yo lo vi!

Pero no, es imposible. ¡Me parece que soy yo quien me engaño!

¿Por qué?... Mi cabaña, esas piedras, la arena, tal vez todo esto no tenga más consistencia que la de él. ¡Me estoy volviendo loco! ¡Serenidad! ¿Por dónde iba yo? ¿Qué es lo que pasaba?

¡Ah, sí! ¡El gimnosofista!... Esa muerte es muy corriente entre los sabios hindúes. Kalanos se prendió fuego delante de Alejandro; otro hizo lo mismo en tiempos de Augusto. ¡Cuánto hay que odiar la vida para hacer una cosa así! A menos que el orgullo los impulse a ello... ¡Da igual, son tan intrépidos como los mártires!... En lo que a estos últimos se refiere, ahora creo todo lo que me habían contado sobre los desórdenes que ocasionan.

¿Y antes de esto, qué sucedía? ¡Ah, sí, ya me acuerdo! ¡Qué miradas! Pero, ¿para qué tantos excesos de la carne y extravíos del espíritu?

¡Pretenden llegar a Dios por esos caminos! ¿Con qué derecho podría yo maldecirlos, si estoy continuamente tropezando en el mío? Cuando desaparecieron, estaba yo quizá a punto de enterarme de más cosas, pero todo giraba demasiado aprisa y no me daba tiempo a responder. Ahora es como si en mi inteligencia hubiese más espacio y más luz. Estoy tranquilo. Me siento capaz... Pero, ¿qué sucede? ¡Creía haber apagado el fuego!

Revolotea una llama por entre las rocas y en seguida se oye a lo lejos, en la montaña, una voz cascada...

¿Será el ladrido de la hiena o los sollozos de algún viajero que se ha perdido?

Antonio escucha. La llama se va acercando.

Y ve llegar a una mujer que llora, apoyada en el brazo de un hombre con la barba blanca.

Va ataviada con un traje de púrpura hecho jirones. El hombre lleva la cabeza descubierta, al igual que ella, y una túnica del mismo color. Sostiene un recipiente de bronce en el que brilla una llamita azul...

Antonio siente miedo y quisiera saber quién es aquella mujer.

EL EXTRANJERO (*Simón*)

Es una jovencita, una pobre niña que llevo conmigo a todas partes.

Levanta el recipiente de bronce.

Antonio observa con detenimiento a la mujer, a la luz de aquella llama vacilante. Tiene en la cara señales de mordiscos, marcas de golpes en los brazos. Sus cabellos sueltos se enganchan en los desgarrones de sus harapos; sus ojos parecen insensibles a la luz.

SIMÓN

Algunas veces se queda así, mucho tiempo, sin hablar, sin comer; luego se despierta y de su boca salen cosas maravillosas.

ANTONIO

¿De veras?

SIMÓN

¡Ennoia! ¡Ennoia! ¡Ennoia! ¡Cuenta lo que tienes que decir!

HELENA (*Ennoia*)

Conservo el recuerdo de un país lejano color de esmeralda. No hay más que un solo árbol.

Antonio se estremece.

En cada escalón formado por sus grandes ramas hay una pareja de Espíritus suspendidos en el aire. Las ramas se entrecruzan a su alrededor como las venas de un cuerpo, y ellos contemplan cómo circula la vida eterna desde las raíces que se adentran en la sombra hasta la copa que sobrepasa al sol. Yo, en la segunda rama, iluminaba con mi rostro las noches de verano.

ANTONIO, *llevándose el dedo a la frente.*

¡Ah, ah! Ya entiendo, está mal de la cabeza...

SIMÓN, *poniendo un dedo ante los labios*

Chisst...

HELENA

La vela seguía henchida, la quilla hendía la espuma. Él me decía: “¡Qué me importa a mí perturbar mi patria, perder mi reino! ¡Tú vendrás a mi casa y me pertenecerás!

¡Qué grata resultaba la estancia alta de su palacio! Él se acostaba en el lecho de marfil y acariciando mi cabellera cantaba amorosamente.

Al morir el día, yo divisaba los dos campamentos, los faroles que en ellos se encendían. A Ulises, junto a su tienda. Aquiles iba por completo armado y conduciendo un carro por la orilla del mar.

ANTONIO

¡Pero si está completamente loca! ¿Por qué...?

Simón

¡Calla, te digo!

HELENA

Me untaron con ungüentos y me vendieron al pueblo para que lo divirtiese.

Una noche, estaba yo de pie, con el sistro en la mano, tocando para que bailasen unos marineros griegos. La lluvia caía a mares sobre la taberna y las copas de vino caliente humeaban. Entró un hombre sin que la puerta estuviera abierta.

SIMÓN

¡Era yo! ¡Yo la encontré!

¡Aquí la tienes, Antonio, a la que llaman Sijé, Ennoia, Barbelo, Prunicos! Los Espíritus que gobernaban el mundo sintieron celos de ella y la encadenaron a un cuerpo de mujer.

Fue la Helena de los troyanos, cuya memoria maldijo el poeta Estesícoro. Fue Lucrecia, la patricia violada por los reyes. Y Dalila, la que le cortó el pelo a Sansón. Y fue asimismo aquella muchacha de Israel que se entregaba a los machos cabríos. Amó el adulterio, la idolatría, la mentira y la estupidez. Se prostituyó a todos los pueblos. Cantó en todas las encrucijadas. Besó todos los rostros.

En Tiro, la ciudad de Siria, era la amante de los ladrones. Bebía con ellos por las noches y ocultaba a los asesinos entre la miseria de su tibio lecho.

ANTONIO

¡Bueno! ¿Y a mí, qué más me da...?

SIMÓN

con expresión furiosa:

Yo la redimí, te digo, y le devolví su esplendor. Hasta tal punto que Cayo César Calígula se enamoró de ella, puesto que quería acostarse con la Luna...

ANTONIO

¿Y qué?

SIMÓN

¡Pues que ella es la luna! ¿Acaso no escribió el papa Clemente que había sido encarcelada en una torre? Trescientas personas acudieron a rodear la torre, y en cada una de las troneras, al mismo tiempo, vieron aparecer la luna, aun cuando en el mundo no existen varias lunas, ni varias Ennoia.

ANTONIO

Sí... Me parece recordar...

Y se abstrae en sus ensoñaciones.

SIMÓN

Tan inocente como Cristo, que miró por los hombres, ella se sacrificó por las mujeres. Pues la impotencia de Jehová se demuestra con la transgresión de Adán, y hay que sacudir la antigua ley, tan contraria al orden de las cosas.

He predicado la renovación en Efraín y en Isacar, a lo largo del torrente de Visor, detrás del lago de Huleh, en el valle de Megido, más allá de las montañas, en Bostra y en Damasco. Vengan a mí todos aquellos que estén manchados de vino, de barro, los que estén manchados de sangre, ¡y yo borraré sus manchas con el Espíritu Santo a quien los griegos llaman Minerva! ¡Ella es Minerva! ¡Ella es el Espíritu Santo! ¡Yo soy Júpiter, Apolo, Cristo, el Paráclito, la omnipotencia de Dios encarnada en la persona de

Simón!

ANTONIO

¡Ah, con que eres tú!.. Entonces, tú eres... ¡Pero yo conozco tus crímenes! Naciste en Gittoi, cerca de Samaria. Dositeo, tu primer maestro, ¡tuvo que echarte! Aborreces a San Pablo por haber convertido a una de tus mujeres, y vencido por San Pedro, lleno de rabia y de terror, arrojaste al mar el saco que contenía tus sortilegios.

SIMÓN

¿Los quieres tú?

Antonio lo mira y una voz murmura en su interior: “¿Y por qué no?”
Simón prosigue:

El que conoce las fuerzas de la Naturaleza y la sustancia de los Espíritus debe obrar milagros. Es el sueño de todos los sabios y el deseo que a ti te carcome. ¡Confíésalo!

Estando en medio de los romanos, en el circo, volé tan alto que no volvieron a verme. Nerón ordenó que me decapitasen, pero fue la cabeza de una oveja lo que cayó al suelo en lugar de la mía. Finalmente, me enterraron vivo, pero yo resucité al tercer día. ¡La prueba es que aquí estoy!

Le tiende sus manos para que las huela. Huelen a cadáver. Antonio retrocede.

Puedo hacer que se muevan las serpientes de bronce, que ríen las estatuas de mármol, que hablen los perros. Te mostraré una inmensa cantidad de oro. Impondré reyes y verás a pueblos enteros adorándome. Puedo caminar sobre las nubes y sobre las olas, pasar a través de las montañas, aparecerme con la figura de un joven, de un anciano, de un tigre o de una hormiga: apoderarme de tu rostro y darte yo el mío; dominar al rayo... ¿Lo oyes?

Retumba un trueno y se suceden los relámpagos.

¡Es la voz del Altísimo! “Pues el Eterno, tu dios, es fuego” y toda creación se opera mediante el surgimiento de ese fuego.

Vas a recibir el bautismo de fuego, ese segundo bautismo que Jesús anunció y que un día de tormenta cayó sobre los Apóstoles, cuando la ventana estaba abierta.

Y mientras remueve la llama con la mano, lentamente, como si fuese a rociar con ella a Antonio, declama:

Madre de las misericordias, tú que descubres los secretos con el fin de que hallemos el reposo en la octava casa...

ANTONIO *exclama*

¡Ay, si yo tuviera aquí agua bendita!

La llama se apaga, llenándolo todo de humo. Ennoia y Simón han desaparecido. Una niebla sumamente fría, opaca y fétida, invade la atmósfera.

ANTONIO

extendiendo los brazos, como un ciego:

¿Dónde estoy?... Me da miedo caer al abismo. Y la cruz está muy lejos de mí... ¡Ay, qué noche! ¡Qué noche!

Por efecto de una ráfaga, la niebla se disipa y ve a dos hombres vestidos con largas túnicas blancas.

El primero es alto, de rostro dulce, de compostura grave. Sus cabellos rubios, separados en medio como los de Cristo, le caen ordenadamente sobre los hombros. Ha tirado una varita que llevaba en la mano y su compañero la ha recogido haciendo una reverencia a la manera de los orientales.

Este último es bajito, grueso, chato, de cuello corto; tiene el pelo crespo y la cara ingenua.

Ambos van descalzos, sin nada en la cabeza y se hallan cubiertos de polvo, como si llegaran de un largo viaje.

ANTONIO, *sobresaltado*

¿Qué queréis? ¡Hablad! ¡Marchaos!

DAMIS (*es el bajito*)

¡Tranquilo, tranquilo, buen ermitaño! ¿Preguntas qué es lo que quiero? ¡No lo sé! ¡Aquí está el maestro!

Se sienta; el otro permanece de pie. Silencio.

ANTONIO *prosigue*

¿De dónde venís?...

DAMIS

¡Oh, de lejos!... ¡De muy lejos!

ANTONIO

¿Y vais a...?

DAMIS

señalando al otro:

¡A donde él quiera!

ANTONIO

¿Y quién es ése?

DAMIS

¡Miradlo bien!

ANTONIO, *aparte*

Parece un santo. Si yo me atreviera...

Se ha despejado el humo. El tiempo es muy claro. Brilla la luna.

DAMIS

¿En qué estáis pensando, pues habéis dejado de hablar?

ANTONIO

Pienso... ¡Oh, en nada!

DAMIS

se acerca a Apolonio y da varias vueltas a su alrededor, con el cuerpo encorvado y sin levantar la cabeza.

Maestro, es un eremita galileo que desea saber los orígenes de la sabiduría.

APOLONIO

¡Que se acerque!

Antonio está perplejo

DAMIS

¡Acercaos!

APOLONIO, *con voz de trueno*

¡Acércate! ¿Quisieras saber quién soy, lo que he hecho, lo que pienso?
¿No es así, hijo mío?

ANTONIO

Siempre que esas cosas puedan contribuir a mi salvación.

APOLONIO

¡Alégrate, voy a decírtelas!

DAMIS, *bajito a Antonio*

¡Será posible! Es menester que haya visto en vos, a la primera ojeada, una inclinación extraordinaria a la filosofía! ¡Voy a aprovecharme yo también de ello!

APOLONIO

Primero te contaré el largo camino que tuve que recorrer para obtener la doctrina, y si en toda mi vida encuentras una mala acción, me detendrás en mi relato pues escandaliza con sus palabras aquel que yerra con sus obras.

DAMIS *a Antonio*

¡Qué hombre tan justo! ¿No te parece?

ANTONIO

En verdad, creo que es sincero.

APOLONIO

La noche en que yo nací, mi madre se vio cortando flores a orillas de un lago. Cruzó el cielo un relámpago y ella me trajo al mundo al son que emitían las voces de los cisnes que en su sueño cantaban.

Hasta los quince años, me bañaron tres veces al día en la fuente. Absadea, cuyas aguas vuelven hidrópicos a los perjuros; y me frotaban el cuerpo con hojas de *cnyza* para que fuese casto.

Una princesa de Palmira vino a verme una tarde, ofreciéndome unos tesoros que ella conocía y que se hallaban ocultos en unas tumbas. Una hieródula del templo de Diana se degolló desesperada con el cuchillo de los sacrificios, y el gobernador de Cilicia, al acabar de enumerar sus promesas, exclamó ante mi familia que mandaría darme muerte. Pero fue él quien murió tres días más tarde, asesinado por los romanos.

DAMIS

a Antonio, dándole un codazo:

¿Eh? ¡Cuando yo os lo decía! ¡Qué hombre!

APOLONIO

Durante cuatro años seguidos guardé el silencio absoluto de los pitagóricos. El dolor más inesperado no me arrancaba ni siquiera un suspiro, y en el teatro, cuando yo entraba, la gente se apartaba de mí como si yo fuera un fantasma.

DAMIS

¿Hubierais hecho eso vos?

APOLONIO

Una vez terminada la época de prueba, emprendí la tarea de instruir a los sacerdotes que habían olvidado la tradición.

ANTONIO

¿Qué tradición?

DAMIS

Dejadlo terminar. ¡Callaos!

APOLONIO

Estuve conversando con los samaníes del Ganges, con los astrólogos de Caldea, con los magos de Babilonia, con los druidas de Galia, con los sacerdotes de los negros. Subí a los catorce Olimpos, anduve sondeando los lagos de Escitia y medí la magnitud del desierto...

DAMIS

Pues es verdad todo eso. Yo estaba allí.

APOLONIO

Fui primero hasta el mar de Hircania. Di la vuelta a su alrededor y, por el país de los baraomatas, donde está enterrado Bucéfalo, bajé a Nínive. Al llegar a las puertas de la ciudad, un hombre se acercó a mí.

DAMIS

¡Yo! ¡Era yo! ¡Mi buen maestro! En seguida os amé. Erais más dulce que una muchacha y más hermoso que un Dios.

APOLONIO, *sin escucharlo*

Quería acompañarme para servirme de intérprete

DAMIS

Pero respondisteis que entendíais todas las lenguas y que adivinabais todos los pensamientos. Entonces, besé el borde de vuestro manto y eché a andar tras de vos.

APOLONIO

Después de Ctesifonte entramos en tierras de Babilonia.

DAMIS

Y el sátrapa dio un grito al ver a un hombre tan pálido.

ANTONIO, *aparte*

Qué significa...

APOLONIO

El rey me recibió de pie, junto a un trono de plata, en una sala redonda tachonada de estrellas. De la cúpula colgaban, prendidos de unos hilos invisibles, cuatro grandes pájaros de oro con las alas abiertas.

ANTONIO, *soñador*

¿Existen en la tierra cosas semejantes?

DAMIS

¡Babilonia sí que es una ciudad! ¡Todos son ricos allí! Las casas, pintadas de azul, tienen puertas de bronce, con una escalera que baja hasta el río.

Dibuja en el suelo, con el palo:

Así, ¿veis? Y además hay templos, plazas, baños, acueductos... Los palacios se hallan cubiertos de cobre rojo y en su interior, si supierais...

APOLONIO

Sobre la muralla de septentrión se eleva una torre, y encima de ésta, otra, y otra, y otra más, hasta formar un total de ocho. La octava es una capilla con una cama. Nadie entra allí a no ser la mujer elegida por los sacerdotes para el dios Belo. El rey de Babilonia mandó que me alojaran en ella.

DAMIS

¡Apenas se fijaban en mí! Por eso me quedé solo, paseando por las

calles. Me informaba sobre las costumbres, visitaba los talleres, examinaba las grandes máquinas que llevan el agua hasta los jardines... Pero me fastidiaba estar separado del Maestro.

APOLONIO

Por fin salimos de Babilonia y, al claro de luna, vimos a una Empusa.

DAMIS

¡Sí, señor! Saltaba, sobre su casco de hierro. Rebufnaba igual que un asno. Galopaba por las rocas. El Maestro le gritó unos insultos y ella desapareció.

ANTONIO, *aparte*

¿A dónde querrán ir a parar?

APOLONIO

En Taxila, capital de las cinco mil fortalezas, Fraortes, rey del Ganges, nos mostró su guardia de hombres negros, cada uno de los cuales medía cinco codos de altura y, en los jardines de su palacio, bajo un toldo de brocado verde, a un elefante enorme al que perfumaban las reinas para entretenerse. Era el elefante de Poro, que había huido tras la muerte de Alejandro.

DAMIS

Y al que habían encontrado en un bosque.

ANTONIO

Hablan con profusión, como la gente ebria.

APOLONIO

Fraortes nos hizo sentar a su mesa.

DAMIS

¡Qué extraño país! Los señores, mientras beben, se distraen lanzando flechas a los pies de un niño que baila. Mas yo no apruebo...

APOLONIO

Cuando me dispuse a partir, el rey me entregó un quitasol y me dijo: “Poseo, en el Indo, una reserva de camellos blancos. Cuando tú ya no los necesites, soplales en las orejas y ellos regresarán.”

Bajamos siguiendo el curso del río, caminando por las noches a la luz de las luciérnagas que brillaban entre los bambúes. El esclavo silbaba una tonadilla para alejar a las serpientes y nuestros camellos tenían que agacharse para pasar por debajo de los árboles, como si se tratara de puertas demasiado bajas.

Un día, un niño negro, que llevaba un caduceo de oro en la mano, nos guió hasta el colegio de los sabios. Iarcas –su jefe- me habló de mis antepasados, de todos mis pensamientos, de todas mis acciones, de todas mis existencias. Él había sido el río Indo y me recordó que yo había conducido barcas por el Nilo en tiempos del rey Sesostris.

DAMIS

A mí nadie me dijo nada, de suerte que no sé quién he sido.

ANTONIO

Parecen tan inconsistentes como sombras.

APOLONIO

A orillas del mar, tropezamos con los cinocéfalos ahítos de leche, que volvían de su expedición por la isla Trapobana. Las tibias olas dejaban perlas rubias a nuestros pies. El ámbar crujía bajo nuestros pasos. Esqueletos de ballenas blanqueaban en las grietas del acantilado. La tierra, finalmente, se hizo más estrecha que una sandalia y tras haber arrojado, en dirección al sol, gotas del Océano, volvimos hacia la derecha para regresar.

Regresamos por la región de las hierbas aromáticas, por el país de los gangáridas, por el promontorio de Comaria, la comarca de los sacalitas, de los adramitas y de los homeritas. Después, a través de los montes Casanianos, el mar Rojo y la isla Topazos, penetramos en Etiopía por el reino de los pigmeos.

ANTONIO, *aparte*

¡Qué grande es la tierra!

DAMIS

Y cuando regresamos a casa, todos aquellos a quienes habíamos conocido antaño habían muerto.

Antonio baja la cabeza. Silencio.

APOLONIO *prosigue*

Por entonces se empezó a hablar de mí en el mundo. La peste assolaba Éfeso. Mandé lapidar a un viejo mendigo.

DAMIS

¡Y la peste desapareció!

ANTONIO

¿Cómo? ¿Puede ahuyentar las enfermedades?

APOLONIO

En Cnido curé al hombre que se había enamorado de la Venus.

DAMIS

Si, a un loco que incluso había prometido casarse con ella. Amar a una mujer, aún pase, pero a una estatua... ¡Vaya sandez! El Maestro le puso la mano en el corazón y el amor se extinguió en seguida.

ANTONIO

¿Es posible? ¿Puede echar a los demonios?

APOLONIO

Cuando estuve en Tarento, vi que llevaban una joven muerta a la hoguera.

DAMIS

El Maestro le tocó los labios y ella se levantó llamando a su madre.

ANTONIO

¿Cómo? ¿Resucita a los muertos?

APOLONIO

Predije el provenir a Vespasiano. Le dije que llegaría al poder.

ANTONIO

¿Así que adivina el porvenir?

DAMIS

Había, en Corinto...

APOLONIO

Estando con él a la mesa, en los baños de Baia...

ANTONIO

¡Disculpadme, extranjeros, se me hace tarde!

DAMIS

...Un joven a quien llamaban Menipo.

ANTONIO

¡No, no, marchaos!

APOLONIO

Entró un perro con una mano cortada en la boca.

DAMIS

Una tarde, en un suburbio, encontró a una mujer.

ANTONIO

¿No me oís? ¡Retiraos!

APOLONIO

Merodeaba indeciso alrededor de los lechos.

ANTONIO

¡Basta!

APOLONIO

Querían echarlo de allí.

DAMIS

Menipo fue con ella a su casa y se amaron.

APOLONIO

Tras golpear los mosaicos con su cola, depositó dicha mano en las rodillas de Flavio.

DAMIS

Pero a la mañana siguiente, al dar las lecciones en la escuela, Menipo estaba pálido.

ANTONIO, *saltando*

¡Y siguen! Bueno, pues que sigan, puesto que no hay...

DAMIS

El Maestro le dijo: “¡Oh, apuesto joven, estás acariciando a una serpiente! ¡Una serpiente te acaricia a ti! ¿Para cuándo es la boda?” Fuimos todos a la boda.

ANTONIO

Estoy seguro de que hago mal escuchando todo esto.

DAMIS

Nada más llegar al vestíbulo, vimos a unos servidores que desplegaban gran actividad, y puertas que se abrían. No obstante, no se oía ni el ruido de los pasos ni el ruido de las puertas. El Maestro se colocó al lado de Menipo. Inmediatamente, la novia se enfureció contra los filósofos. Pero la vajilla de oro, los escanciadores, los cocineros, los criados que distribuían el pan desaparecieron. El techo se echó a volar por los aires y las paredes se derrumbaron. Apolonio se quedó solo, de pie, y ante él aquella mujer sumida en llanto a sus plantas. Era una vampira que satisfacía los instintos de los jóvenes hermosos con el fin de comerse después su carne, pues no hay mejor manjar para esa suerte de fantasmas que la sangre de los enamorados.

APOLONIO

Si quieres saber el arte...

ANTONIO

¡No quiero saber nada!

APOLONIO

La tarde en que llegamos a las puertas de Roma...

ANTONIO

¡Oh, sí! ¡Habladme de la ciudad de los papas!

APOLONIO

Se nos acercó un hombre ebrio cantando con voz dulce. Era un epitalamio de Nerón y tenía el poder de hacer morir a quien lo escuchara distraídamente. Llevaba a espaldas, dentro de una caja, una cuerda que le había quitado a la cítara del emperador. Me encogí de hombros. Él nos arrojó barro a la cara. Entonces, me desabroché el cinto y lo puse en sus manos.

DAMIS

¡En verdad que hicisteis muy mal!

APOLONIO

Por la noche, el emperador me mandó llamar para que fuese a su palacio. Estaba jugando a las tabas con Esporo, apoyando el brazo izquierdo en una mesa de ágata. Se volvió hacia mí y frunciendo sus rubias cejas, me preguntó: “¿Por qué no me tienes miedo? –Porque el Dios que a ti te hizo terrible me ha hecho a mí intrépido –le respondí yo.”

ANTONIO, *aparte*

Hay algo inexplicable que me espanta.

Pasa un minuto de silencio.

DAMIS *prosigue con voz chillona*

Por toda Asia, además, podrán decirnos...

ANTONIO, *sobresaltado*

¡Me siento enfermo! ¡Dejadme en paz!

DAMIS

Escuchadme. Él vio, desde Éfeso, cómo mataban a Domiciano, que se hallaba en Roma.

ANTONIO, *esforzándose por reír*

¡Será posible!

DAMIS

Sí. Fue en el teatro, en pleno día, en el catorce de las calendas de octubre. Gritó de repente: “¡Están degollando a César!”, y de cuando en cuando añadía: “Ahora rueda por el suelo. ¡Cómo forcejea! Se levanta y trata de huir. Las puertas están cerradas. Se acabó todo. ¡Ha muerto ya!” Y aquel día, en efecto, fue asesinado Tito Flavio Domiciano como ya sabéis.

ANTONIO

Sin la ayuda del Diablo... Ciertamente...

APOLONIO

¡Quiso mandarme matar, aquel Domiciano! Damis había huido por orden mía y yo estaba solo en mi prisión.

DAMIS

¡Fue una terrible intrepidez, hay que reconocerlo!

APOLONIO

Cuando llegó la hora quinta, los soldados me llevaron ante el tribunal. Yo tenía preparada mi arenga y la escondía debajo del manto.

DAMIS

Nosotros estábamos en la costa puzolana. Os creíamos muerto. Estábamos llorando cuando, a la hora sexta, aparecisteis de pronto y nos dijisteis: “¡Soy yo!”

ANTONIO, *aparte*

¡Como Él!

DAMIS, *en voz alta*

¡Exactamente igual!

ANTONIO

¡Oh, no os creo! Estáis mintiendo, ¿verdad? ¡Mentís!

APOLONIO

Él bajó del cielo. ¡Yo subo a él gracias a mi virtud, que me ha elevado a la altura del Principio!

DAMIS

¡Tiana, su ciudad natal, instituyó un templo con sacerdotes en su

honor!

APOLONIO

se acerca Antonio y le grita al oído:

¡Porque yo conozco a todos los dioses, todos los ritos, todas las oraciones, todos los oráculos! Penetré en el antro de Trofonio, hijo de Apolo. ¡Amasé para las mujeres de Siracusa las tortas que ellas llevan a las montañas! He conseguido pasar las ochenta pruebas de Mitra. ¡Abracé a la serpiente de Sabasio! ¡Recibí la banda de los cabiros! Lavé a Cibeles, en las aguas de los golfos campanienses y he pasado tres lunas en las cavernas de Samotracia!

DAMIS, *riendo tontamente*

¡Ah, ah, ah! ¡En los misterios de la Buena Diosa!

APOLONIO

Y ahora reanudamos nuestro peregrinaje. Vamos hacia el norte, donde se hallan los cisnes y las nieves. En la blanca llanura, los hipópodos ciegos rompen con la punta de los pies la planta de ultramar.

DAMIS

¡Ven! Ya llegó la aurora. Ha cantado el gallo. El caballo ha relinchado y la vela está dispuesta.

ANTONIO

¡No ha cantado el gallo! Oigo al grillo en las arenas y veo la luna, que sigue en su sitio.

APOLONIO

Vamos al sur, detrás de las montañas y de los grandes mares, a buscar en los perfumes la razón del amor. Aspirarás el olor del mirrodión, que causa la muerte a los débiles. Bañarás tu cuerpo en el lago de aceite color de rosa que hay en la isla Junonia. Verás al lagarto –dormido entre las primulas- que se despierta cada siglo, cuando ya maduro se le desprende el rubí que lleva en la frente. Las estrellas palpitan como ojos, las cascadas cantan como liras, las

flores abiertas exhalan fragancias embriagadoras. Tu espíritu se ensanchará con aquellos aires, así como tu corazón y tu rostro.

DAMIS

Maestro, ¡ya es hora! Va a levantarse viento, las golondrinas despiertan y la hoja del mirto voló.

APOLONIO

Sí, partamos.

ANTONIO

No. Yo me quedo.

APOLONIO

¿Quieres que te enseñe dónde crece la planta Balis que resucita a los muertos?

DAMIS

¡Pídele mejor que te dé el andromedas que atrae la plata, el hierro y el bronce!

ANTONIO

¡Ay, cuánto sufro! ¡Cuánto estoy padeciendo!

DAMIS

Entenderás el lenguaje de todas las criaturas, los rugidos, los arrullos de las palomas...

APOLONIO

Haré que montes en los unicornios, en los dragones, en los hipocentauros y en los delfines.

ANTONIO *llora*

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

APOLONIO

Conocerás a los demonios que viven en las cavernas, a los que hablan en los bosques, a los que se mueven en las olas, a los que empujan las nubes.

DAMIS

¡Apriétate el cinturón! ¡Ata tus sandalias!

APOLONIO

Te explicaré la razón de las formas divinas: el porqué está Apolo de pie, Júpiter sentado y es negra la Venus en Corinto, cuadrada en Atenas y cónica en Pafos.

ANTONIO, *juntando las manos*

¡Que se vayan! ¡Que se vayan!

APOLONIO

¡Arrancaré delante de ti las armaduras a los Dioses, forzaremos los santuarios y haré que violes a la Pitonisa!

ANTONIO

¡Socorro, Señor!

Se precipita hacia la cruz.

APOLONIO

¿Cuál es tu deseo? ¿Tu sueño? Al momento mismo de pensar en él...

ANTONIO

¡Jesús, Jesús, ven en mi ayuda!

APOLONIO

¿Quieres que haga aparecer ante ti a Jesús?

ANTONIO

¿Qué? ¿Cómo?

APOLONIO

¡Será él y no otro! ¡Tirá su corona y hablaremos frente a frente!

DAMIS, *hablando bajito*

¡Di que sí quieres! ¡Di que sí quieres!

Antonio, al pie de la cruz, murmura unas oraciones. Damis da vueltas a su alrededor con zalameros ademanes.

¡Vamos, buen ermitaño, querido San Antonio! ¡Hombre puro, hombre ilustre! ¡Hombre al que nunca alabaremos bastante! No os asustéis: es una manera de hablar exagerada, que mi amo ha tomado de los orientales. Pero ello no impide en absoluto...

APOLONIO

¡Déjalo, Damis!

Cree, como un bruto, en la realidad de las cosas. El terror que le inspiran los Dioses le impide comprenderlos, ¡y al suyo lo rebaja a nivel de un rey celoso!

Tú, hijo mío, ¡no me abandones!

Se acerca al borde del acantilado andando para atrás, continúa y se queda suspendido en el aire.

Por encima de todas las formas, más lejos que la tierra, allende los cielos, reside el mundo de las Ideas, llenado por el Verbo. ¡De un salto franquearemos el otro espacio y captarás en su infinitud al Eterno, a lo Absoluto, al Ser! Vamos, dame la mano y ¡en marcha!

Ambos, maestro y discípulo, se elevan por los aires suavemente. Antonio, abrazado a la cruz, contempla su ascensión. Desaparecen.

V

ANTONIO

caminando lentamente:

¡Éste vale por todo el infierno junto!

Nabucodonosor no me había deslumbrado tanto. La reina de Saba no consiguió hechizarme tan profundamente...

Su manera de hablar, cuando se refiere a los dioses, inspira deseos de conocerlos.

Yo recuerdo haber visto centenares de dioses a la vez en la isla Elefantina, en tiempos de Diocleciano. El emperador les había cedido a los nómadas un gran país, a condición de que guardaran sus fronteras, y el tratado fue concluido en nombre de las “Potencias invisibles”, pues los dioses de cada uno de los pueblos eran ignorados por el otro pueblo.

Los bárbaros habían traído a los suyos. Se instalaron en las colinas de arena que bordean el río. Se los veía llevando en brazos a sus ídolos como si fueran grandes niños paralíticos, o navegando por las cataratas en un tronco de palmera mientras nos mostraban desde lejos los amuletos que llevaban al cuello y los tatuajes de su pecho. ¡Y no es esto más criminal que la religión de los griegos, de los asiáticos o de los romanos!

Cuando yo vivía en el templo de Heliópolis, a menudo observé cuanto hay en sus muros: buitres que llevan cetros, cocodrilos que puntean la lira, caras de hombre con cuerpos de serpiente, mujeres con cabeza de vaca prosternadas ante unos dioses ictifálicos... Y sus formas sobrenaturales me transportaban a otros mundos. Me hubiera gustado saber lo que estaban mirando, con aquellos ojos tranquilos.

Para que la materia posea tanto poder, es menester que encierre algo de espíritu. El alma de los dioses va unida a esas imágenes...

Las que poseen una apariencia bella pueden llegar a seducir, pero, ¿y las demás? Las hay abyectas... o terribles... ¿Cómo pueden creer en ellas?

Y ve pasar, a ras del suelo, hojas, piedras, conchas, ramas de árbol y representaciones imprecisas de animales. Luego pasan una especie de enanos hidrópicos: son los Dioses. Antonio suelta una carcajada.

Oye otra risa tras él y aparece Hilarión, vestido de ermitaño, mucho más alto que antes, colosal.

ANTONIO no se sorprende al verlo

¡Se necesita ser necio para adorar estas cosas!

HILARIÓN

¡Oh, sí! Sumamente necio...

Al momento, desfilan ante ambos ídolos de todas las naciones y de todas las épocas. Los hay de madera, de metal, de granito, hechos con plumas y pieles cosidas...

Los más antiguos, anteriores al Diluvio, desaparecen bajo unos fucos que cuelgan como cabelleras. Algunos de estos dioses, demasiado altos en proporción a su base, se quiebran por las junturas y se rompen al andar. A otros les sale arena por los agujeros que hay en sus vientres.

Antonio e Hilarión se divierten enormemente. Se desternillan de risa.

Después pasan unos ídolos con perfil de carnero. Titubean sobre sus piernas torcidas, entornan los ojos y tartamudean como si fueran mudos: “¡Ba, ba, ba!”

A medida que se acercan más a la figura humana, más irritan a Antonio. Los golpea a puñetazos, dándoles patadas, se encarniza con ellos.

Se van haciendo más espantosos cada vez, con altos penachos, ojos redondos, brazos que terminan en garras, mandíbulas de tiburón...

Y ante estos Dioses se hacen sacrificios cruentos degollando a unos hombres sobre altares de piedra; otros son triturados en cubas, aplastados por carros, clavados en los árboles. Hay uno todo él de hierro candente, con cuerpo de toro, que devora a unos niños.

ANTONIO

¡Qué horror!

HILARIÓN

Pero ya sabes que los dioses siempre reclaman suplicios. El tuyo incluso quiso...

ANTONIO, *echándose a llorar*

¡Oh, no sigas! ¡Cállate!

El recinto de las rocas se convierte en un valle. Una manada de bueyes pace por allí la corta hierba.

El pastor que los guarda observa una nube y lanza al aire, con voz aguda, palabras imperativas.

HILARIÓN

Como necesita que llueva trata, mediante sus cantos, de obligar al rey del cielo a que abra una nube fecunda.

ANTONIO, *riendo*

¡Vaya un orgullo tan necio!

HILARIÓN

¿Y por qué haces tú exorcismos?

El valle se convierte ahora en un mar de leche, inmóvil y sin límites.

En medio flota una larga cuna, formada por los anillos de una serpiente con muchas cabezas que, inclinándose todas al mismo tiempo, dan sombra a un Dios que sobre ella duerme.

Es joven e imberbe, más hermoso que una mujer y cubierto con diáfanos velos. Las perlas de su tiara brillan suavemente como lunas, un rosario de estrellas le da varias vueltas sobre el pecho y, con una mano debajo de la cabeza y el otro brazo extendido, reposa con expresión pensativa y embriagada.

Una mujer en cuclillas a sus pies está esperando a que despierte.

HILARIÓN

Es la dualidad primordial de los bramantes, ya que el Absoluto no se expresa en forma alguna.

En el ombligo del Dios crece una flor de loto y dentro de su cáliz aparece otro Dios con tres caras.

ANTONIO

¡Mira, qué invención!

HILARIÓN

¡Padre, Hijo y Espíritu Santo no son sino una sola y misma persona!

Las tres cabezas se separan y aparecen tres grandes dioses.

El primero, que es color de rosa, se muerde la punta del dedo gordo del pie.

El segundo, que es azul, mueve sus cuatro brazos.

El tercero, que es verde, lleva un collar de calaveras.

Frente a ellos, inmediatamente, surgen tres diosas. Una de ellas va envuelta en una red, la otra ofrece una copa, la tercera blande un arco.

Y estos dioses y diosas se decuplican, se multiplican. Les crecen brazos en los hombros, y en los brazos manos que llevan estandartes, hachas, escudos, espadas, quitasoles y tambores. Les brotan fuentes de la cabeza y les salen hierbas en los orificios de la nariz.

Montados sobre unos pájaros, mecidos por palanquines, sentados en

tronos de oro, de pie en unos nichos de marfil, piensan, viajan, dan órdenes, beben vino y respiran el perfume de las flores. Hay unas bailarinas dando vueltas, gigantes que persiguen a monstruos. A la entrada de unas grutas meditan anacoretas. No se distinguen las pupilas de las estrellas ni las nubes de las banderolas. Se ven pavos reales que beben en unos arroyos de polvo de oro; el bordado de los toldos se mezcla con las manchas de los leopardos, y unos rayos de colores se cruzan por el aire azul con flechas que vuelan e incensarios que se balancean.

Y todo esto se desarrolla a la manera de un alto friso, que apoya su base en las rocas y sube hasta el cielo.

ANTONIO, *deslumbrado*

¿Cuántos hay? ¿Qué es lo que quieren?

HILARIÓN

El que se rasca el abdomen con su trompa de elefante es el Dios del sol, el inspirador de la sabiduría.

Aquel otro, cuyas seis cabezas llevan torres y sus catorce brazos, venablos, es el Príncipe de los Ejércitos, el Fuego Devorador

El anciano a horcajadas sobre un cocodrilo lava en la playa las almas de los muertos. Éstas serán atormentadas después por aquella mujer negra de los dientes podridos, que es la reina de los infiernos.

Aquel carro del que tiran unas yeguas rojas guiadas por un cochero sin piernas, pasea por el cielo al dueño del sol. El Dios luna le acompaña en una litera a la que han enganchado tres gacelas.

De rodillas sobre un papagayo, la diosa de la Belleza ofrece al Amor, su hijo, su redondo seno. Allí la tienes, más lejos, saltando de gozo por los prados. ¡Mírala, mírala! ¡Tocada con una deslumbrante mitra, corre por los trigales, camina por encima de las olas, sube por el aire, se extiende por todas partes!

Junto a estos Dioses residen los Genios de los Vientos, de los Planetas, de los Meses y de los Días. ¡Y otros cien mil más! Sus aspectos son múltiples y sus transformaciones rápidas. Aquí tienes a uno que de pez pasa a ser tortuga; adopta la cabeza del jabalí, la estatura de un enano.

ANTONIO

¿Para qué?

HILARIÓN

Para restablecer el equilibrio, para combatir el mal. Pero la vida se agota, las formas se desgastan y tienen que progresar mediante metamorfosis.

Aparece de pronto

UN HOMBRE DESNUDO

sentado en la arena, con las piernas cruzadas.

Un ancho halo suspendido vibra tras él. Los menudos rizos de sus cabellos negros con reflejos azulados rodean simétricamente la protuberancia que tiene en lo alto del cráneo. Sus brazos son muy largos, pegados a los costados. Sus manos, con las palmas abiertas, reposan pegadas a los muslos. En la planta de los pies lleva la imagen de dos soles. Permanece completamente inmóvil –frente a Antonio e Hilarión-, con todos los dioses a su alrededor, escalonados sobre las rocas como si éstas fueran las gradas de un circo.

Abre la boca y dice con voz profunda:

Yo soy el maestro de la gran limosna, el socorro de las criaturas y enseño la ley tanto a creyentes como a profanos.

Para liberar al mundo quise nacer entre los hombres. Los dioses lloraban cuando me fui.

Primer busqué la mujer adecuada, de casta militar, esposa de un rey, muy buena, sumamente hermosa, de ombligo profundo y cuerpo duro como el diamante, y cuando llegó el tiempo de la luna llena, sin ayuda de varón, me introduje en su vientre.

Salí por el costado derecho. Algunas estrellas se pararon.

HILARIÓN

murmura entre dientes:

“¡Y cuando vieron pararse la estrella sintieron gran alegría!”

Antonio observa con más atención a

BUDA, *que prosigue*

Desde el Himalaya vino a verme un religioso centenario.

HILARIÓN

“¡Un hombre llamado Simeón, que no debía morir antes de haber visto a Cristo!”

BUDA

Me llevaron a las escuelas. Yo sabía más que los doctores.

HILARIÓN

“...En medio de los doctores, y cuantos lo oían se quedaban asombrados de su gran sabiduría.”

Antonio le hace a Hilarión una señal para que se calle.

BUDA

Yo me pasaba el tiempo meditando en los jardines. Las sombras de los árboles iban girando, pero la sombra que a mí me resguardaba no se movía.

¡Nadie podía igualarme en el conocimiento de las escrituras, ni en la enumeración de los átomos, ni en la conducción de elefantes, ni en la creación de obras de cera, ni en la astronomía, la poesía o el pugilato. ¡Sobresalía en toda suerte de ejercicios y artes!

Tomé esposa conforme a la costumbre establecida y pasaba los días en mi palacio, vestido de perlas, bajo una lluvia de perfumes, y me hacían aire los abanicos de treinta y tres mil mujeres. Divisaba mis pueblos desde lo más alto de mis terrazas ornadas con ruidosas campanillas.

Pero al ver las miserias del mundo, acabé por alejarme de los placeres y huí.

Mendigué por los caminos cubierto de harapos que recogía en los sepulcros, y como conocí a un eremita que era muy sabio, quise convertirme en su esclavo; guardaba su puerta y le lavaba los pies.

Toda sensación fue aniquilada, todo gozo, toda languidez.

Después, tras haber concertado mi pensamiento en una meditación más amplia, conocía la esencia de las cosas, la ilusión de las formas.

Agoté en seguida la ciencia de los Bramanes. Se hallan roídos por la codicia bajo su aspecto austero. Se untan con basuras, se acuestan sobre espinas ¡y creen llegar a la dicha por el camino de la muerte!

HILARIÓN

“¡Fariseos, hipócritas, sepulcros blanqueados, raza de víboras!”

BUDA

Yo también realicé cosas sorprendentes: no comía durante todo el día más que un grano de arroz, y los granos de arroz de aquellos tiempos no eran más grandes que los de ahora. Se me cayó el pelo, mi cuerpo se puso negro. Mis ojos, hundidos en sus órbitas, parecían estrellas vislumbradas al fondo de un pozo.

Permanecí inmóvil durante seis años, expuesto a las moscas, a los leones, a las serpientes... Y el sol ardiente, los copiosos chaparrones, la nieve, el rayo, el granizo y la tempestad, caían sobre mí sin que yo me resguardara siquiera con la mano.

¡Los viajeros que por allí pasaban, creyéndome muerto, me arrojaban desde lejos puñados de tierra!

Aún me faltaba la tentación del diablo.

Lo llamé.

Mas fueron sus hijos los que acudieron, horrorosos, cubiertos de escamas, nauseabundos como osarios, aullando, mugiendo, entrechocando sus armaduras y huesos de muerto. Algunos de ellos escupían llamas por las narices; otros lo envolvían todo en tinieblas con sus alas; otros lucían rosarios hechos con dedos cortados y los había que bebían veneno de serpiente en el hueco de sus manos. Tenían cabezas de puerco, de rinoceronte o de sapo, toda suerte de caras que inspiran asco o terror.

ANTONIO, *aparte*

¡Yo también soporté todo eso antaño!

BUDA

Después me envió a sus hijas, hermosas, bien maquilladas, con cinturones de oro, los dientes blancos como el jazmín y los muslos redondos como la trompa de un elefante. Algunas se estriban bostezando, para mostrar los hoyitos que tenían en los codos; otras me guiñaban un ojo, otras se echaban a reír; otras se desabrochaban el vestido. También habían entre ellas vírgenes vergonzosas, matronas llenas de orgullo y reinas acompañadas por un gran séquito de esclavos y de equipajes.

ANTONIO, *aparte*

¡Ah! ¿También él?

BUDA

Tras vencer al demonio, pasé doce años alimentándome

exclusivamente de perfumes, y como había adquirido las cinco virtudes, las cinco facultades, las diez fuerzas, las dieciocho sustancias y había penetrado en las cuatro esferas del mundo invisible, la Inteligencia fue mía. ¡Me convertí en Buda!

Todos los dioses se inclinan; los que poseen varias cabezas las agachan todas a la vez.

Levanta su mano en alto y prosigue:

Con vistas a la liberación de las criaturas hice centenares de miles de sacrificios. Di a los pobres vestidos de seda, camas, carros, casas, montones de diamantes y de oro... Di mis manos a los mancos, mis piernas a los cojos, mis pupilas a los ciegos y corté mi cabeza para los decapitados. En los tiempos en que aún era rey, distribuí mis provincias. Cuando fui bramán, a nadie desprecié. Cuando fui un solitario, dije palabras cariñosas al ladrón que me degolló. Cuando fui tigre, me dejé morir de hambre.

Y en esta última existencia, después de haber predicado la Ley, ya no me queda nada más que hacer. ¡El gran período se ha realizado ya! Los hombres, los animales, los dioses, los bambúes, los océanos, las montañas, los granos de arena del Ganges junto con los miles de miríadas de estrellas, todo va a morir; y hasta que sobrevengan nuevos nacimientos, una llama danzará por encima de las ruinas en los mundos destruidos.

Entonces, el vértigo se apodera de los dioses. Se tambalean, caen entre convulsiones y vomitan su existencia. Sus coronas estallan, sus estandartes vuelan. Se arrancan sus atributos, sus sexos; lanzan por encima del hombro las copas en las que bebían la inmortalidad, se estrangulan con sus serpientes, se desvanecen en forma de humo, y cuando todo ha desaparecido ya...

HILARIÓN dice lentamente

¡Acabas de ver las creencias de varios centenares de millones de hombres!

Antonio está en el suelo con la cara entre las manos. De pie a su lado y de espaldas a la cruz, Hilarión lo mira.

Transcurre un rato bastante largo.

Seguidamente, aparece una criatura singular, con cabeza de hombre y cuerpo de pez. Avanza por los aires en línea recta, pegando con la cola en la arena; y esta figura de patriarca con brazos cortitos provoca la risa de Antonio.

OANES, con voz quejumbrosa

¡Respétame! Soy el contemporáneo de los orígenes.

He habitado el mundo informe donde dormitaban animales hermafroditas, bajo el peso de una atmósfera opaca, en la profundidad de las tenebrosas olas, cuando los dedos, las aletas y las alas se hallaban confundidos y flotaban ojos sin cabeza, como moluscos, por entre toros de faz humana y serpientes con patas de perro.

Sobre todos estos seres, Omoroca, enroscada como un aro, extendía su cuerpo de mujer. Pero Belo la cortó de un solo tajo en dos mitades, hizo la tierra con una de ellas y el cielo con la otra. Y los dos mundos similares se contemplan mutuamente.

Yo, que soy la conciencia del Caos, surgí del abismo para endurecer la materia, para regular las formas; y enseñé a los humanos la pesca, la siembra, la escritura y la historia de los Dioses.

A partir de entonces, vivo en las lagunas que aún quedan del Diluvio. Pero el desierto va creciendo a su alrededor, el viento arroja en ellas arena y el sol las devora. Yo me estoy muriendo en mi lecho de limo, contemplando las estrellas a través del agua. Allí vuelvo

Salta y desaparece en el Nilo.

HILARIÓN

¡Es un antiguo Dios de los Caldeos!

ANTONIO, *irónicamente*

¿Y qué eran, pues, los de Babilonia?

HILARIÓN

¡Puedes verlos!

Y ambos se hallan sobre la plataforma de una torre cuadrangular que domina a otras seis torres, las cuales van estrechándose a medida que ascienden, y forman una monstruosa pirámide. Abajo se distingue una gran masa negra –la ciudad, probablemente–, que se extiende por la llanura. El aire es frío, el cielo ostenta un azul sombrío y hay una gran cantidad de estrellas que titilan.

En medio de la plataforma se eleva una columna de piedra blanca. Sacerdotes con túnicas de lino pasan y repasan a su alrededor, de tal manera que describen, con sus evoluciones, un círculo en movimiento. Con la cabeza alzada, contemplan los astros.

HILARIÓN *le señala varios de ellos a Antonio*

Hay treinta sacerdotes principales. Quince de ellos miran la parte de encima de la tierra y los otros quince, la que hay debajo. A intervalos regulares, uno de ellos se lanza desde las regiones superiores a las de abajo, mientras que otro abandona las inferiores para subir a las sublimes.

De lo siete planetas, hay dos que son bienhechores, dos maléficos y tres ambiguos. Todo depende, en el mundo, de estos fuegos eternos. Según su posición y movimiento pueden obtenerse presagios. Y en estos momentos, estás pisando el lugar más respetable de la tierra. Pitágoras y Zoroastro se encontraron en él. Hará ya dos mil años que éstos hombres observan el cielo para conocer mejor a los Dioses.

ANTONIO

Los astros no son Dioses.

HILARIÓN

Ellos dicen que sí. Pues las cosas de nuestro alrededor pasan, y el cielo, al igual que la eternidad, permanece inmutable.

ANTONIO

Tiene un amo, sin embargo.

HILARIÓN, *mostrando la columna*

¡Aquel es Belo, el primer rayo de luz, el sol, el Macho! La Otra, a quien él fecunda, se halla debajo de él.

Antonio divisa un jardín alumbrado por unas lámparas.

Se encuentra en medio de la multitud, en una avenida de cipreses. A derecha e izquierda salen unos caminitos que conducen a unas cabañas instaladas en un bosque de granados, defendidos por empalizadas de cañas.

Los hombres, en su mayoría, llevan gorros puntiagudos y trajes recargados como el plumaje de los pavos reales. Hay gente del norte que se viste con pieles de osos, nómadas con mantos de lana parda, pálidos gangáridas con largos pendientes; y tanto el rango como las nacionalidades aparecen mezclados, pues los marineros y canteros se codean con príncipes que lucen tiaras de rubíes y largos bastones de pomo cincelado. Todos caminan respirando el aire con ansiedad, unidos en un mismo deseo.

De cuando en cuando se aparta, para dejar paso a un carro largo, cubierto, del que tiran unos bueyes, o bien a un asno en el que va montada una mujer que se bambolea sobre su lomo, cubierta de velos y que también desaparece en dirección a las cabañas.

Antonio siente miedo, quisiera volver atrás. No obstante, se ve arrastrado por una indecible curiosidad.

Al pie de los cipreses hay una fila de mujeres en cuclillas, sobre unas pieles de ciervo. Todas llevan una diadema hecha con cuerda trenzada. Algunas están suntuosamente ataviadas y llaman a los transeúntes en voz alta. Las más tímidas se tapan la cara con el brazo mientras que, por detrás, una matrona –su madre, sin duda- las exhorta. Otras, con la cabeza envuelta en un chal negro y con el cuerpo enteramente desnudo, parecen estatuas de carne desde lejos. En cuanto un hombre les arroja dinero en las rodillas, se levanta.

Y se oyen besos bajo el follaje y, en ocasiones, hasta un largo y agudo grito.

HILARIÓN

Son las vírgenes de Babilonia que se prostituyen a la Diosa.

ANTONIO

¿A qué Diosa?

HILARIÓN

¡Ahí la tienes!

Y le indica, al final de una avenida, en el umbral de una gruta iluminada, un bloque de piedra que representa el órgano sexual de una mujer.

ANTONIO

¡Qué ignominia! ¡Qué abominación! Ponerle un sexo a Dios...

HILARIÓN

¡Pues tú bien que te lo imaginas como una persona viva!

Antonio vuelve a hallarse en tinieblas.

En el aire divisa un círculo luminoso, colocado sobre unas alas horizontales.

Aquella especie de anillo rodea, a la manera de un cinturón demasiado ancho, la cintura de un hombrecillo tocado con una mitra, llevando una corona en la mano y cuya parte inferior del cuerpo desaparece bajo una faldilla hecha de grandes plumas.

Es

ORMUZ, *el Dios de los persas*

Da vueltas gritando:

¡Tengo miedo! ¡Estoy viendo su boca!

¡Yo te había vencido, Arhimán, pero vuelves a empezar!

Primero te rebelaste contra mí e hiciste perecer a la mayor de las criaturas, a Kaiomortz, el hombre toro. Luego sedujiste a la primera pareja humana, a Mesquia y a Mesquiané. Y derramaste las tinieblas en los corazones, y enviaste tus batallones contra el cielo.

Yo tenía a los míos, el pueblo de las estrellas, y contemplaba, bajo mi trono, a todos los astros formando escalera.

Mi hijo Mitra habitaba en un lugar inaccesible. Recibía las almas, o las sacaba de allí y se levantaba cada mañana para derramar sus riquezas.

El esplendor del firmamento era reflejado por la tierra. El fuego brillaba en las montañas, espejo de otro fuego con el que yo había creado todos los seres. Para guardarlo límpido de toda mancha, no se quemaba a los muertos. El pico de los pájaros se encargaba de llevárselos al cielo.

Yo había establecido reglas para los pastos, los arados, la leña del sacrificio, la forma de las copas, las cosas que es menester decir cuando se padece insomnio, y mis sacerdotes oraban continuamente, con objeto de que el homenaje tuviese la misma eternidad que el Dios. Las gentes se purificaban con agua, ofrecían panes en los altares, confesaban sus crímenes en voz alta.

Homa se dejaba beber por los hombres para comunicarles su fuerza.

Mientras los genios del cielo combatían a los demonios, los niños de Irán perseguían las serpientes. El rey, a quien servía de rodillas una innumerable corte, simulaba ser mi persona, llevaba incluso el mismo peinado que yo. Sus jardines tenían la magnificencia de una tierra celestial y en su sepulcro lo representaron degollando a un monstruo, emblema del Bien exterminando al mal.

Puesto que yo debía, gracias al tiempo sin límites, vencer algún día definitivamente a Arriman...

Ahora desaparece el intervalo existente entre nosotros dos. ¡Cae la noche! ¡A mí los Amsaspendas, los Izedos, los Ferueros! ¡Socorro, Mitra! ¡Toma tu espada, Caosyac, tú que debes venir para la liberación universal y defiéndeme! ¿Cómo?... ¡No acude nadie!

¡Ay, me muero! ¡Arhimán, tú eres el amo!

Hilarión, detrás de Antonio, contiene un grito de alegría y Ormuz se hunde en las tinieblas.

Entonces aparece

LA GRAN DIANA DE ÉFESO

negra, con ojos esmaltados, con los codos pegados a los costados, separados los antebrazos y las manos abiertas.

Unos leones se arrastran sobre sus hombros; frutas, flores y estrellas se entrecruzan sobre su pecho; más abajo tiene tres filas de senos y, desde el vientre hasta los pies, se halla enfundada en una estrecha vaina de donde salen, sacando sólo medio cuerpo, toros, ciervos, grifones y abejas. Se le distingue gracias a la luz blanca de un disco de plata, redondo como la luna llena, que lleva por detrás de la cabeza.

¿Dónde está mi templo?
¿Dónde están mis amazonas?
¿Qué es lo que me pasa a mí, la incorruptible? ¡Siento una especie de desfallecimiento!

Sus flores se marchitan. Las frutas, demasiado maduras, se desprenden. Los leones, los toros inclinan la cabeza; los ciervos babea, agotados; las abejas caen zumbando, muertas, al suelo.

Se estruja los pechos uno tras otro. ¡Todos están vacíos! Pero al hacer un desesperado esfuerzo, su vaina estalla. Ella la agarra por el borde como si fuese el faldón de un vestido y echa en ella sus animales, sus floraciones... para luego volver a la oscuridad.

Y a lo lejos se oyen voces que murmuran, gruñen, braman, rugen y dan alaridos. La densidad de la noche se ve aumentada por alientos diversos. Caen gotas de cálida lluvia.

ANTONIO

¡Qué bueno es el perfume de las palmeras, el estremecimiento de las hojas verdes y la transparencia de los manantiales!

Me gustaría tumbarme sobre la tierra para sentirla contra mi corazón, y mi vida cobraría nuevo vigor al contacto de su juventud eterna...

Oye un ruido de címbalos y de castañuelas y, en medio de una rústica multitud, aparecen unos hombres ataviados con túnicas blancas a franjas rojas que traen consigo un asno ricamente enjaezado, con lazos en la cola y los cascos pintados.

Una caja cubierta con una funda de tela amarilla se bambolea sobre el lomo del asno, entre dos cestas. Una de ellas recibe las ofrendas que allí le echan: huevos, uvas, peras y quesos, aves y pequeñas monedas. La segunda cesta está llena de rosas y los hombres que conducen el burro las van deshojando a su paso.

Llevan pendientes en las orejas, largos mantos, el pelo trenzado y las mejillas pintadas; una corona de olivo ciñe su frente, cerrada por un medallón con una figurilla. Llevan puñales al cinto y restallan unos látigos con mango de ébano, de tres correas cada uno, ornadas con huesecillos.

Los últimos del cortejo colocan en el suelo, derecho como un candelabro, un pino muy alto cuya copa arde y cuyas ramas más bajas dan sombra a un corderillo.

El asno se ha parado. QUITAN la funda. Por debajo de ésta hay una segunda envoltura de fieltro negro. Entonces, uno de los hombres con túnica blanca se pone a bailar tocando unos crótalos; otro, de rodillas ante la caja, toca el tamboril y

EL MÁS VIEJO DE LA BANDA *dice*

¡Ha llegado la Buena Diosa, la que habita en el monte Ida, la abuela de Siria! ¡Acercaos, buenas gentes!

Ella proporciona alegría, cura a los enfermos, manda herencias y satisface a los enamorados.

Nosotros somos quienes la paseamos por los campos, ya haga buen o mal tiempo.

A menudo dormimos al aire libre y no todos los días encontramos la mesa bien servida. Los ladrones viven en los bosques. Las fieras salen de su guarida y hay caminos resbaladizos junto a los precipicios... ¡Aquí está, aquí está!

Quitán la envoltura y descubren una caja con incrustaciones de piedrecitas.

Es más alta que los cedros y vuela por el éter azul. Como puede extenderse aún más que el viento, rodea al mundo. Exhala su aliento por los orificios nasales de los tigres; su voz brama bajo los volcanes, su cólera es la tempestad. La palidez de su cara volvió blanca a la luna. Hace madurar las mieses, hincha las cortezas, hace crecer la barba... ¡Dadle algo, pues aborrece a los avaros!

Se abre la caja y bajo un toldo de seda azul, se ve una imagen pequeña de Cibeles, deslumbrante con sus lentejuelas, coronada de torres y sentada en un carro de piedra roja arrastrado por dos leones con una pata levantada.

La gente se empuja para verla.

EL ARCHIGALO *continúa*

Le gusta el retumbar de los tímpanos, el trepidar de los pies, el aullido de los lobos, las sonoras montañas y las gargantas profundas; también aprecia la flor del almendro, la granada y los higos verdes, la danza que gira, las flautas que zumban, la savia dulce, las lágrimas saladas y la sangre... ¡A ti te ofrecemos nuestros sacrificios, madre de las montañas!

Se flagelan con sus látigos y los golpes resuenan sobre sus pechos. La piel de los tambores vibra como si fuera a estallar. Ellos toman sus cuchillos y se hacen cortes en los brazos.

Ella está triste. ¡También nosotros debemos estarlo! Hay que sufrir para gustarle. Gracias a ello os serán perdonados vuestros pecados. La sangre todo lo lava. ¡Echadle a ella algunas gotas, como si fueran flores! ¡Pero pide la sangre de otra criatura, la sangre de alguien puro!

El archigalo levanta su cuchillo sobre el cordero.

ANTONIO, *horrorizado*

¡No degolléis al cordero!

Brota un chorro de púrpura del animal.

El sacerdote salpica con su sangre al gentío y todos –incluso Antonio e Hilarión-, reunidos en torno al árbol que está ardiendo, observan en silencio las últimas palpitaciones de la víctima.

De entre los sacerdotes sale una Mujer, exactamente igual a la imagen encerrada en la cajita.

Se detiene al advertir a Un Joven tocado con un gorro frigio.

Un estrecho pantalón le ciñe las piernas, con aberturas aquí y allá en forma de rombos regulares, cerrados por lazos de color. Apoya el codo en una de las ramas del árbol y sostiene una flauta en la mano, en una lánguida postura.

CIBELES

rodeándole la cintura con los brazos.

Para reunirme contigo recorrí todas las regiones, mientras el hambre hacía estragos por los campos. ¡Me engañaste! ¡Da igual porque te amo!
¡Calienta mi cuerpo! ¡Vamos a unirnos!

ATIS

No volverá la primavera, ¡oh, Madre eterna! A pesar de mi amor, no me es posible penetrar tu esencia. Quisiera ponerme un vestido pintado como el tuyo. Envidio tus senos repletos de leche, tus largos cabellos, tus anchas caderas de donde salen las criaturas. ¡Por qué no he de ser yo como tú! ¡Por qué no seré una mujer! ¡No seré tuyo jamás! ¡Mi virilidad me horroriza!

Se emacula con una piedra y después se echa a correr, furioso, alzando en el aire su miembro cortado.

Los sacerdotes hacen como el dios, los fieles como los sacerdotes. Hombres y mujeres intercambian sus vestiduras, se abrazan, y aquel torbellino de carnes ensangrentadas se va alejando, mientras las voces, que aún se perciben, se hacen más chillonas y estridentes cada vez, como las que se oyen en los funerales.

Un gran catafalco forrado de púrpura ostenta, en su parte más alta, una cama de ébano rodeada de antorchas y de cestas con filigranas de plata donde muestran su verdor unas lechugas, malvas y matas de hinojo. En los escalones, sentadas de arriba abajo, hay unas mujeres todas vestidas de negro, con el cinturón desabrochado, descalzas y sosteniendo con aire melancólico grandes ramos de flores.

En el suelo, en las cuatro esquinas del estrado, unas urnas de alabastro llenas de mirra echan humo lentamente.

Encima de la cama se ve el cadáver de un hombre. Le chorrea la sangre por uno de sus muslos. Deja colgar el brazo y un perro que aúlla le lame las uñas.

La fila de antorchas –demasiado juntas- impide que se le vea la cara y Antonio se siente lleno de angustia. Tiene miedo de reconocer a alguien.

Las mujeres dejan de llorar y tras un intervalo de silencio

TODAS *salmodian al mismo tiempo*

¡Hermoso! ¡Hermoso! ¡Es muy hermoso! ¡Ya has dormido bastante, levanta la cabeza! ¡En pie!

¡Aspira el perfume de nuestros ramos de flores! Son narcisos y anémonas que hemos cortado en tus jardines para agradarte. ¡Anímate, nos das miedo!

¡Habla! ¿Qué es lo que necesitas? ¿Quieres beber vino? ¿Deseas acostarte en nuestras camas? ¿Quieres comer panes de miel con forma de pajaritos?

¡Abracemos sus caderas, besemos su pecho! ¡Así, así! Acaso no sientes cómo recorren tu cuerpo nuestros dedos llenos de sortijas, ni cómo buscan tu boca nuestros labios, ni cómo nuestros cabellos acarician tus piernas! ¡Dios desvanecido y sordo a nuestras plegarias!

Dan gritos arañándose la cara con las uñas y luego callan; se siguen oyendo los ladridos del perro.

¡Ay! ¡Ay! ¡La negra sangre corre por sus carnes de nieve! ¡Y ahora se le tuercen las rodillas, sus costillas se hunden! Las flores de su rostro han mojado la púrpura. ¡Está muerto! ¡Lloremos y aflijámonos!

Acuden todas en fila a depositar entre las antorchas sus largas cabelleras que, desde lejos, parecen serpientes negras o rubias. El catafalco va bajando despacio hasta llegar al nivel de una gruta, de un tenebroso sepulcro abierto en su parte posterior.

Entonces

UNA MUJER

se inclina sobre el cadáver.

Sus cabellos, que ella no ha cortado, la envuelven de la cabeza a los pies.

Tantas lágrimas derrama que su dolor no debe ser igual al de las demás, sino infinito, sobrehumano.

Antonio piensa en la madre de Jesús.

La mujer dice:

¡Te escapabas de Oriente! Y me tomabas en tus brazos trémula de rocío, ¡oh Sol! Revoloteaban blancas palomas por el azul de tu manto, nuestros besos levantaban brisas entre el follaje y yo me abandonaba a tu amor, gozando con placer de mi debilidad.

¡Ay qué pena! ¿Por qué te fuiste a correr por las montañas?

En el equinoccio te hirió un jabalí.
Has muerto y las fuentes lloran, los árboles se doblan y el viento de invierno sopla por entre los desnudos matorrales.
Van a cerrarse mis ojos puesto que a ti te envuelven las tinieblas.
Ahora vives al otro lado del mundo, junto a mi rival más poderosa.
¡Oh, Perséfone! ¡Todo lo que es hermoso desciende hasta ti y no vuelve más!

Mientras ella habla, sus compañeras han asido al muerto para bajarlo al sepulcro. Se les deshace entre las manos. No era más que un cadáver de cera.

Antonio siente una especie de alivio.

Todo se desvanece y la cabaña, las rocas y la cruz aparecen de nuevo.

No obstante, al otro lado del Nilo vislumbra a Una Mujer de pie en medio del desierto.

Agarra con la mano la punta de un largo velo negro que le tapa la cara y con el brazo izquierdo sujeta a un niño pequeño mientras le da el pecho. A su lado hay un mono muy grande, de cuclillas en la arena.

La mujer levanta la cabeza mirando al cielo y, pese a la distancia, se oye su voz.

ISIS

¡Oh, Neith, principio de las cosas! Amón, señor de la eternidad, Ptah, demiurgo, Thot, su inteligencia, dioses del Amenti, tríadas particulares de los Nomos, gavilanes en el cielo azul, esfinges que os halláis junto a los templos, ibis de pie entre los cuernos de los bueyes, planetas, constelaciones, riberas, murmullos del viento, reflejos de la luz, ¡decidme dónde se encuentra Osiris!

Lo he buscado por todos los canales y por todos los lagos, y más lejos aún; llegué hasta Biblos la fenicia. Anubis, con las orejas tiesas, brincaba a mi alrededor ladrando y escudriñando con el hocico las matas de los tamarindos. ¡Gracias, buen Cinocéfalos, gracias!

Le da al mono dos o tres golpecitos cariñosos en la cabeza.

¡El horrible Tifón de pelo rojizo lo había asesinado, lo había hecho pedazos! Hemos encontrado todos sus miembros, pero no el que me hacía fecunda.

Se lamenta con violencia.

ANTONIO

se pone furioso. Le tira piedras y la injuria.

¡Impúdica! ¡Vete, vete!

HILARIÓN

Respétala. ¡Era la religión de tus antepasados! ¡Tu llevaste sus amuletos en la cuna!

ISIS

Antaño, cuando volvía el verano, la inundación ahuyentaba hacia el desierto a los animales impuros. Se abrían los diques, las barcas chocaban entre sí, la tierra sedienta se bebía al río con embriaguez. Dios con cuernos de toro, ¡tú te tendías sobre mi pecho y se oía el mugido de la vaca eterna!

La siembra, la recolección, la trilla y la vendimia se sucedían con regularidad siguiendo el ritmo de las estaciones. En las noches siempre puras brillaban hermosas estrellas. Los días se hallaban bañados de un invariable esplendor. Y el Sol y la Luna, uno a cada lado del horizonte, formaban una pareja real.

Reinábamos ambos sobre un mundo más sublime, como monarcas gemelos, esposos desde el seno de la eternidad. Él sostenía un cetro con cabeza de cucufá y yo otro con una flor de loto. Los dos estábamos de pie y con las manos juntas, y aunque se derrumbase el imperio, nada cambiaba en nuestra actitud.

Egipto se extendía a nuestros pies, monumental y grave, largo como el corredor de un templo, con obeliscos a la derecha, pirámides a la izquierda y su laberinto en medio. Por todas partes había avenidas de monstruos, bosques de columnas, pesados pilones, flanqueando unas puertas que, en su parte superior, llevaban al globo terráqueo entre dos alas.

Los animales de su zodíaco se encontraban en sus pastos, invadían con sus formas y colores su escritura misteriosa. Dividido en doce regiones, así como el año lo está en doce meses –cada mes, cada día, tenía su propio dios-, reproducía el orden inmutable del cielo, y el hombre, al expirar, no perdía su figura, sino que, saturado de perfumes, ya indestructible, dormía durante tres mil años seguidos en un Egipto silencioso.

Este último Egipto, mayor que el otro, se extendía por debajo de la tierra.

A él se bajaba por unas escaleras. Conducían a unas salas en cuyas paredes se hallaban representadas la dicha de los buenos y las torturas de los malos, todo cuanto sucede en el tercer mundo invisible. Apoyados en las paredes, dentro de unos ataúdes pintados, los muertos esperaban su turno y el alma, exenta de migraciones, continuaba dormida hasta despertar en la otra vida.

Osiris, no obstante, volvía en ocasiones a verme. Su sombra me hizo madre de Harpócrates.

Contempla al niño.

¡Es él! ¡Son sus ojos! ¡Son sus cabellos trenzados en forma de cuernos de carnero! Tú reanudarás sus obras. Volveremos a florecer como los lotos. ¡Yo sigo siendo Isis la grande! ¡Nadie todavía levantó mi velo! ¡Mi fruto es el sol!

¡Sol de primavera, hay unas nubes que oscurecen tu faz! El aliento de Tifón devora las pirámides. He visto huir a la esfinge hace un momento. Galopaba igual que un chacal.

Ando buscando a mis sacerdotes, a mis sacerdotes con mantos de lino, con grandes arpas, que llevaban una navecilla mística adornada con páteras de plata. ¡Ya no se dan fiestas en los lagos! ¡Ya no iluminan mi delta! ¡Ya no hay copas de leche en Filae! Apis, desde hace mucho tiempo, ha desaparecido.

¡Egipto, Egipto! Tus grandes Dioses inmóviles tienen los hombros manchados de excrementos de pájaros y el viento que pasa por el desierto acarrea las cenizas de tus muertos. ¡Anubis, guardián de las sombras, no me abandones!

El cinocéfalo ha desaparecido.
Isis sacude a su hijo.

Pero... ¿qué tienes?... ¡Tus manos están frías y tu cabeza cuelga desmayada!

Harpócrates acaba de morir.

Entonces Isis da un grito tan agudo, fúnebre y desgarrador que Antonio le responde con otro grito al tiempo que abre los brazos para sostenerla.

Mas ella ya no está. Él baja la cabeza, avergonzado.

Cuanto acaba de ver se confunde en su mente. Es como una especie de aturdimiento parecido al que se siente en un viaje, al malestar que deja la embriaguez. Quisiera odiar y, sin embargo, una compasión vaga le ablanda el corazón. Se echa a llorar desconsolado.

HILARIÓN

¿Qué es lo que te entristece?

ANTONIO

tras buscar dentro de sí un buen rato:

¡Pienso en todas las almas que se han perdido por culpa de estos falsos Dioses!

HILARIÓN

¿Y no te parece que, en ocasiones, tiene algún parecido con... el Dios verdadero?

ANTONIO

Se trata de un ardid del demonio para seducir más fácilmente a los fieles. Ataca a los fuertes por el espíritu y a los demás, mediante la carne.

HILARIÓN

Pero la lujuria, en sus impulsos, es tan desinteresada como la penitencia. El amor frenético del cuerpo acelera su destrucción y proclama, con su debilidad, la magnitud de lo imposible.

ANTONIO

¡Y a mí qué me importa! ¡Se me revuelve de asco el estómago ante esos Dioses bestiales, continuamente ocupados en carnicerías e incestos!

HILARIÓN

Recuerda cuántas cosas te escandalizaban en las Escrituras porque no sabías comprenderlas. Puede que estos dioses, bajo sus formas criminales, lleven dentro de sí la verdad.

Aún nos quedan algunos más por ver. ¡Date vuelta!

ANTONIO

¡No, no! Es peligroso...

HILARIÓN

Hace poco tiempo querías conocerlos. ¿Acaso vacila tu fe al oír sus mentiras? ¿Qué es lo que temes?

Las rocas que hay enfrente de Antonio se han transformado en una montaña. Una fila de nubes la tapa hasta media altura y por arriba aparece otra montaña, enorme, completamente verde, surcada de modo desigual por pequeños valles. En la cima de la misma, en un bosque de laureles, hay un palacio de bronce con tejas de oro y capiteles de marfil.

En el centro del peristilo, sentado en un trono, está JÚPITER, colosal y con el torso desnudo. Tiene la victoria en una mano y el rayo en la otra, y entre sus piernas hay un águila que yergue la cabeza.

JUNO, a su lado, gira sus ojos saltones dentro de las órbitas y lleva una diadema de

la que escapa, como si se tratara de humo, un velo que flota al viento.

Detrás de ella está MINERVA, de pie sobre un pedestal, apoyada en su lanza. La piel de la gorgona le cubre el pecho y un peplo de lino cae en pliegues simétricos sobre sus pies. Sus ojos glaucos, que brillan bajo la visera, miran atentamente hacia lo lejos.

A la derecha del palacio, el viejo NEPTUNO cabalga sobre un delfín que surca con sus aletas una extensión azul, de la cual no se sabe si es el cielo o el mar, ya que la perspectiva del Océano se confunde con el éter azul.

Al otro lado, el huracán PLUTÓN, con su manto color de noche, con una tiara de diamantes y un cetro de ébano, se halla en medio de una isla rodeada por los meandros del Éstige. Y este río de sombra se pierde en la tinieblas que, al pie del acantilado, forman un gran agujero negro, un abismo sin formas.

MARTE, con armadura de bronce, blande furioso su ancho escudo y su espada.

Más abajo, HÉRCULES lo contempla apoyado en su maza.

APOLO, de rostro radiante y con el brazo extendido, conduce cuatro caballos blancos que galopan, mientras CERES, en una carreta tirada por dos bueyes, se adelanta hacia él con una hoz en la mano.

BACO aparece tras ella en un carro muy bajo, arrastrado despacio por dos lince. Gordo, imberbe, coronado de pámpanos, pasa por allí llevando en su mano una cratera de la que se derrama vino. Sileno, a su lado, se tambalea sobre un asno. Pan, con sus orejas puntiagudas, sopla la siringa mientras las Mimaloneidas tocan tambores, las Ménades arrojan flores, las Bacantes vuelven la cabeza hacia atrás con los cabellos sueltos.

DIANA, con la túnica arremangada, sale del bosque con sus ninfas.

Allá al fondo de la caverna, VULCANO golpea el hierro con la ayuda de los Cabiros; aquí y allá los viejos Ríos, acodados en unas piedras verdes, derraman el contenido de sus urnas. Las Musas, de pie, cantan por los pequeños valles.

Las Horas, todas ellas de igual estatura, se toman de la mano, y MERCURIO se halla posado oblicuamente sobre un arco-iris, con un caduceo, sus talaes y su petaso.

Pero en lo alto de la escalera de los Dioses, entre nubes tan suaves como plumas y cuyas volutas, al dar vueltas, dejan caer rosas, VENUS ANADIOMENE se mira en un espejo. Sus pupilas se insinúan lánguidamente bajo los párpados un poco abultados.

Tiene una larga cabellera rubia que le cae sobre los hombros; sus senos son pequeños, delgada su cintura, las caderas anchas como las curvas de una lira, muslos torneados, hoyuelos en las rodillas y delicados pies. No lejos de sus labios revolotea una mariposa. El resplandor de su cuerpo forma un halo de brillante nácar a su alrededor, de suerte que todo el Olimpo se halla bañado en una aurora bermeja que va subiendo insensiblemente, hasta alcanzar las alturas de la bóveda azul.

ANTONIO

¡Ay, cómo se me ensancha el corazón ante tanta belleza! ¡Una alegría desconocida me inunda hasta el fondo del alma! ¡Qué hermoso es esto, qué hermoso!

HILARIÓN

Los dioses se asomaban a las nubes para guiar las espadas; uno podía tropezar con ellos a orillas de los caminos o en la propia casa, y esta

familiaridad confería a la vida un aspecto divino.

Lo único importante en la vida era que fuese libre y bella. Las holgadas vestiduras facilitaban la nobleza de las posturas. La voz del orador, que se ejercitaba oyendo el mar, azotaba con ondas sonoras los pórticos de mármol. El efebo, ungido de aceite, luchaba completamente desnudo a pleno sol. La acción más religiosa consistía en exponer unas formas puras.

Y aquellos hombres respetaban a sus esposas, a los ancianos y a los suplicantes. Detrás del templo de Hércules habían erigido un altar a la Piedad.

Inmolaban a las víctimas con flores en torno a los dedos. Hasta el recuerdo mismo se hallaba exento de la putrefacción de los muertos. Sólo quedaban de ellos unas pocas cenizas. El alma, tras mezclarse con el éter sin límites, partía hacia los dioses.

Se agacha para hablarle a Antonio al oído.

¡Y aún siguen viviendo! El emperador Constantino adora a Apolo. Te encontrarás con que hay una trinidad en los misterios de Samotracia, un bautismo en los misterios de Samotracia, un bautismo en los de Isis, una redención en Mitra y el martirio de un Dios en las fiestas de Baco. ¡Proserpina es la Virgen!... ¡Aristeo es Jesús!

ANTONIO

permanece con los ojos bajos y luego, de repente, recita el símbolo de Jerusalén, tal como él lo recuerda, suspirando a cada frase.

Creo en un solo Dios Padre, y en un solo Señor Jesucristo, hijo primogénito de dios, que se encarnó y se hizo hombre, que fue crucificado y sepultado, que subió al cielo, que vendrá par juzgar a vivos y muertos y cuyo reino no tendrá fin; creo en el Espíritu Santo, y en un solo Bautismo de arrepentimiento, y en una sola, santa Iglesia Católica y en la resurrección de la carne, y en la vida eterna.

Inmediatamente, la cruz empieza a crecer y horadando las nubes, proyecta una sombra sobre el cielo de los Dioses.

Todos palidecen. El Olimpo se tambalea.

Antonio distingue, junto a su base, medio ocultos en las cavernas o sosteniendo las piedras con los hombros, unos grandes cuerpos encadenados: son los Titanes, los Gigantes, los Hecatonquiros y los Cíclopes.

UNA VOZ

se eleva, confusa y terrible, como el rumor de las olas, como el ruido de los bosques en la tempestad, como el bramido del viento en los precipicios.

¡Nosotros ya lo sabíamos! Los dioses tienen que morir. Urano fue mutilado por Saturno, Saturno por Júpiter y éste mismo será aniquilado. A cada cual le va llegando su turno. ¡Es el destino!

Y poco a poco se van adentrando en la montaña hasta que desaparecen.

Entretanto, las tejas del palacio de oro se echan a volar por los aires.

JÚPITER

se ha bajado del trono. El rayo, a sus pies, echa humo como si fuera un tizón dispuesto a apagarse; y el águila, estirando el cuello, recoge con el pico las plumas que se le caen.

Yo ya no soy, pues, el señor de las cosas, el muy bueno, muy grande, el dios de la fraternidad y de los pueblos griegos, el abuelo de todos los reyes, el Agamenón del cielo!

Águila de la apoteosis, ¿qué soplo del Erebo te trajo hasta mí? O será tal vez que, volando desde el campo de Marte, me traes el alma del último emperador?

¡Ya no quiero las almas de los hombres! ¡Que se las quede la tierra, y así ellas se agitarán al mismo nivel de su bajeza! ¡Ahora tienen los hombres corazones de esclavos: olvidan las injurias, los antepasados, las promesas y por todas partes triunfa la estupidez de los muchedumbres, la mediocridad del individuo y la horrible fealdad de las razas!

Respira hondo y las costillas se le levantan hasta tal punto que parece como si fueran a romperse. Se retuerce las manos. Hebe, llorando a lágrima viva, le presenta una copa. Él la recibe.

¡No, no! Mientras aún permanezca en algún sitio, donde sea, una cabeza que encierre al pensamiento, aborrezca el desorden y conciba la Ley, el espíritu de Júpiter vivirá!

Pero la copa está vacía.

Él la inclina lentamente sobre la uña de su dedo.

¡Ni una sola gota! ¡Cuando falta la ambrosía, los Inmortales se marchan!

La copa se le cae de las manos y él se apoya en una columna, sintiéndose morir.

JUNO

¡Si no hubieras tenido tantos amores! ¡Águila, cisne, toro, lluvia de oro, nube y llama, tomaste todas las formas, extraviaste tu luz en todos los elementos, perdiste tus cabellos en todos los lechos! El divorcio es

irrevocable esta vez, y nuestro dominio, nuestra existencia, se desvanecen...

Se aleja por los aires.

MINERVA

ya no tiene su lanza y unos cuervos que antes anidaban en las esculturas del friso, dan ahora vueltas a su alrededor y le muerden el casco.

Dejadme ver si mis naves, tras haber hendido el brillante mar, han regresado a mis tres puertos. Quiero saber por qué están desiertos los campos y qué es lo que ahora hacen las hijas de Atenas.

En el mes de Hecatombeón, todo mi pueblo venía hacia mí, guiado por sus magistrados y sacerdotes. Después, vestidas de blanco y con túnicas de oro, avanzaban largas filas de vírgenes con copas, canastillas y quitasoles; detrás venían los trescientos bueyes para el sacrificio, ancianos que agitaban ramas verdes, soldados que chocaban entre sí sus armaduras, efebos cantando himnos, músicos que tocaban la flauta o la lira, rapsodas, bailarinas y por último, en el mástil de un trirreme sobre ruedas, mi hermoso velo grande bordado por unas vírgenes a quienes se alimentaba durante una año de manera especial. Cuando ya el cortejo se había paseado por todas las calles con sus salmodias, subía paso a paso por la colina del Acrópolis, rozaba los Propileos y regresaba al Partenón.

Pero, ¿qué sucede? ¡Siento malestar, yo, la ingeniosa!

¿Cómo no se me ocurre ni siquiera una idea? Y estoy temblando más que una mortal...

Vislumbra unas ruinas tras ella, da un grito y, golpeada en la frente, cae al suelo de espaldas.

HÉRCULES

se ha quitado su piel de león y afianzándose con los pies, arqueando la espalda y mordiéndose los labios, hace esfuerzos desmesurados para sostener el Olimpo que se derrumba.

Vencí a los Cercopes, a las Amazonas y a los Centauros. Maté a muchos reyes. Rompí el cuerno de Aquelo, que era un gran río. Seccioné montañas, uní océanos. A los países esclavos, yo los liberaba y a los países deshabitados, yo los poblaba. Recorrí las Galias. Atravesé el desierto en donde uno siente tanta sed. Defendí a los dioses y me deshice de Ónfale. Pero el Olimpo pesa demasiado. Mis brazos pierden fuerza. ¡Me muero!

Hércules cae aplastado por los escombros.

PLUTÓN

¡Tuya es la culpa, descendiente de Anfitríon! ¿Por qué bajaste a mi imperio? El buitre que roe las entrañas de Ticio levantó la cabeza. Tántalo sintió húmedos los labios. La rueda de Ixión se detuvo.

Entretanto, las Ceres tendían sus uñas para retener las almas. Las Furias, desesperadas, retorcían las serpientes de sus cabelleras y Cerbero, al que tú habías atado con una cadena, no hacía más que gruñir, babeando por sus tres hocicos.

Dejaste la puerta entreabierta. Llegó más gente. ¡El día de los hombres ha penetrado en el Tártaro!

Se hunde en las tinieblas.

NEPTUNO

Mi tridente levantaba tempestades. Los monstruos que antaño hacían temblar se hallan putrefactos al fondo de las aguas.

¡Anfitrite, cuyos blancos pies corrían por la espuma, las verdes Nereidas que se vislumbraban por el horizonte, las sirenas cubiertas de escamas que detenían a los navíos para contarles historias y los viejos Tritones que soplaban en las caracolas, todos han muerto ya! ¡Ha desaparecido la alegría en el mar!

¡No podré sobrevivirles! ¡Que el vasto Océano me acoja en sus aguas!

DIANA

vestida de negro, en medio de sus perros que se han convertido en lobos:

La independencia de los grandes bosques me embriagaba, así como el olor de las fieras y las emanaciones de las ciénagas. Las mujeres, cuyo embarazo yo protegía, dan a luz hijos muertos. La luna tiembla bajo los encantamientos de las brujas. Siento deseos de violencia y de inmensidad. ¡Quiero beber venenos, perderme entre vapores, entre los sueños!

Y una nube que pasa se la lleva.

MARTE

con la cabeza descubierta y ensangrentado.

Primero combatí yo solo, provocando con mis injurias a todo un ejército, indiferente a las patrias respectivas y por simple afición a las

matanzas.

Más tarde tuve algunos compañeros. Caminaban al son de las flautas, en buen orden, con paso regular, respirando por encima de sus escudos, alta la cimera y la lanza en ristre. Entraban en la lucha profiriendo grandes gritos de águila. La guerra resultaba tan divertida como un festín. Trescientos hombres hicieron frente a toda Asia.

¡Más ahora los bárbaros vuelven! ¡Por miríadas, por millones! En vista de que el número de enemigos, las máquinas y la astucia son más fuertes, ¡más vale acabar como un valiente!

Se da muerte

VULCANO

limpiando con una esponja sus miembros sudorosos

El mundo se enfría. Hay que calentar los manantiales, los volcanes y los ríos que acarrean metales por debajo de la tierra. ¡Golpead más fuerte! ¡Con todas vuestras fuerzas!

Los Cabiros se lastiman con sus martillos, se ciegan con las chispas y, caminando a tientas, se pierden en la oscuridad.

CERES

De pie en su carro, cuyas ruedas ostentan alas en sus cubos.

¡Detente, detente!

¡Razón tenían al excluir a los extranjeros, a los ateos, a los epicúreos y a los cristianos! Han levantado el velo que cubría el misterio de la cesta, han profanado el santuario y todo se ha perdido...

Baja por una cuesta empinada, gritando y arrancándose los cabellos con desesperación.

¡Ay, todo es mentira! ¡No me han devuelto a Daira! La campana de bronce me llama desde el mundo de los muertos, hacia ese otro Tártaro del que nunca se vuelve!

¡Horror!

Se la traga el abismo.

BACO, *riendo frenéticamente*

¡Qué más da! ¡La mujer del Arconte es mi esposa! ¡Hasta la ley se

emborracha! ¡A mí el cántico nuevo y las múltiples formas!

El fuego que devoró a mi padre corre por mis venas. ¡Que arda aún más fuerte aunque yo perezca!

¡Varón y hembra a un mismo tiempo, soy bueno para todos! ¡Me entrego a vosotras, Bacantes y a vosotros también, sacerdotes de Baco! Y la viña se enroscará en torno a los árboles.

Y Pan, Sileno, los Sátiros, las Bacantes, las Mimalonidas y las Ménades, con sus serpientes, sus antorchas y sus máscaras negras, se tiran flores, descubren un falo, lo besan, sacuden los tímpanos, golpean con sus tirsos, se lapidan con caracolas marinas, comen uvas, estrangulan a un macho cabrío y desgarran a Baco.

APOLO

fustigando a sus corceles y cuyos blancos cabellos ondean al viento.

Dejé tras de mí a Delos la pedregosa, tan pura que todo en ella parece estar muerto ahora, y trato de llegar a Delfos antes de que el vapor que la inspira se haya disipado por completo. Los mulos están paciendo sus laureles. La pitonisa se equivoca y no sabe lo que dice.

¡Gracias a una mayor concentración, obtendré poemas sublimes, monumentos eternos, y toda la materia se verá impregnada por las vibraciones de mi cítara!

Puntea sus cuerdas. Éstas se rompen y le cruzan el rostro. Tira el instrumento y azotando con furor a su cuadriga, dice:

¡No, ya basta de formas! ¡Tengo que llegar más lejos aún! ¡Hasta la misma cima, hasta la idea pura!

Pero los caballos, al retroceder, se encabritan y rompen el carro. Apolo, enredándose con los fragmentos del timón y de los arneses, cae de cabeza al abismo. Se ha oscurecido el cielo.

VENUS, *morada de frío, tiritita*

Yo daba, con mi cinturón, toda la vuelta a la Hélade...

Sus campos refulgían como las rosas de mis mejillas, sus riberas se recortaban siguiendo la forma de mis labios y sus montañas, más blancas que mis palomas, palpitaban entre las manos de mis estatuarios. Mi alma se hallaba presente en el ordenamiento de las fiestas, en el arreglo de los peinados, en el diálogo de los filósofos y en la constitución de las repúblicas. Pero quise demasiado a los hombres... ¡Fue el Amor el que me deshonoró!

Se echa para atrás llorando.

¡El mundo es abominable! ¡Siento que el aire me falta!
¡Oh, Mercurio, inventor de la lira y guía de la almas, llévame contigo!

Pone un dedo ante sus labios y describiendo una inmensa parábola, cae al abismo.
Ya no se ve nada. Las tinieblas lo han invadido todo.
No obstante, de las pupilas de Hilarión se escapan como dos flechas rojas.

ANTONIO

En varias ocasiones, mientras me hablabas, me ha parecido ver que crecías. Y no era una ilusión. ¿Dime, cómo es eso? Dame una explicación...
¡Tu persona me espanta!

Se oyen unos pasos que se aproximan.

¿Qué es eso?

HILARIÓN *extiende el brazo*

¡Mira!

Al momento, a la luz de un pálido rayo de luna, Antonio divisa una interminable caravana que desfila sobre la cresta de las rocas y todos los viajeros, uno tras otro, van cayendo del acantilado al precipicio.

Primero caen los tres grandes dioses de Samotracia: Axiero, Axiocerso y Axiocersa, juntos, enmascarados de púrpura y elevando las manos.

Esculapio avanza con expresión melancólica, sin ver siquiera a Samos ni a Telésforo que lo interrogan con ansiedad. Sosípolis eleano, en forma de serpiente pitón, enrosca sus anillos en dirección al abismo. Despona, presa de vértigo, se tira ella misma. Britomartis, dando alaridos de miedo, se agarra a las mallas de su red. Los Centauros llegan a todo galope y ruedan cuesta abajo en revoltijo, para acabar despeñándose en el negro agujero.

Tras ellos camina renqueando el grupo lamentable de las Ninfas. Las ninfas de las praderas van todas cubiertas de polvo y las de los bosques gimen y sangran, heridas por el hacha de los leñadores.

Las Geludas, las Éstriges, la Empusa y todas las diosas infernales, confundiendo sus colmillos, sus antorchas y sus víboras, forman una pirámide; en la cúspide de la misma, sobre una piel de buitre, Eurínomo, azulado como las moscas carnívoras, se devora los brazos.

Después, desaparecen envueltas en un torbellino: Ortia la sanguinaria, Hymnia de Orcomenes, Lafria de Patrás, Afia de Egino, Bendis de Tracia, Estinfalia, la de patas de pájaro. Triopas, en vez de tres ojos no tiene más que tres órbitas. Erictonio, con las piernas flojas y ayudándose con las manos, se arrastra por el suelo como si estuviera impedido.

HILARIÓN

Qué gozo, ¿no es verdad?, verlos a todos así, sumidos en la abyección y agonizantes.... Súbete conmigo a esta piedra y serás como Jerjes cuando pasaba revista a su ejército.

Allá muy lejos, entre la niebla, ¿no ves a ese gigante de barba rubia que deja caer una espada ensangrentada? Es el escita Zalmoxis entre dos planetas: Artimpasa (Venus) y Orsiloqué (La Luna).

Más lejos aún, emergiendo de las pálidas nubes, están los dioses que adoraban los cimerios, incluso más allá de Thulé.

Sus espaciosas salas estaban caldeadas y al resplandor de las desenvainadas espadas que tapizaban la bóveda, bebían hidromiel en cuernos de marfil Comían hígado de ballena en unas bandejas de cobre forjadas por los demonios; o bien escuchaban a los brujos cautivos que tocaban unas arpas de piedra.

¡Están cansados! ¡Tienen frío! La nieve pesa sobre sus pieles de oso y se les ven los pies a través de los rotos que tienen sus sandalias.

Lloran recordando las praderas donde, sobre montículos de hierba, recobraban aliento tras la batalla, y echan asimismo de menos los largos navíos cuya proa cortaba los montes de hielo, y los patines que tenían para seguir el orbe de los polos, levantando a pulso todo el firmamento que daba vueltas con ellos.

Los envuelve una ráfaga de escarcha.

Antonio mira a otro lado.

Y observa –destacados en negro sobre un fondo rojo- a unos extraños personajes con barbotos y guanteletes, que se tiran pelotas, saltan unos por encima de otros, hacen muecas y bailan frenéticamente.

HILARIÓN

Son los dioses de Etruria, los innumerables Aiseres.

Aquí está Tages, el inventor de los augurios. Trata de aumentar con una mano las divisiones del cielo mientras que con la otra se apoya en la tierra. ¡Que se introduzca en ella!

Nortia contempla la muralla en la que iba fijando clavos para marcar el número de los años. La superficie ya ésta toda cubierta y acaba de cumplirse el último período.

Al igual que dos viajeros sorprendidos por la tormenta, Castur y Pulutuk se resguardan temblando bajo el mismo manto.

ANTONIO *cierra los ojos*

¡Basta! ¡Basta ya!

Mas por el aire cruzan con gran ruido las Victorias del Capitolio, tapándose la frente con las manos y perdiendo los trofeos que cuelgan de sus brazos.

Jano - señor de los crepúsculos- huye montado en un carnero negro; y de sus dos caras, a una se la ve ya putrefacta, mientras que la otra duerme de cansancio.

Sumano –dios del cielo oscuro-, que ya no tiene cabeza, aprieta contra su pecho un pastel rancio en forma de rueda.

Vesta –debajo de una cúpula en ruinas- trata de reanimar su lámpara apagada.

Belona se hace cortes en las mejillas sin lograr que brote la sangre con que purificaba a sus devotos.

ANTONIO

¡Por favor, que se vayan! ¡Me cansan!

HILARIÓN

Antes divertían a la gente...

Y le muestra, en un bosque de alisos, a Una Mujer completamente desnuda, a cuatro patas como un animal y que es poseída por un hombre negro, con una antorcha en cada mano.

Es la diosa de Aricia, con el demonio Virbio. Su sacerdote, el rey de los bosques, tenía que ser un asesino y los esclavos que se escapaban, los bandidos que despojaban cadáveres, los de la vía Saliaria, los tullidos del puente Sublicio, todo el hampa de las zahúrdas de Suburra, la consideraban su diosa más querida y le tenían gran devoción.

Las patricias, en tiempos de Marco Antonio, preferían a Libitina.

Y le enseña, bajo unos cipreses y rosales, a Otra Mujer ataviada con gasas. Ella sonríe y a su alrededor hay picos, camillas, negros cortinajes, todos los utensilios que se utilizan para los funerales. Sus diamantes brillan desde lejos bajo telas de araña. Las Larvas, semejantes a esqueletos, enseñan sus huesos por entre las ramas y los Lémures, que son fantasmas, extienden sus alas de murciélago.

En el lindero de un campo, el dios Término, desarraigado, se ladea, cubierto por completo de inmundicias.

En medio de un surco, el cadáver de Vertumno es devorado por unos perros de pelaje rojizo.

Los dioses rústicos se alejan de él llorando: Sartor, Sarrator, Vervactor, Colina, Valona, Hostilino, todos ellos cubiertos con mantos cortos y capuchones; cada uno de ellos lleva un almocafre, una horca, un cedazo, un venablo.

HILARIÓN

Era su alma la que hacía prosperar la casa, con sus palomares, sus lirones y caracoles, sus corrales protegidos por redes, sus caldeados establos

que olían a cedro.

Protegían al pueblo miserable que arrastraba sus grilletes por los guijarros de la Sabina, a los porqueros que tocaban la trompa para reunir a los cerdos, a los que cortaban los racimos en lo alto de los olmos, a los que arreaban a los asnos cargados de estiércol, y por los senderos. El labrador, jadeante, agarrado al mango de su arado, les rogaba para que fortaleciesen sus brazos, y los vaqueros, a la sombra de los tilos, junto a unas calabazas llenas de leche, alternaban sus elogios tocando flautas de caña.

Antonio suspira.

Y en medio de una habitación, sobre un estrado, se ve un lecho de marfil rodeado de gente. Todos levantan antorchas de abeto.

Son los dioses del matrimonio que están esperando a la desposada.

Domiduca era quien debía traerla; Virgo le desataba el cinturón; Subigo la tendía en la cama y Prema le separaba los brazos murmurándole dulces palabras al oído.

¡Pero ella no vendrá! Y los dioses despiden a los demás que allí se encuentran: a Nona y a Décima, las curanderas; y a las tres Nixas parteras; a las dos nodrizas Educa y Potina, así como a Carna, la que mece a los niños, y cuyo ramo de rosal silvestre aleja los malos sueños de las mentes infantiles.

Si el niño hubiera nacido, Osipago habría dado fuerza a sus piernas, Barbato le habría dado la barba, Estímula despertaría sus primeros deseos; Volupia haría posible su primer goce. Fabulino le habría enseñado a hablar, Numeria a contar, Camena a cantar y Consus a pensar.

El cuarto se ha ido quedando vacío y al borde la cama ya sólo está Nenia, centenaria, canturreando para sí la endecha que entonaba cuando morían los ancianos.

Mas pronto su voz es dominada por unos agudos gritos. Son

LOS LARES DOMÉSTICOS

que acurrucados al fondo del atrio, ataviados con pieles de perro, con flores en torno al cuerpo y apretándose las mejillas con los puños, lloran cuanto pueden.

¿Dónde está ahora la ración de alimentos que nos daban en cada comida? ¿Y los atentos cuidados de la sierva, la sonrisa de la matrona y la alegría de los niños que jugaban a las tabas sobre los mosaicos del patio? Luego, cuando ya se hacían mayores, nos colgaban al pecho la bola de oro o de cuero que llevaban al cuello.

¡Qué alegría cuando por la noche, tras haber obtenido algún triunfo, regresaba el amo a casa y volvía hacia nosotros sus ojos húmedos! Relataba sus combates y la angosta morada se sentía más orgullosa que el mejor de los palacios y tan sagrada como un templo.

¡Qué dulces eran las comidas familiares, sobre todo al día siguiente de las Feralias! Como sentían gran ternura por los muertos, todas las discordias se acallaban y la gente se abrazaba, bebiendo por las glorias del pasado y por las esperanzas del porvenir.

Pero los ancestros de cera pintada, encerrados detrás de nosotros, se van cubriendo lentamente de moho. Las nuevas razas, para castigarnos de sus decepciones, nos han roto la mandíbula, y los dientes de las ratas se clavan en nuestros cuerpos de madera, desmenuzándonos.

Los innumerables dioses que vigilaban las puertas, la cocina, la bodega y los baños calientes se dispersan por doquier tomando la apariencia de enormes hormigas que trotan, o de grandes mariposas que revolotean.

CRÉPITO *se deja oír*

¡También a mí me honraban antaño! Hacían libaciones en mi honor.
¡Fui un Dios!

El ateniense me saludaba como a un presagio de fortuna, mientras que el romano devoto me maldecía con los puños en alto y el pontífice de Egipto, que se abstenía de comer habas, temblaba ante mi voz y palidecía con mi olor.

Cuando el vinagre militar corría por las caras sin afeitarse, cuando la gente disfrutaba comiendo bellotas, guisantes y cebolla cruda, y cuando los pedazos de carnero se freían en la manteca rancia de los pastores, sin preocuparse del vecino, nadie entonces se reprimía. Los alimentos fuertes hacían ruidosas las digestiones. En el campo y a pleno sol, los hombres se aliviaban con lentitud.

Así pasaba yo sin producir escándalo, como cualquier otra necesidad de la vida, como Mena, tormento de las vírgenes y como la dulce Rumina que protege los senos de la nodriza surcados por azuladas venas. Yo era jovial. Hacía reír a la gente. Y henchido de bienestar por mi causa, el convidado exhalaba su alborozo por las aberturas de su cuerpo.

Tuve mis días de gloria. El buen Aristófanes me paseó por los escenarios y el emperador Claudio Druso me hizo sentar su mesa. Circulé majestuosamente por entre los laticlavos de los patricios. Los orinales de oro resonaban como tímpanos debajo de mí y cuando ahíto de morenas, de trufas y de pasteles de carne, el intestino del dueño se descargaba con estrépito, ¡el universo atento se enteraba de que César había cenado!

¡Pero ahora me hallo confinado entre el populacho y todos se escandalizan sólo con oír mi nombre!

Y Crépito se aleja gimiendo.
Se oye un trueno y

UNA VOZ

¡Yo era el Dios de los ejércitos, el Señor, el Señor Dios!
Desplegué las tiendas de Jacob sobre las colinas y alimenté en el desierto a mi pueblo fugitivo.
¡Yo incendié Sodoma! ¡Fui yo quien sepultó la tierra bajo el Diluvio!
Y también fui yo quien ahogó al Faraón junto con los príncipes hijos de reyes, los carros de combate y los hombres que los conducían.
Como era un Dios celoso, execraba a los demás dioses. Aplasté a los impuros; abatí a los soberbios y mi desolación corría de un lado a otro, como un dromedario cuando lo dejan en libertad dentro de un campo de maíz.
Para liberar a Israel, elegí a los sencillos. Ángeles con alas de fuego les hablaban en los matorrales.
Perfumadas de nardo, de cinamomo y de mirra, con vestidos transparentes y zapatos de taco alto, mujeres de corazón intrépido, iban a degollar a los capitanes. El viento que pasaba se llevaba a los profetas.
Yo había grabado mi Ley en unas tablillas de piedra. La Ley encerraba a mi pueblo como en una ciudadela.
Era mi pueblo. ¡Yo era su Dios! La tierra era mía y los hombres también, con sus pensamientos, sus obras, sus herramientas de labor y su posteridad.
Mi arca descansaba dentro de un triple santuario, detrás de unas cortinas de púrpura y candelabros encendidos. Para servirme, tenía a toda una tribu moviendo los incensarios y allí estaba el gran sacerdote, con traje de color jacinto, cuyo pecho se hallaba cubierto de piedras preciosas dispuestas en orden simétrico.
¡Maldición, maldición! El Santo de los Santos se ha abierto, el velo se ha rasgado y el viento se lleva los perfumes del holocausto. El chacal aúlla por los sepulcros. ¡Han destruido mi templo y mi pueblo se ha dispersado!
Han estrangulado a los sacerdotes con los cordones de sus hábitos.
¡Las mujeres se hallan cautivas y todos los vasos sagrados se han fundido!

La voz se va alejando.

¡Yo era el Dios de los ejércitos, el Señor, el Señor Dios!

Cae entonces un enorme silencio, una noche profunda.

ANTONIO

Ya se fueron todos.

Aún quedo yo.

dice ALGUIEN

Y Antonio ve ante él a Hilarión, pero transfigurado, hermoso como un arcángel, luminoso como un sol y tan alto que para verlo bien

ANTONIO

tiene que echar la cabeza hacia atrás.

¿Y quién eres tú, pues?

HILARIÓN

Mi reino tiene la misma dimensión que el universo y mi deseo no conoce límites. Sigo avanzando sin detenerme, liberando el espíritu y pesando los mundos, sin odio, sin miedo, sin piedad, sin amor y sin Dios. Me llaman la Ciencia.

ANTONIO *retrocede*

Tú debes de ser más bien... ¡El Diablo!

HILARIÓN

fijando en él sus pupilas:

¿Quieres verlo?

ANTONIO

no puede apartar su mirada. Lo invade una gran curiosidad por conocer al diablo. Su terror aumenta, pero su deseo se hace inconmensurable.

Si lo viese, no obstante... ¿Y si lo viese?

A continuación, con un impulso colérico, dice:

¡El horror que me produce me libraré de él para siempre! ¡Sí, quiero verlo!

Aparece una pezuña de macho cabrío.

Antonio se arrepiente de sus palabras, pero ya el Diablo lo ha colocado sobre sus cuernos y se lo lleva.

VI

El Diablo vuela con San Antonio encima, con el cuerpo estirado como el de un nadador. Sus dos alas, completamente abiertas, lo ocultan por entero como si se tratara de una nube.

ANTONIO

¿Adónde voy?

Antes me pareció vislumbrar la forma del Maldito. ¡No! Es una nube la que me lleva. ¿Acaso estoy muerto y subo hacia Dios?

¡Ah, qué bien se respira! El aire inmaculado me satura el alma. ¡Me siento ingrátido! ¡Se acabaron los sufrimientos!

Por debajo de mí se ven relámpagos, el horizonte se ensancha y hay ríos que se entrecruzan. Aquella mancha rubia es el desierto y aquel charco de agua, el Océano.

Ya aparecen otros océanos e inmensas regiones que yo no conocía. Allí están los países negros echando humo como si fueran hogueras, y la zona de las nieves, siempre oscurecida por la niebla. Voy a intentar situar las montañas por donde cada noche se pone el sol.

EL DIABLO

¡El sol no se pone jamás!

Antonio se sorprende al oír aquella voz. Le parece un eco de su pensamiento, una respuesta de su memoria.

Entretanto, la tierra va adquiriendo la forma de una bola, y él la percibe en medio del firmamento, dando vueltas sobre sí misma y alrededor del sol.

EL DIABLO

¿No ves como la tierra no es el centro del mundo? ¡Orgullo del hombre, humíllate!

ANTONIO

Apenas si la distingo, ahora. Se confunde con los demás fuegos. El firmamento no es más que un tejido de estrellas.

El Diablo y Antonio siguen ascendiendo.

¡No se oye ruido alguno! ¡Ni siquiera el graznido de las águilas!
¡Nada!... Voy a asomarme para escuchar la armonía de los planetas...

EL DIABLO

¡No podrás oírlos! Ni tampoco verás el antíctono de Platón, ni el foco de Filolao, ni las esferas de Aristóteles, ni los siete cielos de los judíos con las grandes aguas sobre la bóveda de cristal!

ANTONIO

Desde abajo, parecía tan sólida como un muro, pero, por el contrario, yo paso a través de ella. ¡Me hundo en ella!

Y llegan ante la luna, que parece un pedazo de hielo redondo, lleno de una luz inmóvil.

EL DIABLO

Antaño era la mansión de la almas. El buen Pitágoras incluso la adornó con pájaros y magníficas flores.

ANTONIO

En ella sólo veo llanos desolados y cráteres apagados bajo un cielo todo negro.

¡Vayamos hacia esos tres astros de resplandor más suave, para contemplar a los ángeles que los sostienen en vilo como si fueran antorchas!

EL DIABLO *lo lleva hasta las estrellas*

Se atraen y se repelen a un mismo tiempo. La acción de cada una de ellas es la resultante del movimiento de las demás y a ello contribuye, sin mediación de auxiliar alguno, la fuerza de una ley, la única virtud del orden.

ANTONIO

¡Sí, sí! ¡Mi inteligencia consigue abarcar todo eso! Y esto me produce un goce superior a los placeres de la ternura. ¡Me quedo sin aliento, estupefacto ante la inmensidad de Dios!

EL DIABLO

Como el firmamento que se va elevando a medida que tú subes, así crecerá él con la ascensión de tu pensamiento. Y sentirás aumentar tu gozo después de este descubrimiento del mundo, de este ensanchamiento del infinito.

ANTONIO

¡Volemos más alto! ¡Más alto aún! ¡Sin parar!

Los astros se multiplican, centellean. La Vía Láctea extiende por el cenit una especie de inmenso cinturón, con algún agujero de cuando en cuando. En aquellos huecos que deja su claridad, se ven espacios de tinieblas. Hay lluvias de estrellas, regueros de polvo de oro, vapores luminosos que flotan y se disuelven.

En ocasiones pasa de repente un cometa y luego vuelve a reinar la tranquilidad de las innumerables luces.

Antonio, con los brazos abiertos, se apoya en los dos cuernos del diablo, ocupando así toda su envergadura.

Recuerda con desdén su ignorancia de los días pasados, la mediocridad de sus sueños. ¡Ahora tiene allí, junto a él, esos globos luminosos que desde abajo contemplaba! Distingue el entrecruzamiento de sus trayectorias, la complejidad de sus direcciones. Los ve llegar desde lejos y, suspendidos como piedras de una honda, describir sus órbitas, prolongar sus hipérbolas.

¡Con una sola mirada abarca la Cruz del Sur y la Osa Mayor, el Lince y el Centauro, la Nebulosa de la Dorada, los seis soles de la constelación de Orión, Júpiter con sus cuatro satélites y el triple anillo del monstruoso Saturno! ¡Todos los planetas, todos los astros que más tarde descubrirán los hombres! Se llena los ojos con sus luces y carga su pensamiento con el cálculo de sus distancias. Luego agacha la cabeza.

¿Cuál es la finalidad de todo esto?

EL DIABLO

¡No existe finalidad! ¿Cómo iba a tener Dios una finalidad? ¿Qué experiencia podría instruirlo, qué reflexión determinarlo?

Antes del principio él no hubiera actuado y ahora sería inútil.

ANTONIO

No obstante, Él creó el mundo de una sola vez, por el poder de su palabra.

EL DIABLO

Pero los seres que pueblan la tierra van llegando a ella sucesivamente. Y en el cielo van surgiendo igualmente nuevos astros, efectos diferentes de causas varias.

ANTONIO

¡La variedad de las causas es la voluntad de Dios!

EL DIABLO

¡Pero admitir en Dios varios actos de voluntad es admitir varias causas y destruir su unidad!

Su voluntad no puede separarse de su esencia. Él no ha podido tener otra voluntad al no tener otra esencia. Y puesto que existe eternamente, obra asimismo eternamente.

¡Contempla el sol! De sus bordes escapan altas llamas que sueltan chispas, y éstas se dispersan para convertirse en mundos; y más allá de la última de ellas, allende esas profundidades en las que sólo percibes tú la noche, hay otros soles que giran, y detrás de éstos, otros y otros más, indefinidamente...

ANTONIO

¡Basta, basta! ¡Me da miedo! ¡Voy a caerme al abismo!

EL DIABLO

se detiene y, meciéndolo suavemente, le dice:

¡La nada no existe! ¡El vacío no existe! Por todas partes hay cuerpos que se mueven sobre el fondo inmutable de la Inmensidad; y como si algo pudiera limitarla ya no sería la inmensidad sino un cuerpo, no conoce límites.

ANTONIO, *boquiabierto*

¡No conoce límites!

EL DIABLO

¡Aunque subas al cielo y sigas subiendo, subiendo sin parar, jamás alcanzarás el final! Aunque desciendas bajo la tierra durante millones y millones de siglos, jamás llegarás al fondo, puesto que no hay fondo, ni final, ni alto, ni bajo, ni término alguno, ¡y la Inmensidad se halla comprendida en Dios que no es una porción del espacio, de tal o cual tamaño, sino la propia Inmensidad!

ANTONIO *pregunta lentamente*

Entonces... la materia... ¿forma parte de Dios?

EL DIABLO

¿Y por qué no? ¿Puedes tú saber dónde él acaba?

ANTONIO

¡Me prosterno, al contrario, me humillo ante su poder!

EL DIABLO

¡Y pretendes ablandarlo con tus oraciones! Tú le hablas, lo adornas incluso con virtudes como la bondad, la justicia y la clemencia, en lugar de reconocer que posee todas las perfecciones.

Concebir algo más allá es concebir a Dios más allá de Dios mismo, el ser por encima del ser. Él es, pues, el Ser único, la única sustancia.

Si la Sustancia pudiera dividirse perdería su naturaleza y ya no sería la misma, Dios no existiría. Él es, pues, indivisible igual que el infinito: y si tuviese un cuerpo, este cuerpo estaría compuesto de partes, con lo cual ya no sería uno, no sería ya infinito. ¡Por tanto, no puede ser una persona!

ANTONIO

En ese caso, mis oraciones, mis sollozos, los padecimientos de mi carne, los arrebatos de mi pasión, todo eso estaría encaminado hacia una mentira... al espacio... de manera inútil... ¡Como el grito de un pájaro, como un torbellino de hojas secas!

Se echa a llorar.

¡Oh, no! Por encima de todo eso hay alguien, un alma grande, un Señor, un padre a quien mi corazón adora y que me quiere a mí!

EL DIABLO

Tú deseas que Dios no sea dios, pues si Él sintiese amor, cólera o compasión, pasaría de su perfección a otra perfección mayor o más pequeña. No puede Dios descender a un sentimiento, ni encarcelarse dentro de una forma.

ANTONIO

No obstante, yo lo veré algún día...

EL DIABLO

Junto con los Bienaventurados, ¿no es así? ¡Cuando lo finito goce de

lo infinito, en un lugar limitado que encierra a lo absoluto!

ANTONIO

No importa, es menester que exista un paraíso para el bien y un infierno para el mal.

EL DIABLO

¿Acaso es la exigencia de tu razón la que hace las leyes de las cosas?
¡Sin duda, el mal le es indiferente a Dios puesto que la tierra se halla invadida por él!

¿Acaso Dios lo tolera por impotencia o lo conserva por crueldad?

¿Te imaginas que Él está continuamente reajustando el mundo como obra imperfecta y que vigila los movimientos de todas las criaturas, desde el vuelo de la mariposa hasta el pensamiento del hombre?

Si Él ha creado el universo, su providencia es superflua. Si la Providencia existe, entonces la creación es defectuosa.

Pero el mal y el bien no te conciernen sino a ti, igual que el día y la noche, el placer y la pena, la muerte y el nacimiento, que son relativos a un rincón de la inmensidad, a un medio especial, a un interés particular., puesto que sólo el infinito es permanente, existe el infinito, y nada más!

El Diablo ha ido extendiendo progresivamente sus alas; ahora cubren todo el espacio.

ANTONIO *ya no ve nada y desfallece*

Un frío horrible me hiela hasta el fondo del alma. ¡Es superior incluso al dolor! Es como una muerte más profunda que la muerte. Me pierdo en la inmensidad de las tinieblas. Penetran en mí. ¡Mi conciencia estalla bajo esta dilatación de la nada!

EL DIABLO

Pero las cosas que te ocurren sólo lo hacen por mediación de tu espíritu. Al igual que un espejo cóncavo, deforma los objetos, y tú careces de medios para comprobar su exactitud.

Jamás conocerás el universo en su total extensión; por consiguiente, no puedes hacerte una idea de su causa, ni tener una noción justa de Dios, ni siquiera decir que el Universo es infinito, pues primero tendrías que conocer el Infinito...

La Forma quizá sea un error de tus sentidos, la Sustancia, una

figuración de tu pensamiento.

A menos que al ser el mundo un perpetuo fluir de las cosas, la verdad sea la apariencia, y la ilusión, la única realidad.

Pero, ¿estás al menos seguro de que ves? ¿Estás seguro de que vives? ¿Tal vez no haya nada a tu alrededor?

El Diablo ha agarrado a Antonio y, sosteniéndolo en vilo, lo mira abriendo la boca, dispuesto a devorarlo.

¡Adórame, pues! ¡Y maldice a ese fantasma a quien tú llamas Dios!

Antonio alza los ojos al cielo en un último gesto de esperanza.
El Diablo lo suelta.

VII

ANTONIO

se encuentra de nuevo tendido boca arriba, al borde del acantilado.

El cielo empieza a clarear.

¿Es la claridad del alba o un reflejo de la luna?

Trata de incorporarse y vuelve a caer. Dice, castañeteando los dientes:

¡Siento un cansancio!... ¡Como si tuviese todos los huesos rotos!

¿Por qué?

¡Ah, ya sé! Fue el Diablo, ya recuerdo; e incluso me repetía todo lo que aprendí junto al viejo Dídimo sobre las opiniones de Jenófanes, de Heráclito, de Meliso y de Anaxágoras sobre el infinito, la creación, la imposibilidad de conocimiento!

¡Y yo que había creído poder unirme a Dios!

Ríe amargamente y prosigue:

¡Ah, demencia, locura! ¿Es culpa mía acaso? ¡La oración me resulta intolerable! ¡Tengo el corazón más seco que una roca! ¡Antaño, rebosaba amor...!

La arena, esta mañana, humeaba por el horizonte como el polvo de un incensario. Al ponerse el sol, unas flores de fuego florecían en la cruz, y a medianoche me pareció que todos los seres y todas las cosas, recogidos en un mismo silencio, adoraban conmigo al Señor. ¡Oh, encanto de las oraciones, felicidad del éxtasis, presentes del cielo!, ¿qué ha sido de vosotros?

Recuerdo un viaje que hice con Amón en busca de lugares solitarios donde fundar monasterios. Era la última tarde y apresurábamos el paso

canturreando himnos, uno al lado del otro, sin hablar. A medida que el sol descendía, las dos sombras de nuestros cuerpos se alargaban como dos obeliscos que crecieran continuamente y que caminasen delante de nosotros. Con trozos de nuestros bastones hacíamos unas cruces que plantábamos aquí y allá para señalar el lugar donde debería instalarse una celda. La noche tardó en llegar y unas ondas negras se esparcían por la tierra cuando aún el cielo lucía un inmenso color de rosa.

Cuando yo era niño me entretenía construyendo ermitas con piedras pequeñas. Mi madre, junto a mí, me contemplaba.

Me habrá maldecido por mi abandono, arrancándose los blancos cabellos con las manos. Y su cadáver quedó tendido en el suelo de la cabaña, bajo el techo de cañas, entre las paredes que se derrumbaron. Me parece ver que una hiena husmea por un agujero, metiendo el hocico... ¡Horror, horror!

Solloza.

¡Pero no, Amonaria no la habría abandonado!

¿Y dónde estará ahora Amonaria?

Puede que se halle en las termas, quitándose sus vestiduras una tras otra: primero el manto, luego el cinturón, la primera túnica, la segunda más liviana y después, todos sus collares. Y el vapor del cinamomo envuelve su cuerpo desnudo. Por fin se tiende sobre los tibios mosaicos. Su cabellera, que llega hasta la altura de sus caderas, parece envolverla como una piel negra. Está algo sofocada por la atmósfera demasiado caliente, respira arqueando la cintura y echando hacia delante sus senos. Pero... ¿qué me ocurre? ¡Mi carne se rebela! En medio de mi desconsuelo me tortura la concupiscencia. ¡Dos suplicios a la vez! ¿No es demasiado? ¡Ya no me soporto ni a mí mismo!

Se asoma al precipicio.

Si un hombre cayera aquí, se mataría. No hay nada más fácil, basta con dejarse rodar sobre el lado izquierdo. Sólo hay que hacer un movimiento. ¡Uno tan sólo!

Entonces aparece

UNA MUJER VIEJA

Antonio se levanta, sobresaltado y lleno de espanto. Cree estar viendo a su madre resucitada.

Pero ésta es mucho más vieja y de una delgadez prodigiosa.

Lleva puesto un sudario que le envuelve la cabeza y que cuelga, junto con sus cabellos blancos, hasta el extremo de sus piernas, flacas como muletas. El brillo de sus dientes color marfil hace resaltar su piel terrosa.

Hay tinieblas en las órbitas de sus ojos y allá, muy al fondo, tiemblan dos llamas como lámparas de sepulcro.

¡Adelante! –le dice-. ¿Quién te retiene?

ANTONIO, *balbuceando*

¡Temo cometer un pecado!

ELLA *prosigue*

¡Pues el rey Saúl se mató! ¡Razias, que era un justo, se suicidó! ¡Santa Pelagia de Antioquía se mató! ¡Domnina de Alep y sus dos hijas, todas ellas santas, se mataron! Y acuérdate de cómo corrían los confesores al encuentro de los verdugos, impacientes por hallar la muerte... con el fin de gozar de ella más pronto, las vírgenes de Mileto se estrangulaban con sus cordones. El filósofo Hegesias, en Siracusa, tanto predicó en su favor que las gentes abandonaban los lupanares para irse a ahorcar por los campos. Los patricios de Roma se dan muerte por libertinaje.

ANTONIO

Sí, la muerte inspira una atracción muy fuerte. ¡Muchos anacoretas sucumben a ella!

LA VIEJA

¡Hacer algo que te iguala a Dios, imagínate! Él te creó y tú vas a destruir su obra gracias a tu valor, libremente. El goce de Eróstrato no fuera superior a éste. Y además, ya tu cuerpo se ha burlado bastante de tu alma, así que al fin debes vengarte de él. No sufrirás. Pronto acabará todo. ¿Qué es lo que temes? ¡Le tienes miedo a un agujero negro y ancho! ¿Tal vez porque piensas que está vacío?

Antonio escucha sin responder y por el otro lado aparece:

OTRA MUJER

maravillosamente joven y bella. En un principio, él la toma por Amonaria.

Pero ésta es más alta, rubia como la miel, de abundantes carnes, con las mejillas pintadas y lleva rosas en el pelo. Su vestido largo, cuajado de lentejuelas, produce reflejos metálicos. Sus carnosos labios aparecen sanguinolentos y en sus párpados, algo hinchados, hay tal languidez que uno podría creer que está ciega.

Murmura:

¡Vive y goza! ¡Salomón nos recomienda la alegría! ¡Ve allí donde tu corazón te pida y donde encuentres lo que tus ojos desean!

ANTONIO

¿Y qué alegría puedo encontrar yo? Mi corazón se halla cansado y mis ojos turbios...

ELLA *prosigue*

Llégate hasta el arrabal de Racotis, empuja una puerta pintada de azul, y cuando estés en el atrio donde canta el murmullo de un surtidor, te recibirá una mujer con un peplo de seda blanca y tisú de oro, con los cabellos sueltos y una risa semejante al sonido de los crótalos. Es hábil. Gozarás con su caricia del orgullo de una iniciación y sentirás el sosiego del deseo satisfecho.

Tampoco has conocido la turbación de los adúlteros, ni las escaladas, ni los raptos, ni el placer de contemplar desnuda a quien respetabas vestida.

¿Estrechaste alguna vez contra tu pecho a una virgen que te amase? Recuerda entonces cómo se abandonaba a ti sin pensar en su pudor y acuérdate también de sus remordimientos, que desaparecían poco a poco el flujo de sus dulces lágrimas...

¿Serás capaz, supongo, de imaginártela caminando a tu lado a la luz de la luna?... Vais de la mano y, al más mínimo apretón, un estremecimiento os recorre todo el cuerpo... Vuestros ojos cercanos se envían de uno a otro una especie de ondas inmatrimales y vuestro corazón estalla de puro gozo. Es como un suave torbellino, como una embriaguez desbordante...

LA VIEJA

¡No es menester haber vivido los placeres de este mundo para sentir su amargura! Con verlos desde lejos, ya dan asco... Estarás harto de la monotonía que supone el realizar siempre las mismas acciones, cansado de la duración de los días, de la fealdad del mundo, de la estupidez de sol...

ANTONIO

¡Oh, sí! ¡Cuánto alumbra el sol me desagrade!

LA JOVEN

¡Ermitaño, ermitaño! Encontrarás diamantes entre las piedras, fuentes debajo de la arena y un gran deleite en los azares que desprecias. ¡Y existen en la tierra sitios tan bellos que uno siente deseos de estrecharla contra su

corazón!

LA VIEJA

¡Todas las noches, cuando sobre ella te acuestas, estás esperando a que pronto te cubra!

LA JOVEN

¡Sin embargo, tú crees en la resurrección de la carne, que es como trasladar la vida a la eternidad!

La vieja, mientras hablaba, se ha ido quedando cada vez más descarnada y por encima de su cráneo, completamente calvo, un murciélago da vueltas en el aire.

La joven parece haber engordado. Su vestido brilla, las aletas de su nariz se estremecen, sus ojos giran voluptuosamente.

LA PRIMERA *dice, abriendo los brazos*

¡Ven! Yo soy el consuelo, el reposo, el olvido, la serenidad eterna...

LA SEGUNDA, *ofreciendo sus senos*

¡Yo soy la embaucadora, la alegría, la vida, la dicha inagotable!

Antonio da media vuelta para huir. Cada una de la mujeres lo agarra por un hombro.

El sudario se abre y deja al descubierto el esqueleto de la Muerte. El vestido se raja y deja ver el cuerpo de la Lujuria, que tiene una cintura muy estrecha y anchísimas caderas, unos cabellos largos y ondulados que flotan al viento.

Antonio permanece inmóvil entre ambas, mirándolas con atención.

LA MUERTE *le dice*

¡Morir ahora o un poco más tarde, qué más da! Tú me perteneces, igual que los soles, los pueblos, las ciudades, los reyes, la nieve de los montes, la hierba de los campos... ¡Vuelo más alto que el gavilán, corro más de prisa que la gacela, llego incluso a alcanzar a la esperanza y vencí al Hijo de Dios!

LA LUJURIA

¡No te resistas a mí, pues soy la omnipotente! Los bosques resuenan con mis suspiros, las olas se mueven con mis agitaciones. La virtud, el valor y la piedad se disuelven ante el perfume de mi boca. Acompaño al hombre en

todos sus pasos y cuando ya llega al umbral de la tumba... ¡Aún se vuelve hacia mí!

LA MUERTE

Yo te descubriré lo que tratabas de captar, a la luz de las antorchas, en el rostro de los muertos; o cuando vagabundeabas más allá de las Pirámides, por esos espaciosos arenales compuestos de restos humanos. De cuando en cuando, una calavera rodaba a tus pies, bajo tu sandalia. Tú tomabas un puñado de polvo y dejabas que se escurriera por entre tus dedos, y tu pensamiento, que con él se confundía, se abismaba en el vacío.

LA LUJURIA

¡Mi abismo es más profundo! Hay mármoles que inspiran obscenos amores. La gente se precipita a unos encuentros que espantan. Remachan sus cadenas que después maldicen. ¿De dónde proviene el hechizo de las cortesanas, la extravagancia de los sueños, la inmensidad de mi tristeza?

LA MUERTE

¡Mi ironía supera a todas las demás! Pueden verse convulsiones de placer en el entierro de los reyes, en el exterminio de los pueblos, y la guerra se suele hacer al son de la música, con penachos, banderas, arneses de oro, y con un gran despliegue de ceremonias, sólo por hacerme más cumplido homenaje.

LA LUJURIA

Mi cólera vale tanto como la tuya. Lanzo alaridos, muerdo. Me dan sudores de agonizante y adquiero el aspecto de un cadáver.

LA MUERTE

¡Soy yo quien hace de ti una cosa seria! ¡Enlacémonos!

La Muerte suelta una risotada, la Lujuria ruge. Se enlazan por la cintura y cantan las dos juntas:

- ¡Yo adelanto la disolución de la materia!
- ¡Yo facilito la dispersión de los gérmenes!
- ¡Tu destruyes para que yo renueve!
- ¡Tu engendras para que yo destruya!
- ¡Activa mi poder!

- ¡Fecunda mi podredumbre!

Y sus voces, cuyos ecos, al propalarse, llenan el horizonte, se hacen tan potentes que Antonio cae de espaldas.

Una sacudida, de cuando en cuando, le hace abrir los ojos y, entre tinieblas, percibe a un monstruo delante de él.

Es una calavera con una corona de rosas, sobre un torso de mujer de una blancura de nácar. El resto se halla tapado con un sudario estrellado de puntos de oro, que forma una cola, y todo el cuerpo ondula a la manera de un gigantesco gusano que se mantuviera en pie.

La visión se atenúa, desaparece...

ANTONIO *se levanta*

Era otra vez el Diablo, bajo su doble aspecto: el espíritu de formación y el espíritu de destrucción.

Ninguno de los dos me espanta. Rechazo la felicidad y me siento eterno.

De modo que la muerte no es más que una ilusión, un velo que enmascara, en ocasiones, la continuidad de la vida.

Pero, si es única la Sustancia, ¿por qué son variadas las Formas?

Debe de haber en alguna parte unas figuras primordiales cuyos cuerpos no sino imágenes. ¡Si uno pudiera verlas, conocería el lazo existente ente la materia y el pensamiento, aquello en que consiste el Ser!

Esas figuras son las que había en Babilonia pintadas en las paredes del templo de Belo, y también en un mosaico –al que cubrían por completo- que había en el puerto de Cartago. Yo mismo vi, en ocasiones, en el cielo, unas formas que parecían espíritus. Los viajeros que atraviesan el desierto tropiezan a veces con unos animales que sobrepasan a nuestra imaginación...

Enfrente de él, al otro lado del Nilo, aparece la Esfinge.

Estira las patas, sacude las vendas que le tapan la frente y se tiende en el suelo.

Saltando, volando, escupiendo fuego por la nariz y golpeándose las alas con su cola de dragón aparece la Quimera de ojos verdes. Da vueltas y ladra.

Los anillos de su cabellera, echados hacia un lado, se mezclan con el pelo que tiene en el lomo, mientras que por el otro lado, cuelgan hasta tocar la arena y se mueven al compás del balanceo de todo su cuerpo.

LA ESFINGE

permanece inmóvil y contempla a la Quimera.

¡Aquí, Quimera! ¡Detente!

LA QUIMERA

¡No, jamás!

LA ESFINGE

¡No corras tan de prisa, no vuelas tan alto, no ladres tan fuerte!

LA QUIMERA

No vuelvas a llamarme, no me llames más, puesto que siempre estás muda.

LA ESFINGE

¡Deja de lanzarme tus llamas a la cara y de gritar tus alaridos en mis oídos! ¡No vas a conseguir derretir mi granito!

LA QUIMERA

¡Tú no me atraparás, terrible esfinge!

LA ESFINGE

¡Para quedarte conmigo estás demasiado loca!

LA QUIMERA

¡Y tú no podrás seguirme porque eres demasiado pesada!

LA ESFINGE

¿A dónde vas, que corres tan de prisa?

LA QUIMERA

Galopo por los corredores del laberinto, me cierno sobre los montes, bajo al ras de las olas, ladro en el fondo de los precipicios, me agarro con los dientes a la punta de las nubes; arrastro mi cola por la arena haciendo rayas en las playas y las colinas han tomado sus curvas copiando la forma de mis hombros. Pero a ti, siempre te encuentro inmóvil, o bien dibujando alfabetos en la arena con tus garras.

LA ESFINGE

¡Es porque yo guardo mi secreto! Pienso y calculo.

El mar se remueve en sus abismos, los trigos se mecen al viento, las caravanas pasan, vuela el polvo, las ciudades se derrumban, pero mi mirada, a la que nada puede desviar, se extiende a través de las cosas sobre un horizonte inaccesible.

LA QUIMERA

¡Yo soy ligera y alegre! Les descubro a los hombres perspectivas deslumbrantes, con paraísos en las nubes y felicidades lejanas. Les vierto en el alma eternas locuras, proyectos de felicidad, planes de porvenir, sueños de gloria, así como promesa de amor y resoluciones virtuosas...

Los muevo a peligrosos viajes y a grandes empresas. He cincelado con mis patas maravillosas arquitecturas. Fui yo quien colgué las campanillas en la tumba de Porsena y quien puso un muro de oricalco rodeando los muelles de la Atlántida.

Busco perfumes nuevos, flores más grandes, placeres no experimentados. Si en alguna parte vislumbro a un hombre cuyo espíritu reposa en la sabiduría, me tiro encima de él y lo estrangulo.

LA ESFINGE

A todos aquellos a quienes atormentaba el deseo de Dios, yo los devoré.

Los más fuertes, para trepar hasta mi regia frente, suben por las estrías que forman mis vendas, como si éstas fueran los peldaños de una escalera. El cansancio los rinde y caen de espaldas sin que yo haga nada.

Antonio empieza a temblar.

Ya no está delante de su cabaña, sino en el desierto, junto a los dos monstruosos animales cuyas fauces le rozan el hombro.

LA ESFINGE

¡Oh, Fantasía, llévame sobre tus alas para que olvide el tedio de mi tristeza!

LA QUIMERA

¡Oh, Desconocido, estoy enamorada de tus ojos! Como una hiena en celo, doy vueltas a tu alrededor solicitando la fecundación cuya necesidad me devora.

¡Abre la boca, levanta los pies y cúbreme!

LA ESFINGE

Mis pies, desde que tocaron el suelo, ya no pueden levantarse. El liquen me creció en la boca a la manera de un herpes. A fuerza de pensar, ya no tengo nada que decir.

LA QUIMERA

¡Mientes, esfinge hipócrita! ¿De dónde viene que siempre me estés llamando para renegar luego de mí?

LA ESFINGE

¡Eres tú, capricho indomable, quien pasas siempre como un torbellino!

LA QUIMERA

¿Acaso es culpa mía? ¡Cómo! ¡Déjame!

Empieza a ladrar.

LA ESFINGE

¡Te mueves, te me escapas!

Gruñe.

LA QUIMERA

¡Probemos a ver! ¡Me estás aplastando!

LA ESFINGE

No. ¡Es imposible!

Y hundiéndose poco a poco, desaparece en la arena mientras que la Quimera, arrastrándose con la lengua fuera, se aleja describiendo círculos.

El aliento de su boca ha dejado una especie de niebla.

Entre aquella bruma, Antonio advierte espirales de nubes, curvas indecisas.

Por fin, distingue unos cuerpos con apariencia humana.

Primero se adelanta.

El grupo de LOS ASTOMI

semejantes a burbujas de aire atravesadas por el sol.

¡No soples demasiado fuerte! Las gotas de lluvia nos lastiman, los sonidos desafinados nos despellejan, las tinieblas nos ciegan. Estamos hechos de brisas y perfumes, y rodamos, flotamos, somos algo más que sueños, pero no del todo criaturas...

LOS NISNAS

no tienen más que un ojo, una mejilla, una mano, la mitad del cuerpo y la mitad del corazón. Dicen en voz muy alta:

¡Vivimos muy a gusto en nuestras medias casas, con nuestras medias mujeres y nuestras mitades de niños!

LOS BLEMIOS

carecen de cabeza:

No tenemos cabeza, pero por ello son más anchos nuestros hombros; y no existe buey, ni rinoceronte, ni elefante que sea capaz de cargar con lo que cargamos nosotros.

¡Impresos en nuestros pechos llevamos los vagos rasgos de un rostro y eso es todo! Pensamos las digestiones, utilizamos las secreciones. Dios, para nosotros, flota en paz en unos quilos interiores.

Caminamos por un recto camino, atravesando todos los fangos, bordeando todos los abismos y somos las gentes más felices, más laboriosas y más virtuosas que existen...

LOS PIGMEOS

Somos hombrecillos, hormigueamos por el mundo como los piojos sobre la joroba de un dromedario.

Nos queman, nos ahogan, nos aplastan, y volvemos, no obstante, a aparecer, más vivaces y más numerosos. ¡Somos terribles por ser tantos!

LOS ESCIÁPODES

Sujetos a la tierra por nuestras cabelleras, largas como lianas, vegetamos resguardados por nuestros pies, que son tan anchos como quitasoles. Y la luz nos llega a través de nuestros talones. ¡Ni molestias, ni trabajo! ¡Mantener la cabeza lo más baja posible es el secreto de la felicidad!

Sus piernas en alto recuerdan a los troncos de los árboles y se multiplican. Y aparece un bosque. Unos grandes monos corren por allí a cuatro patas; son

hombres con cabeza de perro.

LOS CINOCÉFALOS

Saltamos de rama en rama para sorber los huevos y desplumar a los pajarillos; luego nos ponemos en sus nidos en la cabeza a modo de gorro.

No olvidemos arrancarles las ubres a las vacas; les sacamos los ojos a los linceos, defecamos en lo alto de los árboles y exhibimos nuestras vergüenzas a pleno sol.

Tronchamos las flores, trituramos los frutos, ensuciamos los manantiales, violamos a las mujeres y somos los amos gracias a la fuerza de nuestros brazos y a la ferocidad de nuestro corazón.

¡Adelante, compañeros! ¡Que crujan vuestras mandíbulas!

Por la barbilla les chorrea sangre y leche. La lluvia cae por su lomo velludo.

Antonio aspira el frescor de las hojas verdes.

Las hojas se agitan, las ramas chocan entre sí y de repente aparece un gran ciervo negro con cabeza de toro, que lleva entre las orejas un matorral de blancos cuernos.

EL SADHUZAG

Los setenta y cuatro mogotes de mi cornamenta están huecos como flautas.

Cuando me vuelvo hacia el viento del Sur, salen de ellos unos sonidos que atraen y hechizan a los animales. Las serpientes se enroscan a mis patas, las avispas se pegan a mi hocico y los papagayos, las palomas y los ibis caen entre mis cuernos. ¡Escucha!

Inclina su cornamenta y de ella se escapa una música inefable y dulce.

Antonio se sujeta el corazón con ambas manos, pues le parece como si aquella melodía fuera a robarle el alma.

EL SADHUZAG

Pero cuando me vuelvo hacia el viento del norte, mi cornamenta, más tupida que un batallón de lanzas, emite un aullido; los bosques se estremecen, los ríos se desbordan, estalla la vaina de los frutos y las hierbas se ponen de punta como la cabellera de un cobarde.

¡Escucha!

Inclina los cuernos y de ellos salen gritos discordantes. Antonio se siente como desgarrado por dentro.

Y su horror aumenta al ver al

MARTÍCORA

gigantesco león rojo con rostro humano y tres hileras de dientes.

Los destellos de mi pelaje escarlata se mezclan con el reflejo de los grandes arenales. Soplo por los orificios de mi nariz el espanto de las soledades. Escupo la peste y devoro a los ejércitos cuando se aventuran por el desierto.

Mis uñas están retorcidas como barrenas, mis dientes tallados a la manera de una sierra y mi cola, retorcida, se halla erizada de dardos que yo disparo de derecha a izquierda, hacia delante y hacia atrás. ¡Toma! ¡Toma!

El Martícora arroja las espinas de su rabo, que irradia flechas en todas las direcciones. Llueven gotas de sangre que chasquean al caer sobre el follaje.

EL CATOBLEPAS

es un búfalo negro con la cabeza de un cerdo, que arrastra por el suelo y que va sujeto a sus hombros mediante un cuello delgado, largo y flácido como una tripa vacía.

Se revuelca por el suelo y sus pezuñas desaparecen bajo la enorme pelambreira de duros pelos que le tapa la cara.

Gordo, melancólico y hosco, permanezco siempre en el mismo sitio, notando bajo mi vientre el calor del barro. Mi cabeza es tan pesada, que me es imposible mantenerla derecha. La enrolló en torno a mi cuerpo, lentamente, y con la mandíbula entreabierta, arranco con mi lengua las hierbas venenosas que ha regado mi aliento. Una vez, me devoré las patas sin darme cuenta.

Nadie, Antonio, ha visto nunca mis ojos, o aquellos que los vieron murieron después. Si levantara mis párpados rosas e hinchados, inmediatamente morirías.

ANTONIO

¡Oh, éste...! a... a... ¿Si yo quisiera?... Su estupidez me atrae. ¡No, no!
¡No quiero!

Mira fijamente al suelo.

Pero las hierbas se prenden fuego y de las llamas surge

EL BASILISCO

gran serpiente violácea de cresta trilobulada, con dos dientes: uno arriba y otro abajo.

¡Ten cuidado, vas a caer en mis fauces! Bebo fuego. El fuego soy yo, y lo absorbo de todas partes: de las nubes, de las piedras, de los árboles

muertos, del pelo de los animales, de la superficie de las ciénagas. Mi temperatura mantiene a los volcanes. Soy yo quien crea el brillo de las piedras preciosas y el color de los metales.

EL GRIFO

león con pico de buitre, con las alas blancas, las patas rojas y el cuello azul.

Yo soy el amo de los esplendores profundos. Conozco el secreto de las tumbas donde duermen los antiguos reyes.

Una cadena, que sale de la pared, les sostiene la cabeza erguida. Junto a ellos, en unas vasijas de púrpura, mujeres a quienes amaron flotan sobre líquidos negros. Sus tesoros se hallan ordenados en salas, formando rombos, montículos o pirámides. Y más abajo, muy por debajo de las tumbas, tras largos viajes en medio de sofocantes tinieblas, se llega a ríos de oro con bosques de diamantes, praderas de rubíes y lagos de mercurio.

Recostado en la puerta del subterráneo y con las garras preparadas, espío con mis llameantes pupilas a los que allí intentan entrar. El llano inmenso, hasta el horizonte, está desnudo y blanco por las osamentas de los viajeros. Para ti se abrirán las puertas de bronce y aspirarás el vapor de las minas y bajarás a las cavernas... ¡De prisa, de prisa!

El Grifo cava la tierra con sus uñas gritando como un gallo. Mil voces le responden. El bosque tiembla.

Y surgen toda suerte de bestias espantosas: el Tragélafo, mitad ciervo y mitad buey; el Mirmecoleo, león por delante y hormiga por detrás, con los genitales al revés; la serpiente pitón Aksar, de sesenta codos de longitud, la que espantó a Moisés; la enorme comadreja Pastinaca, que mata a los árboles sólo con su olor; el Presteros, que vuelve imbécil a quien lo toca; la Mirag, liebre cornuda que habita en las islas del mar; el leopardo Falmant, que revienta de tanto dar alaridos; el Senad, oso con tres cabezas, que despedaza a sus pequeñuelos con la lengua; el perro Cepo, que derrama sobre las rocas la leche azul de sus mamas. Y hay mosquitos que zumban, sapos que saltan, serpientes que silban. Brillan los relámpagos y cae el granizo.

Las ráfagas traen anatomías maravillosas: cabezas de caimanes con pies de corzo, mochuelos con cola de serpiente, cochinitos con hocico de tigre, cabras con grupas de asno, ranas tan velludas como osos, camaleones tan grandes como hipopótamos, terneras con dos cabezas, una de las cuales llora y la otra muge; fetos cuatrillizos pegados por el ombligo y dando vueltas de vals como si fuesen peonzas; vientres con alas que revolotean como mosquitos.

Hay monstruos que llueven del cielo, otros salen de la tierra o brotan de las rocas. Surgen pupilas llameantes por doquier y multitud de fauces que rugen; los pechos se hinchan, las garras se alargan, los dientes rechinan, las carnes chapotean. Los hay que dan a luz, otros copulan o, de un solo bocado, se devoran uno al otro.

Asfixiándose por su elevado número, siguen multiplicándose por contacto, trepan unos sobre otros y todos se mueven alrededor de Antonio con un balanceo regular, como si el suelo fuera el puente de un barco. Antonio siente en sus piernas el rastro que dejan las

babosas, en sus manos la frialdad de las víboras, y unas arañas que están hilando su tela, lo apresan entre sus redes.

Pero el círculo de los monstruos acaba por ensancharse, el cielo se pone azul de pronto y aparece

EL UNICORNIO

¡Al galope, al galope!

Tengo cascos de marfil, dientes de acero, la cabeza de color púrpura, el cuerpo como la nieve y el cuerno que llevo en la frente ostenta los colores del arco iris.

Voy desde Caldea al desierto tártaro, a orillas del Ganges y a Mesopotamia. Soy más veloz que los avestruces. Corro tan de prisa que arrastro al viento. Me froto el lomo contra las palmeras. Me revuelco en los bambúes. De un salto cruzo los ríos. Palomas blancas vuelan por encima de mí. Sólo una virgen podrá ponerme las riendas.

¡Al galope! ¡Al galope!

Antonio se queda mirándolo mientras huye.

Y alzando los ojos, ve a todos los pájaros que se alimentan de viento: el Guith, el Ahuti, el Alfalim, el Iukneth de las montañas de Caff, los Homaï de los árabes, que son almas de hombres asesinados. Oye a los loros proferir palabras humanas y a los grandes palmípedos pelásgicos sollozando como niños o riendo sarcásticamente como mujeres viejas.

Un aire salino llega hasta su olfato. Ahora se encuentra en una playa.

A lo lejos ve unos surtidores lanzados por ballenas y, al final del horizonte

LOS ANIMALES DEL MAR

redondos como odres, aplastados como láminas o dentados como sierras, se arrastran por la arena en dirección a él

¡Vas a venir con nosotros a nuestras inmensidades donde nadie bajó jamás!

Hay pueblos diversos que habitan los países del Océano. Algunos viven donde las tempestades, otros nadan libremente sobre la transparencia de las frías olas, pacen como bueyes en las llanuras de corales, aspiran con sus trompas el reflujó de las mareas o llevan a hombros el peso de las fuentes del mar.

Brillan fosforescencias en el bigote de las focas, en las escamas de los peces. Erizos de mar dan vueltas como si fueran ruedas; las amonitas se desenrollan como si fuesen cables; las ostras chirrían sus charnelas, los pulpos despliegan sus tentáculos, las medusas se estremecen cual bolas de cristal, flotan las esponjas y las anémonas escupen agua. Han brotado musgos y algas.

Y toda suerte de plantas se extienden en ramales, se retuercen como los pámpanos de una parra, se alargan en punta, se extienden en abanico... Hay calabazas que parecen senos, lianas que se entrelazan como si fueran serpientes.

Los Dedaimos de Babilonia, que son árboles, dan por frutos cabezas humanas; las mandrágoras cantan y la raíz de Baaras corre por la hierba.

Los vegetales ahora ya no se diferencian de los animales. Hay políperos que se asemejan a los sicomoros y que llevan brazos en sus ramas. Antonio cree ver una oruga entre dos hojas: es una mariposa que al punto se echa a volar. Pone el pie sobre una piedra y de ella salta una langosta gris. Insectos iguales que pétalos de rosa engalanan un arbusto; residuos de efímeras forman por el suelo una capa de nieve.

Y además, las plantas se confunden con los guijarros.

Hay piedras que parecen cerebros, estalactitas como senos y flores de hierro que recuerdan a las tapicerías ornadas configuras.

En unos fragmentos de hielo, Antonio distingue unas eflorescencias, huellas de corales y de conchillas, hasta el punto de no saber si se trata de las huellas que tales cosas han dejado o de las cosas mismas. Brillan diamantes como si fueran ojos y hay minerales que palpitan.

¡Y ya no siente miedo!

Se tiende boca abajo, apoyándose en ambos codos y, conteniendo el aliento, mira.

Unos insectos sin estómago continúan comiendo; helechos resecos comienzan de nuevo a brotar; miembros que faltaban, crecen.

Finalmente, vislumbra una serie de pequeña masas globulosas, como cabezas de alfileres y con pestañas alrededor. Una vibración las agita.

ANTONIO, *con desbordante alegría*

¡Qué felicidad: he visto nacer la vida, he visto comenzar el movimiento! La sangre me late tan fuerte en las venas que parece como si fuera a romperlas. Siento anhelos de nadar, de ladrar, de mugir, de aullar... Quisiera tener alas, un caparazón, una corteza como los árboles; quisiera echar humo, tener una trompa, retorcer mi cuerpo, dividirme en muchas partes, estar en todo, emanar mi esencia junto con los olores, desarrollarme como las plantas, fluir como el agua, vibrar como el sonido, brillar como la luz, acurrucarme en todas las formas, penetrar en cada átomo, bajar hasta el fondo de la materia, ¡ser la materia!

Amanece por fin y, al igual que las cortinas de un tabernáculo cuando se descorren, unas nubes de oro, al formar grandes espirales, dejan ver el cielo.

Y en medio mismo, dentro del disco formado por el sol, aparece radiante la faz de Jesucristo.

Antonio hace la señal de la cruz y comienza de nuevo a rezar.

LÉXICO DE NOMBRES MITOLÓGICOS E HISTÓRICOS

A

ABISMO: El primero de los Eones, el Dios supremo en la doctrina gnóstica de Valentino.

ABRAXAS: Fórmula que expresa en letras griegas el número 365, que en la doctrina de Basílides corresponde al número de Eones o de los cielos que ellos crearon. Por extensión, piedra sobre la que va grabada esta fórmula.

ABSADEO (por Asbameo): Nombre de una fuente consagrada a Zeus Asbameo cerca de Tiana.

ACARAMOTH o ACAMOTH: En la doctrina de Valentino es el Eón mujer, hija de Sofía; era la Sofía inferior madre del demiurgo y predestinada a ser compañera del Eón Jesús.

ADAMITAS: Secta gnóstica de Egipto; sus adeptos eran nudistas y proponían imitar a Adán como prueba de completa libertad. Proscribían el matrimonio para no perpetuar el pecado original.

ADONAY: Voz hebrea que significa "Mi Señor". Uno de los nombres que designan a Dios en las Escrituras.

ADRAMITAS: Antiguo pueblo de Arabia del Sur.

AFIA por AFAYA: Diosa a la que se consagraba el gran templo de Egina. Se la identificaba con Artemisa y Britomartis.

ARHIMÁN: Divinidad del mal enfrentada a Ormuz en la antigua religión persa.

AHUTI: Especie de mono (y no de pájaro como dice Flaubert) que vive alimentándose exclusivamente de viento.

AISERES: Nombre genérico de la divinidad en lengua etrusca.

AKSAR: Animal fabuloso.

ALEJANDRO, SAN: Obispo de Alejandría, gran adversario de Arrio, miembro del concilio de Nicea.

ALEJANDRÍA: Ciudad de Egipto fundada por Alejandro el Grande en 331. Fue el crisol de las religiones, sobre todo de las sectas gnósticas a principios de nuestra era.

ALEPO: Ciudad de Siria.

ALFALIM: O Hulpalim, especie de mono (y no de pájaro como dice Flaubert) que vivía alimentándose sólo de viento como el Ahuti.

AMENTI o AMENTES: Infiernos en la religión egipcia; las almas de los muertos iban a él para ser juzgadas.

AMÓN: Dios egipcio identificado a Júpiter. Se le representa en forma de un hombre con cabeza de carnero.

AMÓN, SAN: Monje fundador de los Monasterios de Nitria. Murió hacia 345-350. Cuando murió, cuenta San Atanasio que Antonio fue avisado milagrosamente de su muerte.

AMONARIA: Una virgen llamada Amonaria murió mártir en Alejandría en 250. Tal vez sea ella quien da origen al personaje de Flaubert.

AMOR: A pesar de la mayúscula, no debe tratarse aquí del dios Amor, sino de la pasión amorosa.

AMSASPENDAS: Espíritus del bien en la antigua religión del Irán. Ormuz es el primero y creador de los Amsaspendas.

ANAXÁGORAS: Filósofo griego nacido en el año 500 antes de nuestra era.

ANCIRA: Hoy Ankara.

ANFITRITE: Diosa del mar. Casó con Poseidón, fue madre de Tritón y de gran número de ninfas.

ÁNGELES: En la religión judeo-cristiana, criaturas espirituales superiores al hombre, inferiores a Dios. Se hallan jerarquizadas según diferentes sistemas.

ANTIOQUÍA: Ciudad de Siria.

ANTONIO, SAN: Anacoreta 251-356.

APELES: Discípulo de Marción. Al igual que su maestro, rechazaba el Antiguo Testamento, pero, al contrario de éste, no reconocía más que un solo principio divino.

APIS: Buey sagrado adorado en Menfis. "Símbolo viviente de Osiris."

APOLINARISTAS: Sectarios de Apolinario el Joven, obispo de Laodicea, quien aseguraba que, en Cristo, el espíritu humano había sido sustituido por el Logos divino.

APOLONIO (de Tiana): Filósofo neopitagórico, nacido en Tiana y muerto en Éfeso en 97. Recorrió Siria, Egipto, Persia y la India. Su figura se halla envuelta en un halo de leyendas. Se lo consideraba una mezcla de mago, visionario y taumaturgo. Su reputación siguió aumentando tras su muerte, hasta tal punto que llegaron a convertirlo en un rival de Cristo. La "Vida de Apolonio", escrita por Filóstrato, tiene seguramente mucho de fábula.

ARCHIGALO: Gran sacerdote del culto a Cibeles.

ARCONTE: Título dado a los nueve magistrados que ejercían el poder en Atenas en la época clásica. Uno de ellos, el Arconte rey, era el encargado del culto y juzgaba los crímenes de impiedad y homicidio. Su mujer desempeñaba un papel en las Leneas, fiestas dedicadas a Baco

ARCÓNTICOS: Secta gnóstica de la segunda mitad del siglo IV, que propaló hasta Armenia doctrinas extraídas de los libros sethianos.

ARICIA: Antigua ciudad del Lacio. Virbio era honrado allí en el templo de Diana.

ARISTÓFANES: (h. -445h. -385) Comediógrafo ateniense. Máximo representante de la comedia ática antigua; componían su producción unas 44 obras, de las cuales únicamente se conservan once, y que, por regla general, ofrecen el siguiente esquema: su protagonista acomete seriamente algún proyecto desatinado y la pieza, en su desarrollo, nos presenta el éxito o fracaso de aquél. El tema de la paz, utilizado en contra de la guerra del Peloponeso, aparece en *Los acarnianos*, *La Paz* (defensa del tratado de Nicias) y *Lisístrata*, en la que las mujeres niegan el débito conyugal a sus maridos para obligarles a poner fin a la guerra; *Las Tesmoforias* y *Las ranas* van dirigidas contra el arte corruptor representado por Eurípides. En *Las nubes* se satiriza a Sócrates y a los sofistas, y en *Las avispas*, la afición ateniense a los procesos judiciales. *Los caballeros* es un libelo político contra la demagogia de Cleón; en *Las aves* se ofrece un asombroso reino imaginario, mientras que en *La asamblea de las mujeres* se presenta a las mujeres congregadas para decretar la comunidad de bienes y también de mujeres, y en *Plutón* aparece el dios de las riquezas, que recobra la vista para distribuir equitativamente los dones de la fortuna. El teatro de Aristófanes refleja en conjunto sus inclinaciones aristocráticas y conservadoras, tanto en la censura de la demagogia como en la de los sofistas y la de Eurípides, y se caracteriza por una gran agilidad inventiva, el pintoresco lirismo de los coros y el propósito moral subyacente a su espíritu satírico y mordaz. Una de las mayores fuentes de la comicidad aristofanesca es la alternancia de fantasía y realidad. Se dirige a los espectadores, los insulta o pide su opinión. Algunas escenas son groseras o convencionales, dignas de la farsa megarense; pero en las comedias aristofanescas las bromas, las exaltaciones líricas de la naturaleza y las fantasías extrañas dan como resultado un espectáculo armónico y completamente nuevo.

AROMÁTICAS (región de las plantas): La costa norte de Somalia.

ARISTEO: Hijo de Apolo y de la ninfa Cirene. Enseñó a los hombres el cuidado de las abejas y el cultivo de la vid. Tras haberse instalado en Tracia, desapareció en el monte Hemos. “Es inmortal, es dios y hombre a un mismo tiempo.”

ARRIO: Heresiarca de Alejandría. Según sus tesis, Jesucristo no era el verdadero Dios, sino que sólo se lo podía llamar así de manera figurada. El Verbo era la primera de las criaturas de Dios, por quien había sido creado para, a su vez, ser creador del mundo. Su doctrina fue condenada en el concilio de Nicea.

ARSENIO: Obispo de Hypsele. Los melecianos acusaron a Atanasio de haber ordenado

que lo matasen. Luego, cuando se demostró que aún estaba con vida, también siguieron acusando a Atanasio de haber tratado de quemarlo vivo prendiendo fuego a su casa tras haberle encerrado en ella.

ARTIMPASA: Diosa de la luna para los escitas.

ASCITAS: herejes del siglo II. Uno de sus ritos consistía en bailar ante un odre lleno, que simbolizaba el ser ellos mismos aquellos odres nuevos de que habla Jesús en el Evangelio de San Mateo.

ASTOFAIOS: Genio del agua de los ofitas. Su nombre pudo sacarse de las designaciones de la divinidad en los textos bíblicos.

ASTOMI: Pueblo fabuloso del que habla Plinio. Los astomi no tienen boca, viven del aire y de los olores que respiran.

ATANASIO, San: Padre de la Iglesia. Discípulo de Antonio. Fue consejero de Alejandro, patriarca de Alejandría; lo acompañó al concilio de Nicea y contribuyó mucho a la condenación de Arrio. Sucedió a Alejandro y acusado por enemigos personales, además de por los arrianos, ante el emperador Constantino, fue condenado, depuesto y desterrado en varias ocasiones, y luego restablecido en sus funciones. Entre sus numerosos escritos, *La vida y conducta de nuestro padre San Antonio* es una fuente biográfica principal concerniente al santo ermitaño.

ATIS: Pastor de Anatolia del que se enamoró Cibele. Como él se resistía, ella lo hizo volverse loco y él se castró. Atis iba asociado a las fiestas de Cibele que coincidían con la primavera.

AUDIANOS: Discípulos de Audio. Éste nació en Mesopotamia, era de costumbres muy austeras y reprochaba crudamente a los obispos y sacerdotes sus más ligeras faltas. De ahí las disensiones que terminaron con un cisma tras el concilio de Nicea.

AXÍERO, AXIOCERSO Y AXIOCERSA: Los tres Cabiros principales en la religión de Samotracia. Axiocerso es el principio masculino, junto a Axiocersa, el principio femenino y Axíero el amor. Eran divinidades misteriosas cuyo principal santuario se hallaba en Samotracia, pero se las adoraba en todas partes, incluso en Egipto.

B

BAARAS: Planta maravillosa que, según dice Flavio Josefo (historiador judío 37 d. J.C.) servía para contrarrestar los hechizos. "Es muy difícil arrancar esa raíz, pues huye siempre, sin parar."

BAASA: Ciudad de Etiopía.

BABEL: Nombre hebreo de Babilonia.

BACANTES: Hombres y mujeres que participaban en las Banales o fiestas de Baco, de carácter orgiástico. Las bacantes eran llamadas asimismo Ménades o “mujeres poseídas”. Estos dos términos designan también a seres de naturaleza divina, del séquito de Baco.

BACTRIANA: Región de Asia Central, al este de Persia.

BAIA o BAIAS: Ciudad de recreo y termal, cerca de Nápoles, muy frecuentada en la antigüedad.

BALAAM: Adivino y brujo de Mesopotamia. Llamado por el rey Moab para maldecir a los hebreos, maltrató a su burra que se dejó detener por un ángel de Yahvé, y ella le reprochó su crueldad. El ángel inspiró a Balaam, en lugar de maldiciones, bendiciones y profecías.

BALACIO: Prefecto del emperador Constancio. Despreció las cartas que le escribió Antonio con motivo de la expulsión de Atanasio y murió cinco días más tarde, tras haber sido mordido por un caballo furioso.

BALIS (Planta): Planta que, según Plinio, cura las mordeduras de las serpientes y según otros, resucita a los muertos.

BARAOMATAS: Pueblo de la India.

BARBATO: Una de las divinidades indigentes, es decir, cuya función se limita a un acto preciso y que preside al crecimiento, para los romanos.

BARBELO: Eón femenino cuyo nombre quiere decir: hija del Señor. Fue honrada especialmente por una serie de sectas llamadas "barbelognósticas": barbelitas, ofitas, nicolaítas y simonianos.

BARCUF o BARCOF: Profeta ficticio a quien Basíledes atribuía ciertas revelaciones.

BARDESANES: Fundador de una escuela gnóstica en Siria. Nació en 154 y murió en 22. Filósofo versado en astrología, empezó por combatir la doctrina gnóstica de Marción y por proclamar, con peligro de su vida, su fe cristiana. Su sistema se asemeja al de Valentino. Comprende siete parejas de eones, emanaciones del Dios Supremo y potencias creadoras del mundo. Éste es gobernado por otros poderes inferiores que residen los siete planetas y las doce constelaciones del zodiaco. Bardesanes había compuesto ciento cincuenta himnos de inspiración gnóstica.

BASILISCO: Serpiente fabulosa cuya mirada tenía el poder de matar.

En el curso de las edades, el Basilisco se modifica hacia la fealdad y el horror y ahora se lo olvida. Su nombre significa “pequeño rey”; para Plinio el Antiguo (VIII, 33), el Basilisco era una serpiente que en la cabeza tenía una mancha clara en forma de corona. A partir de la Edad Media, es un gallo cuadrúpedo y coronado, de plumaje amarillo, con grandes alas espinosas y cola de serpiente que puede terminar en un garfio o en otra cabeza de gallo. El cambio de la imagen se refleja en un cambio de nombre; Chaucer, en el siglo

XIV, habla del *basilicock*. Uno de los grabados que ilustran la *Historia Natural de las Serpientes y Dragones* de Aldrovandi le atribuye escamas, no plumas, y la posesión de ocho patas (ocho patas tiene, según la Edda Menor, Sleipnir, el caballo de Odín).

Lo que no cambia es la virtud mortífera de su mirada. Los ojos de las gorgonas petrificaban; Lucano refiere que de la sangre de una de ellas, Medusa, nacieron todas las serpientes de Libia: el Aspid, la Anfisbena, el Amódite, el Basilisco. El pasaje está en el libro noveno de la Farsalia; Jáuregui lo traslada así al español:

El vuelo a Libia dirigió Perseo,
Donde jamás verdor se engendra o vive;
Instila allí su sangre el rostro feo,
Y en funestas arenas muerte escribe;
Presto el llovido humor logra su empleo
En el cálido seno, pues concibe
Todas sierpes, y adúltera se extraña
De ponzoñas preñadas la campana...

La sangre de Medusa, pues en este
Sitio produjo al Basilisco armado
En lengua y ojos de insanable peste,
Aun de las sierpes mismas recelado:
Allí se jacta de tirano agreste,
Lejos hiera en ofensas duplicado,
Pues con el silbo y el mirar temido
Lleva muerte a la vista y al oído.

El Basilisco reside en el desierto; mejor dicho, crea el desierto. A sus pies caen muertos los pájaros y se pudren los frutos; el agua de los ríos en que se abreva queda envenenada durante siglos. Que su mirada rompe las piedras y quema el pasto ha sido certificado por Plinio. El olor de la comadreja lo mata; en la Edad Media, se dijo que el canto del gallo. Los viajeros experimentados se proveían de gallos para atravesar comarcas desconocidas. Otra arma era un espejo; al Basilisco lo fulmina su propia imagen.

Los enciclopedistas cristianos rechazaron las fábulas mitológicas de la Farsalia y pretendieron una explicación racional del origen del Basilisco. (Estaban obligados a creer en él, porque la Vulgata traduce por “basilisco” la voz hebrea Tsepha, nombre de un reptil venenoso.) La hipótesis que logró más favor fue la de un huevo contrahecho y deforme, puesto por un gallo e incubado por una serpiente o un sapo. En el siglo XVII, Sir Thomas Browne la declaró tan monstruosa como la generación del Basilisco. Por aquellos años, Quevedo escribió su romance *El Basilisco*, en el que se lee:

Si está vivo quien te vio,
Toda tu historia es mentira,
Pues si no murió, te ignora,
Y si murió no lo afirma.

BASÍLIDES: Filósofo gnóstico de Alejandría. Afirmaba enseñar la auténtica doctrina cristiana tras haberla recibido –según decía él– de un intérprete de San Pedro, Glaucias. En sus sistema, las emanaciones del Dios Supremo son trescientas sesenta y cinco (de ahí el

nombre numérico de Abraxas para designar al Pleroma). Sus sucesores le dieron al Redentor el nombre de Kaulakau. Consideraban que gracias a la redención, las almas humanas, pese a su encadenamiento al mundo material, son elevadas y transportadas al mundo intelectual. Afirmaban que Jesús no fue crucificado, sino que lo sustituyó en la cruz Simón el cireneo y proclaman que los perfectos no tenían por qué obedecer a ninguna ley moral.

BELO: El Dios supremo de Caldea.

BENDIS: Entre los antiguos tracios, diosa de la Luna identificada en Grecia con Ártemis y Hécate. Su culto se extendió por Grecia y Asia Menor.

BIBLOS: Puerto de Fenicia. La Leyenda cuenta que Isis fue allí para recuperar el ataúd de Osiris, encerrado en una columna de madera que sostenía los desvanes del palacio.

BIZOR: Río de Palestina meridional.

BLEMIOS: Monstruos sin cabeza, con una boca y unos ojos inmóviles en el pecho, según Plinio. Situaba a este pueblo fabuloso al sur de Egipto o en Etiopía.

BOSTRA o BUSRA: Ciudad de Siria, capital de la Arabia romana.

BUDA: Sakyamuni, sabio hindú, profeta y fundador del budismo (560 – 480 antes de nuestra era). La palabra Buda indica a los que poseen la ciencia perfecta y la razón suprema, pero se aplica especialmente a Sakyamuni. El budismo se fue separando progresivamente del brahmanismo.

BUENA DIOSA: Apodo de Cibele.

BRAHMÁN: Sacerdote de la religión de Brahma o brahmanismo.

BRITOMARTIS: Divinidad cretense compañera de Ártemis. Inventó las redes para cazar (o según otra leyenda, fue salvada de perecer ahogada gracias a unos pescadores).

C

CABIROS: Divinidades de origen fenicio que se adoraban en Egipto y en algunos lugares de Grecia (Samotracia, Tebas): Herodoto los llama hijos de Hefesto.

CAFF: Según el Zend-Avesta, montaña que salió de Albordj, la montaña originaria mística.

CAINITAS: Secta gnóstica del siglo II que honraba a todos los perseguidos por el Dios de los judíos: Caín, Esaú, los habitantes de Sodoma y Gomorra, etc. Su libro santo era el Evangelio que atribuían a Judas (bienhechor de la humanidad por haber entregado a Cristo únicamente para que se cumpliera la redención).

CALIXTO, San: Papa de 217 a 222. Murió mártir o al menos víctima de un motín y fue

considerado como tal. Se lo había acusado sin razón de herejía sobre la Trinidad.

CAMENA: Designación latina de las Musas. Aquí, diosa secundaria encargada de enseñar a cantar.

CANOPE, río de: Brazo del Nilo en el que se hallaba situada la ciudad de Canope (tal vez Abukir).

CAOS: El estado confuso del mundo y particularmente de la tierra antes de que el Creador ordenase los elementos.

CAOSYAC -o más bien Saoshyant- : el "Salvador último" o "Salvador del final de los tiempos" en la antigua religión persa.

CAPADOCIA: Región de Asia Menor.

-Falsa profetisa de Mujer que en el siglo III recorrió Capadocia anunciando el final del mundo.

CARIDAD: Virtud teológica de los cristianos. Uno de los Eones en la doctrina de Valentino.

CARNA: Diosa romana de la carne. Su misión era apartar a las Éstriges, demonios femeninos alados, que le chupan la sangre a los recién nacidos.

CARPOCRAS o CARPÓCRATES: Jefe de la escuela gnóstica de Alejandría hacia 120.

CARPOCRACIANOS: Discípulos de Carpócrates. Se caracterizaban principalmente por su eclecticismo: consideraban a Pitágoras, Platón, Moisés y Jesús como a grandes hombres que accedieron a la verdad. En cuanto a su moral, consistía en desechar toda regla: "el alma debe haber experimentado todo cuando muera", escribe San Ireneo, porque sino, deberá reencarnarse. Establecieron una comunidad de mujeres sumidas al mayor libertinaje, acaso con el fin de agotar el mal por el mal.

CASANIANOS, Montes: Montes de Arabia occidental.

CATOBLEPAS: Animal fabuloso parecido a un toro salvaje, del que hablan Plinio y Eliano.

Plinio (VIII, 32) cuenta que en los confines de Etiopía, no lejos de las fuentes del Nilo, habita el Catoblepas.

“Fiera de tamaño mediano y de andar perezoso. La cabeza es notablemente pesada y al animal le da mucho trabajo llevarla; siempre se inclina hacia la tierra. Si no fuera por esta circunstancia, el Catoblepas acabaría con el género humano, porque todo hombre que le ve los ojos, cae muerto.”

Catoblepas, en griego, quiere decir “que mira hacia abajo”. Cuvier ha sugerido que el gnu (contaminado por el basilisco y por las gorgonas) inspiró a los antiguos el Catoblepas.

CENTAURO: Animal fabuloso mitad hombre y mitad caballo. Constelación.

El Centauro es la criatura más armoniosa de la zoología fantástica. “Biforme” lo llaman las Metamorfosis de Ovidio, pero nada cuesta olvidar su índole heterogénea y pensar que en el mundo platónico de las formas hay un arquetipo del Centauro, como del caballo o del hombre. El descubrimiento de ese arquetipo requirió siglos; los monumentos primitivos y arcaicos exhiben un hombre desnudo, al que se adapta incómodamente la grupa de un caballo. En el frontón occidental del Templo de Zeus, en Olimpia, los centauros ya tienen patas equinas; de donde debiera arrancar el cuello del animal arranca el torso humano.

Ixión, rey de Tesalia, y una nube a la que Zeus dio la forma de Hera, engendraron a los Centauros; otra leyenda refiere que son hijos de Apolo. (Se ha dicho que “centauro” es una derivación de gandharva; en la mitología védica, los Gandharvas son divinidades menores que rigen los caballos del sol). Como los griegos de la época homérica desconocían la equitación, se conjetura que el primer nómada que vieron les pareció todo uno con su caballo y se alega que los soldados de Pizarro o de Hernán Cortés también fueron Centauros para los indios.

“Uno de aquellos de caballo cayó del caballo abajo; y como los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fue tanto el miedo que tuvieron que volvieron las espaldas dando voces a los suyos, diciendo que se había hecho dos haciendo admiración dello: lo cual no fue sin misterio; porque a no acaecer esto, se presume que mataran todos los cristianos”, reza uno de los textos que cita Prescott.

Pero los griegos conocían el caballo, a diferencia de los indios; lo verosímil es conjeturar que el Centauro fue una imagen deliberada y no una confusión ignorante.

La más popular de las fábulas en que los Centauros figuran es la de su combate con los lapitas, que los habían convidado a una boda. Para los huéspedes, el vino era cosa nueva; en mitad del festín, un Centauro borracho ultrajó a la novia e inició, volcando las mesas, la famosa Centauromaquia que Fidias, o un discípulo suyo, esculpiría en el Partenón, que Ovidio cantaría en el libro duodécimo de las Metamorfosis, y que inspiraría a Rubens. Los Centauros, vencidos por los lapitas, tuvieron que huir de Tesalia. Hércules, en otro combate, aniquiló a flechazos la estirpe.

La rústica barbarie y la ira están simbolizadas en el centauro, pero “el más justo de los Centauros, Quirón” (Iliada, XI, 832), fue maestro de Aquiles y de Esculapio, a quienes instruyó en las artes de la música, de la cinegética, de la guerra y hasta de la medicina y la cirugía. Quirón memorablemente figura en el canto duodécimo del *Infierno*, que por consenso general se llama “canto de los centauros”. Véanse a este propósito las finas observaciones de Momigliano, en su edición de 1945.

Plinio dice haber visto un Hipocentauro, conservado en miel, que mandaron de Egipto al emperador.

En la *Cena de los siete sabios*, Plutarco refiere humorísticamente que uno de los pastores de Periandro, déspota de Corinto, le trajo en una bolsa de cuero una criatura recién nacida que una yegua había dado a luz y cuyo rostro, pescuezo y brazos eran humanos y lo demás equino. Lloraba como un niño y todos pensaron que se trataba de un presagio espantoso. El sabio Tales lo miró, se rió y dijo a Periandro que realmente no podía aprobar la conducta de sus pastores.

En el quinto libro de su poema *De rerum natura*, Lucrecio afirma la imposibilidad del Centauro, porque la especie equina logra su madurez antes que la humana y, a los tres años, el Centauro sería un caballo adulto y un niño balbuciente. Este caballo moriría cincuenta años antes que el hombre.

CEPO: Animal fantástico descrito por Eliano y que se parece a un cinocéfalo.

CERCOPESES: Pueblo fabuloso que vivía en una isla cerca e África o de Sicilia. Zeus los convirtió en monos y Heracles los encadenó.

CERDÓN: Heresiarca sirio que nació a principios del siglo II. Tuvo por discípulo a Marción. Decía que “la legislación de Moisés y las enseñanzas de los profetas no son fruto de la inspiración divina”.

CERES: Genios que, en la Iliada, asumen la imagen del Destino que se lleva a los muertos; eran representadas con alas negras, dientes blancos y uñas afiladas.

CERINTO: Heresiarca gnóstico de fines del siglo I . Nacido en Judea. Para él y sus discípulos, Jesús era un hombre más, con ciertos poderes y virtudes superiores. Cristo había bajado a él y luego había subido al Pleroma.

CERINTIANOS: Discípulos de Cerinto. Al igual que los ebonitas, adoptaron el Evangelio de los hebreos.

CESAREO: Templo de César en Alejandría.

CIBELES: Diosa de origen frigio, llamada también la “Buena Diosa”, la Buena Madre de las montañas, la “Madre Grande”. Personificaba a la tierra nutricia. Durante las fiestas de Cibele, cuando regresaba Atis, se celebraba una fiesta salvaje durante la cual los fieles se herían con chuchillos. Los sacerdotes de Cibele debían someterse a la castración, al menos el gran sacerdote o Archigalo.

CILICIA: Región de Asia Menor.

CIMERIOS: Pueblo nómada de las regiones situadas al norte del Mar Negro.

CINOCÉFALOS: Etimología: "cabeza de perro". Este término designa a una raza de monos cuya cabeza presenta un gran parecido con la de los perros. El cinocéfalo era un animal sagrado para los egipcios. Flaubert emplea este término hablando de Anubis, al que convierte curiosamente en mono y después, refiriéndose a una raza de animales fabulosos, hombres con cabeza de perro, cuya descripción encontró en Eliano.

CIPRIANO, San: Padre de la iglesia nacido en Cartago hacia 210. Obispo de Cartago en 249. Durante la persecución de Decio, en 250, se escondió durante un año lejos de Cartago, cosa que fue objeto de críticas. Instituyéndose jefe de la Iglesia de África, intentó después que sus colegas de Roma admitieran sus opiniones sobre la actitud a tomar con los herejes y los que habían abjurado de su fe. Murió mártir en Roma en 258.

CIRCONCELIONES: Sectarios de África del Norte en el siglo IV, que manifestaban una rebeldía a la vez social, religiosa y quizá nacionalista. Reunidos en bandas anárquicas, se dedicaban al pillaje. Compartían la doctrina de los donatistas, que reclamaban una Iglesia independiente del poder político, proclamaban que la validez de los sacramentos depende

del valor del que los confiere y exigían de los cristianos que fuesen al encuentro del martirio.

CLAUDIO DRUSO: Emperador Nerón.

CERBERO o CANCERBERO: Si el Infierno es una casa, la casa de Hades, es natural que un perro la guarde; también es natural que a ese perro lo imaginen atroz. La *Teogonía* de Hesíodo le atribuye cincuenta cabezas; para mayor comodidad de las artes plásticas, este número ha sido rebajado y las tres cabezas del Cancerbero son del dominio público. Virgilio menciona sus tres gargantas; Ovidio, su triple ladrido; Butler compara las tres coronas de la tiara del Papa, que es portero del Cielo, con las tres cabezas del perro que es portero de los Infiernos (*Hudibras*; IV;2). Dante le presta caracteres humanos que agravan su índole infernal: barba mugrienta y negra, manos uñasas que desgarran, entre la lluvia, las almas de los réprobos. Muerde, ladra y muestra los dientes.

Sacar el Cancerbero a la luz del día fue el último de los trabajos de Hércules. Un escritor inglés del siglo XVIII, Zachary Grey, interpreta así la aventura:

“Este Perro con Tres Cabezas denota el pasado, el presente y el porvenir, que reciben y como quien dice, devoran todas las cosas. Que fuera vencido por Hércules prueba que las Acciones heroicas son victoriosas sobre el Tiempo y subsisten en la Memoria de la Posteridad.”

Según los textos más antiguos, el Cancerbero saluda con el rabo (que es una serpiente) a los que entran en el Infierno, y devora a los que procuran salir. Una tradición posterior lo hace morder a los que llegan; para apaciguarlo era costumbre poner en el ataúd un pastel de miel.

En la mitología escandinava, un perro ensangrentado, Garmr, guarda la casa de los muertos y batallará con los dioses, cuando los lobos infernales devoren la luna y el sol. Algunos le atribuyen cuatro ojos; cuatro ojos tienen también los perros de Yama, dios brahmánico de la muerte.

El brahmanismo y el budismo ofrecen infiernos de perros, que, a semejanza del Cerbero dantesco, son verdugos de las almas.

CLEMENTE, San: Clemente I, obispo de Roma del 89 al 97 aproximadamente. Le fueron atribuidos numerosos escritos apócrifos.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA: (150-215) Padre griego de la Iglesia que intentó reconciliar la tradición antigua con el pensamiento de la Biblia, elaborando una gnosis cristiana. Atacado por los que estimaban suficiente la fe y el conocimiento inútil, fue acusado de herejía y se ignora si murió en el seno de la iglesia. Nació probablemente en Atenas, dotado de gran ingenio y deseosísimo de aprender, se hizo iniciar en los misterios de Eleusis, convertido a la religión de Cristo.

- Escritos: 3 principales: el *Protréptico*; *Pedagogo*; (*Stromata*)= especie de miscelánea, cuyo objetivo principal es el de enseñar la verdadera gnosis, es decir, la perfección cristiana; y describir al verdadero gnóstico, es decir, el cristiano perfecto. Hay que añadir una homilía exegética sobre la posibilidad para los ricos de salvarse, con tal que hagan buen uso de sus riquezas y aparten su corazón de los bienes de la tierra. El gran mérito de C está en oponer una verdadera gnosis a la falsa gnosis. C distingue una doble clase de cristianos, los que se contentan con la fe en cuanto tal, y los que se esfuerzan por profundizar sus misterios y obtener la gnosis, es decir la ciencia perfecta.

CNIDO: Ciudad de Caria, en Asia Menor, célebre por la estatua de Afrodita de Praxíteles que allí se encontró.

COLINA: Diosa romana de las colinas.

COLIRIDIANOS: Herejes del siglo IV que consideraban a la Virgen como una Diosa. Su nombre proviene de la clase de pasteles (en griego *collyra*) que le ofrecían en sacrificio.

COLZIM O COLZUM: Montaña que baja hasta el Mar Rojo, en los alrededores de Suez. Ciudad del mismo nombre, según la cual fue bautizado el mar Rojo: Bahar ad Colzum.

COMARIA: Probablemente el cabo Comorin, promontorio que se halla en el extremo meridional del Indostaní.

CONSTANTINO: Emperador romano (280-337). Convertido al cristianismo, reconoció su culto oficialmente. Defendió a los cristianos ortodoxos contra los herejes y convocó en Nicea el primer concilio ecuménico, en el que participó activamente. No obstante, llamó más tarde a los arrianos cuya doctrina había condenado dicho concilio y exilió a su adversario Atanasio.

CONSUS: Divinidad del buen consejo en Roma.

CRÉPITO: Este dios, según Alfred Maury, es un “invento moderno”.

CRISPO: Hijo de Constantino el Grande. Su madrastra Fausta lo acusó de un amor culpable e indujo a Constantino a que lo hiciera asesinar.

CRISTO: La palabra Cristo significa "ungido". Se empleaba primeramente para indicar a toda persona marcada por el sello divino en razón de alguna importante misión. Aplicado a Jesús por sus primeros fieles (los cristianos), este título acabó por estar únicamente referido a él. Pero varias sectas gnósticas distinguían entre el hombre Jesús y Cristo que, en su doctrina, era uno de los Eones del Pleroma, principio divino que mantenía con Jesús unas relaciones que variaban según los sistemas.

CTESIFONTE: Ciudad de Babilonia a orillas del Tigris. Fue la capital de Persia durante el reinado de los reyes partos. Sobre las ruinas de Ctesifonte fueron construidas Bagdad y El-Madaïn.

CUBRICO: El primer nombre de Manés según los teólogos griegos.

D

DAIRA: Uno de los nombres de Proserpina o Perséfone.

DAMIS: Personaje sin duda histórico, discípulo de Apolonio de Tiana y cuyas memorias sirvieron a Filóstrato para escribir su Vida de Apolonio.

DANIEL: Profeta hebreo de la casa real de David. Estando cautivo en Babilonia explicó los sueños de Nabucodonosor y éste, prosternándose ante él, reconoció que el dios de Daniel era el Dios de los dioses.

DÉCIMA: En Roma, diosa que velaba sobre el décimo mes del embarazo, si éste se prolongaba.

DEDAÏMS por DUDAÏM: Palabra hebrea. Especie de mandrágora.

DEMETRIO: Seguramente Demetrio I , rey de Macedonia, muerto en 284 antes de nuestra era.

DEMIURGO: El creador del mundo. Término empleado por Platón y después por Plotino y los gnósticos. Varias escuelas gnósticas asimilan al Demiurgo -última emanación del Dios supremo-con el Dios de los judíos Yahvé.

DESPONA: Diosa de los arcadios que la asimilaban a Ceres.

DIONISIO, San –de Alejandría-: Obispo en 247. Durante la persecución de Decio, escapó a la muerte, pero tuvo que marcharse de Egipto. Pidió medidas de clemencia a Novaciano para los que habían flaqueado durante las persecuciones. Era un intelectual discípulo de Orígenes.

DGIAN-BEN-DGIAN: Héroe de una leyenda oriental, constructor mítico de las pirámides, cuyo escudo (tan famoso entre los orientales como el de Aquiles entre los griegos) había sido fabricado mágicamente.

DIANA: Diosa de la virginidad y de la luna.

-(..... de Éfeso). Figura que reunía los atributos de diferentes divinidades, símbolo de la naturaleza y de la fecundidad, objeto de culto en Éfeso.

DÍDIMO: Teólogo griego de Alejandría. Ciego desde los cuatro años, fue sin embargo maestro de la escuela de Alejandría y tuvo por alumnos, entre otros, a San Jerónimo (pero no a San Antonio: nacido hacia el 311 y muerto en 398, tenía sesenta años menos que él).

DOMIDUCA: Divinidad romana. Según San Agustín, velaba sobre el regreso a casa del romano que salía de paseo. Para Flaubert, es una de las denominaciones de Juno. Se trata de la divinidad patrocinadora del matrimonio.

DOMITILA: Cristiana de la familia de los Flavios, exiliada por Domiciano. Se cree que recibió el martirio.

DOMINA D’ALEP (Domnina): Mártir en la persecución de Maximiliano. Denunciada por su marido que era pagano, fue apresada junto con sus dos hijas. Para evitar la brutalidad de los soldados, se lanzaron las tres al río y se ahogaron. Su caso, próximo al suicidio, requirió una serie de interpretaciones por parte de los padres de la Iglesia.

DOSITEO: Samaritano del siglo I . Fue uno de los primeros autores del gnosticismo, maestro y émulo de Simón el Mago.

E

EBIONITAS: Secta que nació, según Epifanio, en un grupo judeocristiano, refugiado en Pella tras la toma de Jerusalén por los romanos. Afirmaban la necesidad de pasar por la revelación judaica, sus ritos y sus símbolos, para entrar en la revelación cristiana. El rasgo principal de sus creencias era el de ver en Jesús "a un hombre igual que los demás, nacido de José y de María".

ECIO: Heresiarca del siglo IV, discípulo de Arrio y jefe de la secta de los ecianos.

EDUCA: Probablemente EDEA, y también EDUSA, que presidía la acción de comer, en especial la de los niños, así como Potina presidía la de beber: diosa local de Roma.

ELEFANTINA: Isla formada por el Nilo frente a Asuán, que conserva vestigios de muelles faraónicos. Allí existían varios templos construidos.

ELOHIM: Uno de los nombres de Dios en la Biblia.

ELQUESAÍTAS: Discípulos de Elquesai. Herejes próximos a los ebionitas y, al igual que ellos, respetuosos de la antigua ley. Afirmaban que Jesús era un simple profeta y que el Espíritu Santo es la hermana de Cristo.

ELVIRA: Ciudad prerromana situada cerca de la actual Granada, que primeramente se llamó Iliberis y después Elvira.

EMATH: Ciudad de Siria sobre el Oronto.

ELISA: El nombre de Elisa designa a Dido, la fundadora de Cartago, y por extensión, a la misma ciudad.

ENCRATITAS: Secta del siglo II que reprobaba el matrimonio (se abstenían de comer carne y de beber vino y consideraban el matrimonio como una abominación). Fundaban sus creencias en libros apócrifos que ellos decían ser escritos por San Pablo o por Santo Tomás.

ENNOIA: "El pensamiento" en el sistema de Simón el Mago. El primer pensamiento de Dios, madre de todo lo existente. Expuesta a la metempsicosis, esclava de las leyes y de las formas del mundo material, fue en sus migraciones objeto de continuas ignominias por parte de los espíritus rebeldes. Simón pretendía haber hallado ese "primer pensamiento" encarnado en una esclava, Helena, a quien había comprado en Tiro.

EONES: Según los platónicos y los gnósticos, potencias eternas emanadas del Ser y que posibilitan su acción sobre las cosas. Los eones, para los gnósticos, son emanaciones de la divinidad y participan de su naturaleza. La palabra eón, según parece, significa eterno (del

griego *aiôn*, tiempo).

EFRAIM: Segundo hijo de José que dio nombre a una de las doce tribus de Israel.

ERICTONIO: Héroe ateniense cuya leyenda procede de un desdoblamiento de la de Erecteo. Divinidad agrícola de un simbolismo bastante confuso. La leyenda dice que fue hijo de Gea (la tierra), fecundada por Hefesto tras haber sido desairado por Atenea. Esta última lo recogió al nacer y lo encerró en un cofrecillo que entregó a las hijas de Cécrope, primer rey de Atenas. Éstas, a su vez, desobedeciendo a la diosa, abrieron el cofre donde encontraron al niño rodeado de serpientes o transformado en serpiente. Por eso se lo representa en forma de serpiente o de hombre-serpiente.

ERÓSTRATO: Efesio que, para inmortalizar su nombre, incendió el templo de Ártemis, en Éfeso.

ESCIÁPODES: Pueblo fabuloso que habitaba en Libia o Etiopía, mencionado especialmente por Plinio y Filóstrato.

ESCULAPIO: Dios romano de la Medicina, identificado con el Asclepio griego. Honrado especialmente en Epidauro. Tras ofrecer los sacrificios al Dios, los devotos que iban allí a curarse pernoctaban en los pórticos del templo. Al alba comenzaba el complejo ceremonial de Asclepio en el que desempeñaban un papel importante las serpientes sagradas, atributo divino.

ESFINGE: La Esfinge de los monumentos egipcios (llamada “Andro-esfinge” por Herodoto, para distinguirla de la griega) es un león echado en la tierra y con cabeza de hombre; representaba, se conjetura, la autoridad del rey y custodiaba los sepulcros y templos. Otras, en las avenidas de Karnak, tienen cabeza de carnero, el animal sagrado de Amón. Esfinges barbadas y coronadas hay en los monumentos de Asiria y la imagen es habitual en las gemas persas. Plinio, en su catálogo de animales etiópicos, incluye las Esfinges, de las que no precisa otro rasgo que “el pelaje pardo rojizo y los pechos iguales”.

La esfinge griega tiene cabeza y pechos de mujer, alas de pájaro, y cuerpo y pies de león. Otros le atribuyen cuerpo de perro y cola de serpiente. Se refiere que asolaba el país de Tebas, proponiendo enigmas a los hombres (pues tenía voz humana) y devorando a quienes no sabían resolverlos. A Edipo, hijo de Yocasta, le preguntó:

“¿Qué ser tiene cuatro pies, dos pies o tres pies, y cuantos más tiene es más débil?” (Así es, parece, la versión más antigua. Los años le agregaron la metáfora que hace de la vida del hombre un solo día. Ahora se formula de esta manera: ¿Cuál es el animal que anda en cuatro pies a la mañana, en dos al mediodía, y en tres a la tarde?)

Edipo contestó que era el hombre, que de niño se arrastra en cuatro pies, cuando es mayor anda en dos y en la vejez se apoya en un báculo. La Esfinge, descifrado el enigma, se precipitó desde lo alto de su montaña.

De Quincey, hacia 1849, sugirió una segunda interpretación, que puede complementar la tradicional. El sujeto del enigma, según De Quincey, es menos el hombre genérico que el individuo Edipo desvalido y huérfano en su mañana, solo en la edad viril y apoyado en Antígona en la desesperada y ciega vejez.

ESPERANZA: Una de las virtudes teologales para los cristianos; uno de los Eones en la

doctrina de Valentino.

ESPIRIDIÓN: Obispo de Trimitonte (Chipre). Miembro importante del concilio de Nicea.

ESPÍRITU SANTO: del griego *pneuma hagion*. Dios mismo, Donador, el Espíritu (Juan 3:6) a diferencia de espíritu santo, el don (Hechos, 1:8; 2:4). La tercera persona de la Trinidad, mayormente para los católicos cristianos.

ESPORO: Ese personaje del séquito de Nerón es mencionado por Suetonio.

ESTESÍCORO: Poeta lírico griego de la primera mitad del siglo VI antes de nuestra era. Según la leyenda, se quedó ciego por haberse expresado irreverentemente respecto a Helena, pero recobró la vista al componer la *Palinodia*. Los simonianos relacionan esta leyenda con Helena-Ennoia.

ESTÍMULA: Divinidad latina que despertaba el deseo.

ÉSTRIGES: Demonios o vampiros que merodeaban en la noche y se bebían la sangre de los niños.

ESTINFALIA: Las estinfálides eran pájaros que se alimentaban con carne humana. Sus plumas eran armas mortíferas. Heracles acabó con ellas.

ESQUILINA: Puerta de Roma de donde parte el camino de Tíbur.

EUNOSTO: Puerto occidental de la antigua Alejandría.

EURÍNOMO: Genio subterráneo mencionado por Pausanias y que devoraba cadáveres.

EUSEBIO: Este hombre santo, cuyas mortificaciones son un ejemplo para Antonio, podría ser Eusebio de Cesarea, o el obispo de Samosata, perseguido y martirizado en 380 “por su celo religioso”, o San Eusebio de Vercelli, que fue relegado a la alta Tebaida.

EUSEBIO DE CESAREA: Padre de la Iglesia, teólogo y el “mejor historiador de los primeros siglos del cristianismo”. Fue uno de los grandes defensores de la doctrina de Orígenes. En el concilio de Nicea mostró simpatía hacia Arrio. Su espíritu conciliador lo llevó a enfrentarse con Atanasio, a cuya deposición contribuyó más tarde llamando de nuevo a Arrio.

EUSTACIO: Carecemos de información sobre este “tesorero”. En sus notas sobre Atanasio, Flaubert lo cita como uno de los “principales oficiales de la corte”.

EUSTOLIA: Mujer amada por Leoncio, obispo de Antioquía.

EVANGELIO DE EVA: Escrito gnóstico de inspiración panteísta, en el que se creía se hallaba contenida “La primera revelación contra el Creador, hecha a la primera mujer por el genio Ofis, es decir, por el genio serpiente”.

EVANGELIO DE JUDAS: Evangelios apócrifos de los cainitas o judaítas; el único que, a su entender, presenta la redención tal cual fue.

EVANGELIO DE LOS HEBREOS: Evangelio adoptado por los ebionitas, los cerintinianos, los nazarenos. Pasaba por ser el original hebreo del evangelio canónico de San Mateo. Al parecer, se trata más bien de un refrito o desarrollo de dicho original.

EVANGELIO DE TOMÁS: Evangelio utilizado por los encratitas. El texto de este evangelio (en realidad, un compendio de “palabras de Jesús” de mediados del siglo II) fue hallado en 1947 en Nag -hammedi, con otros cuarenta escritos perdidos de origen gnóstico.

EVANGELIO DEL SEÑOR: Evangelio de Marción, texto del Evangelio según San Lucas, arreglado y mutilado por Marción y que el heresiarca atribuía al mismo Jesús.

EZEQUIÁS: Rey de Judá de 716 a 687 antes de nuestra era. Al igual que su antepasado David, combatió el culto a los ídolos. Rompió la serpiente de bronce fabricada por Moisés.

F

FABULINO: Divinidad romana que enseñaba a los niños a hablar.

FALMANT: Monstruo fabuloso.

FARO: Isla que cierra el puerto de Alejandría, en la que habían construido una torre de mármol blanco llamada asimismo Faro, en cuya cima se mantenían hogueras para guiar con su luz a los navíos. El Faro de Alejandría era una de las siete maravillas del mundo.

FERALIA: La palabra significa: día de las ofrendas. Fiestas romanas en honor a los dioses manes o almas de los antepasados.

FERUEROS: En la antigua religión persa, los espíritus de tercera clase en el reino de Ormuz. Son ejemplo para todos los seres. Combaten a los malos espíritus y protegen a los hombres piadosos.

FILAE: Isla del Nilo en el Alto Egipto. Isla santa cuyo templo principal estaba dedicado a Isis.

FILOLAO: Filósofo y matemático griego. Desarrolló una teoría astronómica afirmando que la tierra daba vueltas alrededor del sol.

FLAVIO: Tito Flavio Vespasiano, el emperador Vespasiano.

FE: Una de las virtudes teologales para los cristianos; uno de los Eones en la doctrina de Valentino.

FRAORTES: Rey filósofo de la India que recibió a Apolonio y lo envió a ver a Iarcas.

G

GANGÁRIDAS: Pueblo de las orillas del Ganges.

GELUDAS: Especie de vampiros.

GITTOI o GITTA: en Samaria. Lugar donde nació Simón el Mago.

GLAUCO: Hijo de Minos y de Pasifae. Muerto al caer en un jarrón de miel, fue resucitado por una planta milagrosa que trajo una serpiente, tal vez el dios Esculapio.

GNOSIS: Conocimiento religioso superior al de los simples creyentes. Empleado aquí como nombre propio, la palabra designa el conjunto de las doctrinas de los gnósticos.

-GNOSTICISMO: Las tendencias o pretensiones de obtener la GNOSIS (conocimiento) absoluta, por vías eminentemente místicas y extáticas. Tendencia religioso-filosófica de los primeros siglos de la Era Cristiana, que tuvo su sede principal en Egipto y Alejandría. El término fue aplicado a varias escuelas o sectas de pensadores religiosos que pretendían poseer un conocimiento extraordinariamente profundo e íntimo de los misterios sagrados, reservados únicamente a unos pocos iniciados. Estas escuelas fueron independizándose paulatinamente al comprender que en detalle sus doctrinas eran heterodoxas y dispares, aunque observaban plena coincidencia en sus puntos fundamentales: la existencia de un Ser Supremo del cual emanaron los Eones, manifestaciones de los atributos particulares de Dios, que constituyen su pleroma o plenitud. La materia es esencialmente mala pues ha sido creada por un Eón caído, el Demiurgo, o por algún otro poder maligno. Por esta razón el cuerpo carece de importancia. La misión de Cristo fue traer la Gnosis a los hombres que fueran dignos de él. Por lo que a la vida práctica respecta, algunos gnósticos menospreciaban el cuerpo y todo placer físico, mortificando la carne y llevando una vida de severo ascetismo; otros, en cambio, sostenían que quienes poseen la Gnosis están por encima de las reglas morales que gobiernan la conducta de los no-iniciados. Los gnósticos establecieron un nexo entre sus doctrinas y las del cristianismo, de aquí que los Padres de la Iglesia lucharan violentamente contra ellos. La literatura gnóstica, con sus prescripciones astrológicas, sus referencias egipcias, su fe en las piedras preciosas y en la magia es ampliamente estudiada en la Edad Media y aparece casi simultáneamente con la literatura cristiana apócrifa, en la que se encuentran frecuentes alusiones a los hechos mágicos descritos por Apuleyo y Apolonio. Las sectas gnósticas más importantes fueron la de los Valentinianos y la de los Mandeos o Sabeos. Por su parte, los más altos exponentes de la doctrina fueron Basílides, Saturnino, Bardesanes, Valentino, Carpócrates y Marción, todos de la escuela alejandrina; Simón el Mago y Menandro de la corriente caldeo-siria y Taciano y Cerinto de origen asiático. Existen pocas fuentes originales de conocimiento directo sobre las doctrinas gnósticas y la principal consiste en la versión copta de un manuscrito titulado "Pistis_Sophia", única obra auténtica gnóstica que se posee. Existen también varios códices como el "Bruce", que lleva el nombre de su descubridor, James Bruce (1730-1794) y el "Jung", hallado en 1948. También son motivo de estudio las "Actas gnósticas de Levicius Charinus". 1. Los gnósticos, admitiendo cierto dualismo irreductible, tienen una idea muy elevada de Dios que habita lejos del mundo material, y una idea muy baja de la materia que ejerce un influjo nefasto en el corazón del hombre que se apega a ella. Entre Dios y la materia son necesarios unos seres intermedios llamados Eones, que, por lo menos en algún sistema, proceden de dos en dos (macho y

hembra): la primera pareja emana de Dios, la segunda de la primera, y así sucesivamente. Pero en la medida que se alejan del Primer Principio, se hacen cada vez más imperfectas: se someten a una degradación progresiva. Normalmente, hubo una verdadera desviación: un Eón prevaricador, o producido por otro Eón prevaricador, que fue echado fuera del mundo de los Eones, es decir, del "pleroma divino", y que produjo una nueva serie de Eones para, finalmente, crear el mundo material y los hombres. Este Eón, llamado también *Demiurgo*, se identifica con el Dios de los judíos. Pero no todo es malo en el hombre: hay también una chispa del "pleroma divino", o bien porque el Demiurgo la robó y luego la puso en sus criaturas a partir de las cuales se propaga incesantemente, o bien porque otro Eón, sin saberlo, lo dejó caer en el hombre. Esta "encarnación" de un elemento divino en la materia constituye el pecado original, es decir, la caída primitiva del género humano. Una primera consecuencia se refiere a los mismos hombres: se dividen en tres categorías según la proporción que existe entre el elemento divino y la materia. En los espirituales o "pneumáticos" (es decir, en los gnósticos) el elemento divino domina y, por consiguiente, están seguros de su propia salvación; en los cristianos llamados "psíquicos" o animales (en el sentido paulino), hay equilibrio entre ambos elementos y por eso tiene la posibilidad de salvarse; en los materiales o "hílicos" (los paganos) domina la materia y, por tanto, están irrevocablemente excluidos de la salvación. Más aún, en la restauración general, que tendrá lugar al fin del mundo, serán destruidos junto con la materia. Una segunda conclusión se refiere a la liberación del elemento divino encerrado en la materia: se efectúa por medio de la redención realizada por Cristo no con su muerte en la cruz, sino con su predicación, sobre todo con la revelación de algunos misterios secretos hecha, y luego transmitida a algunos discípulos predilectos (entre los que está María Magdalena). Cristo no es el Verbo encarnado, sino un Eón, bajado del "pleroma divino", que no tiene un verdadero cuerpo humano (docetismo: es sólo hombre en apariencia) y se unió a un verdadero hombre llamado Jesús, habitando en él desde el momento del bautismo hasta la vigilia de la pasión. Una última conclusión concierne a la actitud que hay que tomar ante la materia, esencialmente mala, y por tanto la doctrina moral. Unos sostienen que se puede, e incluso se debe abusar de la materia y predicar la moral del laxismo (así Carpócrates que propone junto al comunismo de los bienes el de las mujeres, enseñado ya por Platón en la República 5, 6); otros, en cambio, profesan la moral de la abstinencia (encratismo: del griego $\epsilon\upsilon\kappa\rho\acute{\alpha}\tau\epsilon\iota\alpha$ = templanza), especialmente del uso de la carne y del vino (incluso en la celebración de la misa: se llaman "acuarios") y del matrimonio como si fuese una cosa pecaminosa. Los sistemas gnósticos son eclécticos: utilizan elementos tomados de la religión cristiana (por ej. la idea de la caída original y de Cristo redentor); de la filosofía, especialmente de la platónica (por ej. la idea de un mundo perfecto y de un mundo imperfecto, irreductiblemente opuestos el uno al otro); de las religiones orientales, en especial de los misterios (por ej. la idea de seres intermedios dispuestos por parejas, entre Dios y el mundo); de la mistagogia (por ej. el uso de ritos misteriosos y de fórmulas mágicas). Entre los grandes adversarios, en el siglo II, está San Ireneo de Lyon, el único cuya refutación se ha conservado por entero. 2.-Especial mención merece Marción, el adversario más terrible de la Iglesia en el siglo II. Hijo de un obispo del Ponto y excomulgado por su propio padre, se estableció finalmente en Roma donde se apartó totalmente de la fe cristiana, fundando una iglesia propia con una verdadera jerarquía y un verdadero culto litúrgico. Su doctrina se reduce fundamentalmente a un antagonismo radical entre el A. y el N. Testamento, es decir, entre el Dios creador de los judíos y el Dios padre de los cristianos, entre la justicia y la venganza que caracterizan el A.T. y el amor que es la nota característica del N.T.; la doctrina del N.T. se halla en un único

evangelio, que es el de Lucas, y en diez epístolas de San Pablo, pero todo mutilado e interpolado por Marción. Se impone una rigurosa ascesis a sus seguidores, tanto en el comer y beber como en las relaciones sexuales: el matrimonio está absolutamente prohibido, de modo que no se administra el bautismo si los casados no se separan. Su gran adversario, a comienzos del siglo III es Tertuliano. 3.-Afin al gnosticismo es el maniqueísmo: no es un sistema cristiano ni una herejía en el sentido estricto del término, pero merece mencionarse, porque su fundador pretendía proponer una nueva religión en la que todas las demás se fusionaran, y también porque al irse propagando, el maniqueísmo adoptó numerosos elementos de la religión cristiana, ejerció una fuerte atracción en muchos cristianos y fue refutado varias veces por escritores cristianos. En la segunda mitad del siglo IV hallará su mayor adversario en San Agustín. Los paulicianos y los bogomilos de los siglos VII y VIII, los albigenses del siglo XIII son algunas de sus lejanas derivaciones. El gnosticismo surge hacia fines del S. I o principios del II y sobrevivió por lo menos en parte hasta el siglo V.

GIMNOSOFISTA: Palabra derivada del griego, que significa "sabio o filósofo que está desnudo o casi desnudo." Nombre dado por los autores de la Grecia clásica a los ascetas o filósofos indios que se abstendían de carne, renunciaban a toda clase de voluptuosidades y se entregaban a la contemplación. Vivían en extrema austeridad en el seno de la naturaleza. Hoy en día hay también gimnosofistas, no sólo en la India, sino también en varias comarcas de África.

GREGORIO: Seguramente Gregorio el Taumaturgo, discípulo de Orígenes (210-270). Obispo de Neocesarea en 240. Evangelizó, junto con su hermano Atenodoro, el interior de la parte oriental de Asia Menor.

GRIFO: Animal fabuloso, cuya descripción toma Flaubert de Eliano. Su función consistía en guardar los tesoros y especialmente los de Apolo.

“Monstruos alados”, dice de los Grifos Herodoto, al referir su guerra continua con los Arimaspos; casi tan impreciso es Plinio, que habla de las largas orejas y del pico curvo de estos “pájaros fabulosos” (x, 70). Quizá la descripción más detallada es la del problemático Sir John Mandeville, en el capítulo ochenta y cinco de sus famosos *Viajes*:

“De esta tierra (Turquía) los hombres irán a la tierra de Bactria, donde hay hombres malvados y astutos, y en esa tierra hay árboles que dan lana, como si fueran ovejas, de la que hacen tela. En esa tierra hay *ypotains* (hipopótamos) que a veces moran en la tierra, a veces en el agua, y son mitad hombre y mitad caballo, y sólo se alimentan de hombres, cuando los consiguen. En esa tierra hay muchos Grifos, más que en otros lugares, y algunos dicen que tienen el cuerpo delantero de águila, y el trasero de león, y tal es la verdad, porque así están hechos; pero el Grifo tiene el cuerpo mayor que ocho leones y es más robusto que cien águilas. Porque sin duda llevará volando a su nido un caballo con el jinete, o dos bueyes uncidos cuando salen a arar, porque tiene grandes uñas en los pies, del grandor de cuerpos de bueyes, y con éstas hacen copas para beber, y con las costillas, arcos para tirar.”

En Madagascar, otro famoso viajero, Marco Polo, oyó hablar del *roc* y al principio entendió que se referían al *uccello grifone*, al pájaro Grifo. (*Viajes*, III, 36).

En la Edad Media, la simbología del Grifo es contradictoria. Un bestiario italiano dice que significa el demonio; en general, es emblema de Cristo, y así lo explica Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*: “Cristo es león porque reina y tiene la fuerza; águila, porque,

después de la resurrección , sube al cielo.”

En el canto veintinueve del *Purgatorio*, Dante sueña con un carro triunfal tirado por un Grifo; la parte de águila es de oro, la de león es blanca, mezclada con bermejo, por significar, según los comentadores, la naturaleza humana de Cristo. Estos recuerdan la descripción del Esposo en el *Cantar de los Cantares* (v, 10-11): “ Mi amado, blanco y bermejo...; su cabeza como oro.” Blanco mezclado con bermejo da el color de la carne.

Otros entienden que Dante quería simbolizar al Papa, que es sacerdote y rey. Escribe Didron, en su *Iconografía cristiana*: “El Papa, como pontífice o águila, se eleva hasta el trono de Dios a recibir sus órdenes, y como león o rey anda por la tierra con fortaleza y con vigor.”

H

HARPÓCRATES: En la región egipcia: hijo segundo de Isis y de Osiris, hermano pequeño de Horus, Harpócrates nació tras la muerte de su padre.

HECATOMBEÓN: Séptimo y después primer año ateniense en el que se celebraban las panateneas (julio-agosto).

HECATONQUIROS: Gigantes hijos de Urano y de Gea. Estaban dotados de cincuenta cabezas y cien brazos cada uno y pertenecían a la misma generación que los titanes y los cíclopes. Eran tres: Coto, Briareo y Gíes o Giges.

HEGESIAS: Moralista griego de la escuela cirenaica, que vivió hacia 300 a. De J.C. Con él, el hedonismo se inclina hacia el pesimismo y la desesperanza. El único bien es el placer y el hombre no puede alcanzarlo. Por tanto, lo único que puede hacer es morir. Hegesias fue llamado el PEISTHÁNATOS (el que aconseja la muerte).

HELENA: Compañera de Simón el Mago, esclava prostituta que él había comprado en Tiro. Él la consideraba como Ennoia, el primer pensamiento de Dios, siendo él Dios, el primer Dios. El nombre de Helena hace referencia, sin duda, a la heroína de la guerra de Troya que era objeto de culto en diferentes lugares.

HELIÓPOLIS: Ciudad del Bajo Egipto.

HELVIDIANOS: Discípulos de Helvidio, hereje del siglo IV. Negaba la virginidad perpetua de María y sostenía que la virginidad no era un estado superior al del matrimonio. Fue combatido por San Jerónimo.

HERÁCLITO: (h. -535-h. -475). Filósofo griego. Floreció de -504 a -500. Se le llama con frecuencia *el Oscuro* por la dificultad que encierran los fragmentos que se conservan de su obra (Sobre la naturaleza, según Diógenes Laercio). W. Jaeger cree que estaba compuesta por aforismos, dada la rotundidad de su estilo. Adjudicó un principio material a todas las cosas y se asemeja a los eleatas por su doctrina del *logos*, principio normativo del universo y del hombre, según el que “todas las cosas son y son conocidas”. Sin embargo , su punto de partida es absolutamente opuesto al del esencialista Parménides, ya que atribuye realidad a lo concreto, múltiple y cambiante, es decir, a un universo formado por contrarios en perpetua oposición, a los que el *logos* conduce a síntesis armónica.

Interpretado a veces como un relativista por su afirmación del cambio, probablemente exagerada en el *Cratilo* de Platón y en la exposición que de él hace Aristóteles en su *Metafísica*, hoy es generalmente considerado como un gran metafísico y como el fundador de la dialéctica.

HERMAS: Profeta cristiano de Roma, autor del *El pastor*, tratado de penitencia lleno de visiones apocalípticas. Había sido esclavo de una mujer llamada Horda, de la que se enamoró estando casado, cosa que ella le reprochó apareciéndosele en el cielo. También se le apareció una anciana que representaba a la Iglesia.

HERMES: Monumentos erigidos a lo largo de los caminos en honor al dios Hermes, dios de los viajeros. Se trataba de unos pilares cuadrados sobre los que ponían un busto con muñones en lugar de brazos, para colgar las coronas que se le ofrecían. En la parte delantera del fuste de la columna había una representación del miembro viril.

HERMÓGENES: Heresiarca del siglo II que trató de conciliar la doctrina estoica y los dogmas cristianos. Afirmaba la eternidad de la materia y afirmaba que el cuerpo de Cristo no había subido a los cielos, sino al sol.

HÉRNICOS O HERMIANOS: Discípulos de Hermías, quien enseñaba en Galacia las doctrinas del filósofo Saleuco.

HORAS: Hijas de Zeus y de Temis. Distribuían las lluvias y el rocío y cerraban las puertas del Olimpo. Presidían las bodas de los dioses y la vida de los hombres. Pasaron a simbolizar las estaciones del año y sus productos, bajo cuyo aspecto fueron incorporadas a la mitología romana, siendo asociadas a Ceres.

HILARIÓN: Anacoreta que se halla en el origen del monaquismo en Palestina. Hacia 307, al volver de una visita a San Antonio, se instaló en soledad cerca de Gaza. Otros muchos anacoretas se instalaron en torno a él, en Palestina y hasta en Siria.

HIMNIA: Nombre con el que se veneraba a Ártemis en Orcomenes.

HIRCANIA, Mar de: Mar Caspio.

HOMA: En la antigua religión persa, profeta suscitado por Ormuz y fundador de la Magia. Se le honraba en forma de árbol sagrado que simbolizaba su naturaleza de "árbol del conocimiento y de la vida". Existe otro mito diferente: El Homa es una planta que se convierte en Dios; es también un licor que se extrae de dicha planta y da la inmortalidad.

HOMAI: Los árabes creen que el alma de un hombre asesinado, cuando no ha sido preso su asesino, se convierte en un "homai" que canta eternamente sobre su tumba un canto de mal augurio.

HOMERITAS: Nombre dado por los griegos antiguos a los himyaríes, pueblo de Arabia meridional.

HOMBRE: Uno de los Eones en la doctrina de Valentino.

HOSTILINO (es más corriente el femenino Hostilina): Diosa invocada en el Lacio para que crezcan bien las espigas.

HULA: Lago de Palestina al que atraviesa el Jordán.

I

IAARAB: Antiguo rey de Saba.

IABDALAOTH o IALDABAOTH: El Demiurgo o Creador en la doctrina de los ofitas. Su nombre hebreo significa hijo de las tinieblas. Es a un mismo tiempo Satán y Yahvé.

IAKSHCHAB: Antiguo rey de Saba, hijo de Iaarab.

IAO: Otra forma del nombre de Yahvé o Jehová.

IARCAS: Sabio hindú que enseñó a Apolonio las ciencias ocultas, especialmente el arte de adivinar.

IGLESIA: En la doctrina de Valentino, Eón de la primera serie de ocho Eones. El Eón Iglesia es una emanación del Monogenes (la Inteligencia, hijo único del Dios supremo) al igual que la Iglesia cristiana es una emanación de Jesucristo.

INTELIGENCIA: Nombre del Monogenes o Hijo único del Dios supremo, uno de los primeros Eones en la doctrina de Valentino.

ISIS: Divinidad egipcia, hermana y mujer de Osiris que poco a poco fue convirtiéndose en la madre universal. La búsqueda de Osiris asesinado es un elemento importante en su leyenda y en su culto.

ISACAR: Una de las doce tribus de Palestina, cuyo nombre es el de uno de los hijos de Jacob.

ISEDONIA: Región de la Escitia asiática.

IUKNETH: Los judíos mencionan en el Talmud a un pájaro monstruoso al que llaman Iukneth.

IXIÓN: Héroe tesalio, rey de los lapitas. Zeus lo condenó por sus crímenes a ser atado a una rueda ardiendo (o rodeada de serpientes) que giraría eternamente en los Infiernos.

IZEDS: Segunda serie de genios creados por Ormuz en la antigua religión persa. Son los que gobiernan al mundo.

J

JENÓFANES: Filósofo griego del siglo VI antes de nuestra era, fundador de la escuela de Elea.

JESÚS: Fundador de la religión cristiana. Los cristianos ven en él al Mesías anunciado en los libros santos. Lo llaman Cristo (ungido del Señor) y reconocen dos naturalezas en él: divina (es Dios Hijo, segunda persona de la Trinidad) y humana. Muchas sectas heréticas se separan de la ortodoxia en esto de la doble naturaleza de Cristo y tan pronto le niegan la divinidad como la humanidad. En la doctrina de Valentino el Monógenes o Hijo único de Dios (llamado "Nous: Inteligencia") engendró a Cristo para restablecer el orden en el Pleroma, la calma; los Eones crearon, para glorificar al Ser supremo, al Eón Jesús "primogénito de la creación, así como el Monógenes fue el primogénito de la emanación" y redentor del mundo inferior, del mismo modo que Cristo lo había sido del Pleroma.

JUAN: Obispo de la iglesia de Persia que participó en el concilio de Nicea.

JUANA: Mujer de Cuza, mayordomo de Herodes. Es una de las santas mujeres a las que nombra Lucas en su Evangelio.

JUDAS: Apóstol de Jesús que lo entregó a sus enemigos. Los cainitas lo reverencian, puesto que gracias a su traición pudo realizarse la redención.

JUNONIA: Una de las Islas afortunadas (hoy Islas Canarias).

K

KAIOMORTZ: El primer hombre en la antigua religión persa. Salió del costado derecho del toro Abud, en el que Ormuz había puesto la semilla de la vida.

KALANOS: Sabio hindú. Cicerón cuenta que se dio muerte en una hoguera en presencia de Alejandro.

KASTAN: Cahtan, rey de Saba.

KASTUR: Nombre etrusco de Cástor, uno de los Dioscuros de "hijos de Zeus" (el otro es Pólux, en etrusco Pulutuk). Los Dioscuros, hermanos de Helena y de Clitemnestra, fueron divinizados.

KAULAKAU: Nombre que los basilidianos daban al Salvador. La expresión "qav la qav" se encuentra en Isaías, XXVIII, 10; aparece como el balbuceo de un niño mediante el cual se ridiculiza los discursos del profeta, juzgados incomprensibles. Para Matter significa en hebreo "norma de la norma", y en la versión de "los Setenta", "esperanza de la esperanza", calificaciones que se aplicaban a la redención, que daba al mundo inferior el mundo superior por norma y que presentaba, según Basílides, a cada grado de la "pístis" (fe) un grado correspondiente de "elpís" (esperanza).

KNUFIS: Para los gnósticos de Egipto, una de las transformaciones del Dios supremo. Corresponde a Kneph, dios serpiente egipcio. Es el espíritu bueno, el creador del mundo.

L

LAFRIA: Nombre bajo el cual se veneraba a Ártemis (Diana) en Patrás.

LARVAS: Fantasmas malhechores en la antigua Roma. Se creía que las larvas eran espectros de hombres criminales o de víctimas de una muerte violenta que habían quedado sin sepultura. Erraban entre los vivos, los aterrorizaban y les producían epilepsia. Se les representaba como seres fantasmales que producían ruido, o como esqueletos.

LÉMURES o LEMURES: Espíritus maléficos según los romanos, análogos a la Larvas. Habitaban en los artonados de las casas.

A diferencia de los Lares de la familia, que protegían a los suyos, los Lémures, que eran la almas de los muertos malvados, erraban por el mundo infundiendo horror a los hombres. Imparcialmente torturaban a los impíos y a los justos. En la Roma anterior a la fe de Cristo, celebraban fiestas en su honor, durante el mes de mayo. Las fiestas se llamaban Lamurias. Fueron instituidas por Rómulo, para apaciguar el alma de Remo, a quien había ejecutado. Una epidemia asoló a Roma, y el oráculo, consultado por Rómulo, aconsejó esas fiestas anuales que duraban tres noches. Los templos de las otras divinidades se clausuraban y estaban prohibidas las bodas.

Era costumbre arrojar habas sobre las tumbas o consumirlas por el fuego, porque el humo ahuyentaba a los Lemures. También los espantaban los tambores y las palabras mágicas. El curioso lector puede interrogar Los Fastos de Ovidio.

LEONCIO: Sacerdote de Antioquía. Habiéndosele prohibido cohabitar con una muchacha llamada Eustolia, se castró, lo que no impidió a su obispo destituirlo. Llegó, no obstante, a ser obispo hacia 348. Terminó creyendo en la herejía arriana.

LIBITINA: Diosa del Lacio que presidía los funerales. Se la asimilaba con Proserpina.

M

MACARIO: Anacoreta egipcio llamado el Viejo y el Grande. Ordenado sacerdote, discípulo de San Antonio, se retiró al desierto de Libia. El obispo arriano de Alejandría, Lucio, lo desterró a una isla. Allí convirtió a gran número de paganos. Se le atribuyen cartas, homilías y opúsculos ascéticos que ejercieron una fuerte influencia en la mística oriental (301-391).

MANDRÁGORA: Planta a la que atribuían los antiguos virtudes secretas.

Como el Boramez, la planta llamada Mandrágora confina con el reino animal, porque grita cuando la arrancan; ese grito puede enloquecer a quienes lo escuchan (*Romeo y Julieta*, IV, 3). Pitágoras la llamó “antropomorfa”; el agrónomo latino Lucio Columela, “semi-homo”, y Alberto Magno pudo escribir que las Mandrágoras figuran la humanidad con la distinción de los sexos. Antes, Plinio había dicho que la Mandrágora blanca es el macho y la negra es la hembra. También, que quienes la recogen trazan alrededor tres círculos con la espada y miran al poniente; el olor de las hojas es tan fuerte que suele dejar mudas a las personas. Arrancarla era correr el albur de espantosas calamidades; el último libro de la *Guerra judía* de Flavio Josefo nos aconseja recurrir a un perro adiestrado. Arrancada la planta, el animal muere, pero las hojas sirven para fines narcóticos, mágicos y

laxantes.

La supuesta forma humana de las Mandrágoras ha sugerido a la superstición que éstas crecen al pie de los patíbulos. Browne (*Pseudodoxia Epidémica*, 1646) habla de la grasa de los ahorcados; el novelista popular Hans Heinz Ewers (*Alraune*, 1913), de la simiente. Mandrágora, en alemán, es *Alraune*; antes se dijo *Alruna*; la palabra trae su origen de *runa*, que significó “misterio”, “cosa escondida”, y se aplicó después a los caracteres del primer alfabeto germánico.

El Génesis (XXX, 14) incluye una curiosa referencia a las virtudes generativas de la Mandrágora. En el siglo XII, un comentador judeo-alemán del *Talmud* escribe este párrafo:

“Una especie de cuerda sale de una raíz en el suelo y a la cuerda está atado por el ombligo, como una calabaza, o melón, el animal llamado Yadu’a, pero el Yadu’a es en todo igual a los hombres: cara, cuerpo, manos y pies. Desarraiga y destruye todas las cosas, hasta donde alcanza la cuerda. Hay que romper la cuerda con una flecha, y entonces muere el animal.”

El médico Discórides identificó la Mandrágora con la circea, o “hierba de Circe”, de la que se lee en la *Odisea*, en el libro décimo:

“La raíz es negra, pero la flor es como la leche. Es difícil empresa para los hombres arrancarla del suelo, peor los dioses son todopoderosos.”

MANÉS o MANES o MANI: Fundador del maniqueísmo, al que puede considerarse como una verdadera religión gnóstica. Nació en Babilonia hacia 216 y murió hacia 277. Fue educado, según parece, en un medio judeo-cristiano, pero también influyó en él Zoroastro, del que adoptó un dualismo mucho más radical que el de las sectas gnósticas anteriores. Familiarizado con creencias mandeas, gnósticas y cristianas, habría recibido revelaciones espirituales desde su juventud y fue iniciado en los Misterios de Mithra. Para Manés, Cristo es un principio de luz que ha venido a manifestarse a los hombres; las almas justas, después de la muerte, suben a los astros en donde son purificadas mediante el fuego antes de elevarse al imperio de la luz; las almas manchadas, en cambio, van reencarnándose hasta su total purificación. Manés predicaba una doctrina muy ascética. Llevó, durante cuarenta años, vida de misionero a través de Asia Central, India y China; cuando regresó a Persia, una conspiración de magos obtuvo su condena. Fue despellejado, decapitado y disecado.

-Maniqueísmo: Religión oriental de carácter dualista fundada por Manes hacia el año 242. Animada por un gran celo misionero, esta religión se extendió por Oriente y Occidente llegando hasta Europa y el Asia Central. Sus elementos constitutivos se remontan a Babilonia y Persia, y a influencias de carácter cristianas, mitraístas y budistas. Los conceptos fundamentales del sistema maniqueo son la existencia de dos principios eternos que luchan entre sí, un reino bueno de luz y uno malo de las tinieblas, al cual pertenece todo lo material y corpóreo. De ambos parten emanaciones que se mezclan en el mundo y en el hombre. Para separar esta mezcla vinieron todos los profetas, entre ellos Cristo y Mani, con un cuerpo de mera apariencia. Esta separación se lograba a modo de autosotería (propia redención), la cual tenía dos grados: el superior, propio de los "perfectos" o "puros", comprendía el saber (gnosis) y la abstención del matrimonio, de carne y vino y de trabajos manuales; el inferior, propio de los "oyentes" se limitaba a la observancia de los diez mandamientos. Existía también la teoría de los tres momentos: pasado, presente y futuro. El Maniqueísmo suprimió el libre albedrío y rechazó el Antiguo Testamento y parte del Nuevo. San Agustín fue "oyente" por espacio de nueve años antes de su conversión al cristianismo. El Maniqueísmo fue perseguido ferozmente por los

emperadores bizantinos y los pontífices romanos, sin embargo su influencia parece haber perdurado hasta el S. XIII, pues sus ideas reaparecen en cátaros, albigenses, bogomilos y valdenses. La literatura esotérica menciona que los maniqueos son una orden oculta de elevada espiritualidad y algunos autores sostienen que es aún más importante que el movimiento Rosacruz y que actuará en la sexta época. Según Rudolf Steiner, Mani fue un alto enviado de Cristo e iniciado con una experiencia espiritual directa del Misterio del Gólgota, ya que el misterio del bien y del mal tiene su culminación interpretativa y esotérica a través del drama crístico. Las enseñanzas de Mani influenciaron a los rosacruces y a los Templarios, corrientes espirituales que se determinaron en el cristianismo esotérico. Se dice que en la actualidad en Sudamérica, en la Puna de Atacama, reside una orden oculta del mismo nombre.

-Error de Manes (o Mani): combinación de elementos heréticos del judaísmo y del cristianismo (del tipo del gnosticismo) con un fondo de ideas mazdeístas (dualismo) y extremo-orientales (en especial budistas). San Agustín lo combatió después de haberse separado de él (el primero es el *De moribus Ecclesiae*). Constituido una perpetua amenaza para la fe católica en la edad media. Se ha señalado justamente el papel que ha representado en un cierto falso espiritualismo que distingue toda una parte de la literatura cortés, especialmente de la lengua de Oc.

MARCELO DE ANCIRA: Obispo de Ancira (300-374). Combatió a los arrianos en el concilio de Nicea.

MARCIÓN: Heresiarca del siglo II nacido en Sínope. Hijo, según se cree, de un obispo. Fue armador de buques y llegó a ser muy rico. Excomulgado en el año 144 por herejía, entabló relación con Cerdón. Había concebido un sistema que cortaba el cristianismo de todas sus raíces y enfrentaba al “padre desconocido” de los cristianos (el Dios Bueno, el Dios Supremo) y al dios de los judíos, culpable de haber impuesto a los hombres la ley nefasta de Moisés. Para devolver a la Revelación toda su pureza, se dedicó a escoger y a estudiar los libros sagrados de los cristianos. Sólo retuvo un evangelio: el de Lucas, aunque lo expurgó y llamó *Evangelio del Señor*.

MARCIONITAS: Discípulo de Marción. Constituyeron una verdadera iglesia cismática que sobrevivió a su jefe varios siglos.

MARCOSIANOS: Discípulos de Marcos llamado “el Mago”, que basaba sus enseñanzas en la escuela de Valentino. Conocemos sus ritos por San Ireneo: bautismos en diversas formas, aspersiones de aceite sobre los moribundos, eucaristía por la sangre de la madre celeste; celebraban también unas “bodas espirituales” tal vez licenciosas.

MAREOTIS, lago: Laguna del delta del Nilo, al sur de Alejandría.

MARTÍCORA o MANTÍCORA: Animal fantástico cuya descripción encontró Flaubert en Eliano y en la “Vida de Apolonio”, III, 45. La martícora, en la mitología persa, se hallaba a la cabeza del reino impuro, mientras que el unicornio presidía el de los animales puros.

Plinio (VIII, 30) refiere que, según Ctesias, médico griego de Artajerjes Mnemón, “hay entre los etíopes un animal llamado Mantícora; tiene tres filas de dientes que calzan entre sí como los de un peine, cara y orejas de hombre, ojos azules, cuerpo carmesí de león y cola que termina en un aguijón, como los alacranes. Corre con suma rapidez y es muy

aficionado a la carne humana; su voz es parecida la consonancia de la flauta y de la trompeta.”

MAXIMILA: Una de las profetisas del montanismo.

MEGIDO, Valle de: Valle de Palestina entre el Tabor y el Carmelo.

MELQUISEDEC: Rey de Salem, sacerdote del Altísimo. Bendijo a Abraham. La secta de los que llevaban su nombre colocaba a Melquisedec por encima del Salvador terrestre, pretendiendo que asistía a los ángeles en la obra de su perfeccionamiento moral, así como Jesús asistía a los hombres. Melquisedec era, pues, a sus ojos, el salvador celestial.

MELECIANOS: Miembros de la iglesia cismática dirigida por Melecio, obispo de Licópolis, en Egipto, a principios del siglo IV. El obispo de Alejandría excomulgó a Melecio; el concilio de Nicea, en cambio, se mostró conciliador esperando, en vano, que se reintegrara a la unidad católica. También Atanasio tuvo conflictos con los melecianos.

MELISO: Filósofo griego de la escuela de Elea, siglo V antes de nuestra era.

MENA o MENE: Divinidad del Lacio, hija de Júpiter, bajo cuya dirección se hallaban las purificaciones mensuales de las mujeres.

MENIPO: Joven corintio que se enamoró de una empusa con forma de mujer, a quien desenmascaró Apolonio el día de su matrimonio.

MERINTIANOS: Herejes que negaban la naturaleza divina de Jesús.

MESQUIA y MESQUIANÉ: Adán y Eva en la antigua mitología del Irán. Cuando murió Kaiomortz, su simiente cayó al suelo; de allí salió un árbol que tenía, en lugar de frutos, diez parejas humanas entre las que se encontraban Mesquia y Mesquiané, los antepasados de la raza humana. Éstos fueron seducidos por Ahrimán, quien les presentó unos frutos que les hicieron perder casi todas sus beatitudes.

MESALIANOS: Secta gnóstica que afirmaba el poder de la oración y rechazaba el trabajo como si fuera un pecado. "Pasan el tiempo durmiendo y sin hacer nada" (Timoteo: "Sobre los Mesalianos", citado por Lacarrière, 125). Rechazaban también toda liturgia. No tenían ni iglesia ni altar, ni sacramentos.

METODIO: Obispo, teólogo y escritor griego, primero discípulo y luego adversario de Orígenes, muerto hacia 311. "Metodio dice en propios términos que el Verbo se une al comienzo a la persona de Adán, pero como Adán pecó, el Verbo volvió a unirse al hombre en la persona de Cristo."

MILETO: Ciudad de Asia Menor (Las vírgenes de). Cansadas de la vida quisieron suicidarse. Les impidieron realizar sus propósitos amenazándolas con exponer en público sus cadáveres desnudos.

MIMALONEIDAS: Las Mimalonas son "Amazonas báquicas".

MINOS: Hijo de Zeus. Rey y legislador de Creta. Tuvo numerosos hijos de su mujer Pasifae, entre los cuales se cuentan Deucalión, Glauco, Ariadna y Fedra. Tras su muerte, se convirtió en juez de los infiernos.

MIRAG: "Liebre cornuda que habitaba a las orillas del mar."

MITRA o Mithra: Antiguo dios de Persia e India, donde es dios del día según los Vedas; jefe de los Izeds en la antigua religión persa. La iniciación a los misterios de Mitra se acompañaba de pavorosas pruebas. Hasta el siglo VI. a. J.C. fue una figura menor en el gran sistema de Zoroastro, pero bajo la dinastía fundada por Ciro el Grande, Mitra fue adquiriendo creciente importancia hasta que aparece en el siglo V a. J.C. como el principal dios persa, aliado de Ahura Mazda en su lucha contra las tinieblas, personificando a la luz y el sol. La extensión de su culto a la Mesopotamia, el Imperio Romano y otras regiones, lo convirtieron en una religión de características universales, el Mitraísmo, que guardó la forma de una religión misteriosófica.

-Mitraísmo: Religión misteriosófica de los antiguos persas originada en el culto al dios Mithra, divinidad de la luz, aliado de Ahura Mazda en su lucha contra las tinieblas. El sistema mitraítico fue dualista y su mito central es la muerte por Mithra de un toro sagrado cuya sangre fertiliza la tierra. Este motivo ha sido hallado reproducido en muchos relieves y reliquias de la antigüedad. Como se decía que el dios había nacido en una gruta, el culto se llevaba a cabo en grutas naturales o artificiales y los fieles pasaban por una larga iniciación que comprendía siete grados (jerarquía), cada uno de los cuales tenía un nombre simbólico, y se llevaban a cabo una serie de ritos sacramentales (bautismo, comunión, etc.). Las mujeres no eran iniciadas. La ética del Mitraísmo era rigurosa, existía una estricta jerarquía y se prescribía la continencia y el ayuno. Los fieles de Mithra creían que esta vida es sólo el umbral de otra vida eterna y que el último día, los muertos se alzarían al llamado del dios para ser juzgados. En constante expansión desde el s. V a. J.C. se desarrolló rápidamente a través de la Mesopotamia y llegó al imperio romano, donde fue una de las grandes religiones que en el siglo II estaba aún más difundida que el cristianismo. Fue especialmente adoptado por las legiones romanas. A fines del S. IV el Mitraísmo y otros cultos paganos fueron rigurosamente reprimidos y la mayor parte de sus fieles se volcó al cristianismo y el maniqueísmo.

MOLOC: Dios de los fenicios y de los cartagineses. Dios terrible a quien se sacrificaban niños pequeños.

MONTANISTAS: Discípulos de Montano.

MONTANO: Originario de los confines de Frigia y Misia. Montano empezó a profetizar hacia 160, anunciando el fin del mundo y la llegada de la Jerusalén celeste. Se presentaba como el "Paraclete" anunciado por Cristo. El movimiento que él levantó perturbó profundamente a las iglesias de Asia Menor y repercutió hasta Occidente. El montanismo, que predicaba la continencia absoluta y la búsqueda del martirio, y que concedía a las mujeres altas funciones, fue un movimiento de protesta contra la relajación de la Iglesia más que una herejía propiamente dicha.

MUSEO: Palacio de Alejandría consagrado a las Musas.

MYRMECOLEO o MIRMECOLEÓN: Animal fabuloso.

La historia de este monstruo es curiosa. En las Escrituras (Job, IV, 11) se lee: “El viejo león perece por falta de presa.”

El texto hebreo trae *layish* por “león”; esta palabra anómala parecía exigir una traducción que también fuese anómala; los Setenta recordaron un león arábigo que Eliano y Estrabón llaman *myrmex* y forjaron la palabra “mirmecoleón”.

Al cabo de unos siglos, esta derivación se perdió. *Myrmex*, en griego, vale por “hormiga”; de las palabras enigmáticas “El león-hormiga perece por falta de presa” salió una fantasía que los bestiarios medievales multiplicaron:

“El fisiólogo trata del león-hormiga; el padre tiene forma de león, la madre de hormiga; el padre se alimenta de carne, y la madre de hierbas. Y éstos engendran el león-hormiga, que es mezcla de los dos y que se parece a los dos porque la parte delantera es de león, la trasera de hormiga. Así conformado, no puede comer carne, como el padre, ni hierbas, como la madre; por consiguiente, muere.”

N

NABUCODONOSOR: Nabucodossor II, o Nebukhadnezar o Nabu-Kudur-Usur; rey de Babilonia (h. -605 – h. -562). Durante el reinado de su padre Nabopolassar venció a los egipcios en Karkemish, adueñándose de Siria. Al ascender al trono continuó la restauración de Babilonia, a la que convirtió en una de las maravillas del mundo antiguo (palacio, templos, murallas, canalización del Eufrates). Tomó Jerusalén y también Tiro, después de un sitio de trece años. Una revuelta del rey Sedecías de Judá ocasionó otro sitio de Jerusalén, que fue de nuevo conquistada. La mayor parte de los judíos fueron deportados a Babilonia. Nabucodonosor venció al faraón egipcio Amasis en una expedición contra Egipto.

NEITH: Diosa egipcia y líbica, adorada especialmente en Sais y que era venerada como madre del Sol Ra. Era la "madre divina de todas las cosas". Los griegos la identificaron con Atenea.

NENIA: En Roma, diosa de los cantos fúnebres o nenias.

NICEA: Ciudad de Bitinia sobre el lago Ascanius, en Asia Menor. Sede del primer concilio ecuménico convocado por Constantino en 325. Acudieron numerosos obispos y en él participó el mismo emperador. La herejía de Arrio fue condenada y tras largas discusiones, se proclamó la consustancialidad del Padre y del Hijo.

NICOLAÍTAS: Secta que profesaba un libertinaje moral, proclamando que hay que entregar el cuerpo a la voluptuosidad para liberar el alma de las ataduras del mundo corporal.

NICOLÁS: Jefe de los nicolaítas, predicador hereje que vivía en Antioquía en el siglo II.

NINFAS: Paracelso limitó su habitación a las aguas, pero los antiguos las dividieron en Ninfas de las aguas y de la tierra. De estas últimas, algunas presidían sobre los bosques. Las Hamadriadas moraban invisiblemente en los árboles y perecían con ellos; de otras se

creyó que eran inmortales o que vivían miles de años. Las que habitaban en el mar se llamaban Océanidas o Nereidas; las de los ríos, Náyades. Su número preciso no se conoce; Hesíodo aventuró la cifra de tres mil. Eran doncellas graves y hermosas; verlas podía provocar la locura y, si estaban desnudas, la muerte. Una línea de Propercio así lo declara.

Los antiguos les ofrendaban miel, aceite y leche. Eran divinidades menores; no se erigieron templos en su honor.

NISNAS o NESNAS: Seres fantásticos descritos por Bochart.

Un comentador, Jean-Claude Margolin, escribe que los ha forjado Flaubert, pero el primer volumen de *Las Mil y Una Noches* de Lane (1839) los atribuye al comercio de los hombres con los demonios. El Nesnás –así escribe Lane la palabra- es “la mitad de un ser humano; tiene media cabeza, medio cuerpo, un brazo y una pierna; brinca con suma agilidad” y habita en las soledades del Hadramaut y del Yemen. Es capaz de lenguaje articulado; algunos tienen la cara en el pecho, como los Blemies, y cola semejante a la de la oveja; su carne es dulce y muy buscada. Una variedad de Nesnás con alas de murciélago abunda en la isla de Raij (acaso Borneo), en los confines de China; “pero –añade el incrédulo expositor – Alá sabe todo”.

NITRIA: Región pantanosa del Bajo Egipto donde se refugiaron los primeros anacoretas.

NIXES: Nombre dado a tres deidades arrodilladas cuya estatua se veneraba en el Capitolio, en Roma, ante el templo de Minerva. Eran las protectoras de los partos.

NÚMEROS: Este término se emplea en los cálculos de caldeos y babilonios. Igualmente en las genealogías y censos de los hebreos, en el Libro de los Números.

NOMOS: Provincias del antiguo Egipto.

NONA: Diosa de los romanos que protegía el noveno mes del embarazo.

NORTIA: Diosa del destino, de la fortuna y del tiempo para los etruscos.

NOVACIANOS: Discípulos de Novaciano, clérigo de la Iglesia romana que se oponía a la reintegración de los cristianos que habían sacrificado a los ídolos. Se hizo elegir obispo de Roma por ciertos sacerdotes y confesores, en contra de Cornelio, elegido según el uso habitual. El concilio de Nicea animó a los novacianos a reintegrarse a la Iglesia católica, pero el cisma persistió hasta el siglo VII en algunos lugares del próximo oriente.

NÚMERA: Diosa de los números para los romanos.

O

OANES: Dios pez de los caldeos, que salió del las aguas para sacar a los primeros hombres del estado salvaje. Es el autor de toda civilización y toda ciencia.

OLIMPO: Macizo montañoso que hay en Grecia. Sobre una de sus cumbres colocaban los griegos la morada de sus dioses. Los “catorce Olimpos” son las diversas cumbres que integran la cadena.

OMÓFORO: El equivalente de Atlas para los maniqueos occidentales. Lleva a sus espaldas las ocho tierras que, junto con los diez firmamentos, constituyen el universo.

OMOROCA: En el relato del génesis atribuido a Oanes, Omoroca "encarna el agua primitiva bajo la forma de la primera mujer". Al cortarla en dos, Belo dividió el caos primitivo en cielo y tierra.

OFITAS: Secta gnóstica del siglo II, próxima a los valentinianos. En su sistema, Sofía dio a luz al Demiurgo Ialdabaoth. Éste creó al hombre imperfecto, sin alma y reptando. Gracias a Sofía, un rayo de luz animó a esta criatura deforme, que se convirtió en la imagen del Dios supremo e Ialdabaoth, celoso, se convirtió en Satán, el espíritu del Mal. Prohibió al hombre el árbol de la ciencia. Sofía, en cambio, le envió al genio serpiente Ofis, que le dio a probar el fruto del árbol y entonces comprendió las cosas celestiales. Precipitado en la materia junto con el hombre, Ofis se volvió –según algunos- tan malvado como el Demiurgo. Para otros, siguió siendo un genio bueno y es objeto de culto (evocado por Flaubert). Como muchos otros gnósticos, los ofitas distinguían a Cristo cuando lo bautizaron en el Jordán y que goza desde entonces de un poder divino.

ORAÏOS: Uno de los siete ángeles creados por Ialdabaoth. Genio del fuego.

ORCÓMENES: Ciudad del Peloponeso, la mayor de Arcadia en el siglo V a. de C.

ORÍGENES: Teólogo y exegeta (185-254). Nació en Alejandría; sucesor de Clemente. De padres cristianos, maestro, sacerdote, procesado por su propio obispo en un sínodo como reo de transgresión de los cánones (por miedo a las tentaciones y tomando al pie de la letra un texto bíblico, se castró, y los cánones de Alejandría prohibían la ordenación de los eunucos) y de errores doctrinales; depuesto y expulsado, abrió una escuela en Cesarea de Palestina. Sufrió la prisión y atrocísimas torturas durante la persecución de Decio, pero no murió sino hasta 254-255. Orígenes es uno de los mayores genios de la antigüedad cristiana, cuyos escritos tuvieron un influjo incomparable durante varios siglos tanto en Oriente como en Occidente, de doble y triple sentido escriturístico: el manifiesto y el oculto; histórico, moral y místico o espiritual; para los simples fieles, para los que se han convertido a una vida más perfecta, para los que han alcanzado la perfección. Conforme a la distinción de dos o tres sentidos escriturísticos, Orígenes distingue 2 o 3 clases de fieles. Habla preferentemente de dos clases: los simples fieles, o sea "carnales"; y los perfectos, o sea los espirituales o "gnósticos". Escribió también una *Exhortación al martirio*, de dos sentidos: a quienes confiesan el nombre de Cristo hasta la efusión de la propia sangre, o bien a los cristianos que con su vida, perfectamente conforme a la doctrina y a la ley de Cristo, dan testimonio de él. Gran erudito, filósofo de gran originalidad, fue el fundador de la exégesis bíblica, tomando al mismo tiempo bastantes cosas de la gnosis y del neoplatonismo. Su "Tratado de los principios" puede considerarse como la obra de teología cristiana más importante de la Antigüedad.

ORMUZ u ORMUZD: El dios del bien y de la luz en antigua religión persa.

ORSILOQUÉ: Flaubert traduce por la luna. Ártemis era venerada en el Taurus con el nombre de Orsiloqué y se sabe que Selene, la luna, también fue identificada con Ártemis.

ORTIA (rígida): Epíteto de Ártemis en Esparta. Cada año los jóvenes eran azotados hasta que se les saltara la sangre, lo que debían soportar sin quejarse.

OSSIPAGO: Seguramente se trata de Ossilago, quien “formaba el esqueleto del feto”. También se conoce una Venus Ossipaga con el mismo cometido.

OSA (Mayor): Constelación.

P

PABENA: Ciudad de Egipto donde Pacomio instaló a los primeros cenobitas (monjes que viven en comunidad).

PACOMIO, San: Anacoreta de Egipto nacido hacia 292, muerto en 346. Tras haber formado parte de un grupo de anacoretas reunidos en torno a un maestro pero que continuaban llevando vida individual, fundó varios monasterios con una regla de vida común.

PALESIMUNDA: Antiguo nombre de Sri-Lanka entre los griegos.

PANDIO: El Indostán meridional.

PANEADES o PANEAS: Ciudad de Palestina junto al nacimiento del Jordán.

PANTERO: "Celso representa a Jesús nacido de la unión adúltera entre María y un soldado llamado Pantero" (Orígenes: Contra Celso, I , XXXII).

PAFNUCIO: Obispo del Alto Egipto. Martirizado en la época de Diocleciano, participó en el concilio de Nicea, con el ojo derecho tuerto y la pierna izquierda cortada.

PAFOS: Ciudad de la isla de Chipre, especialmente dedicada al culto de Afrodita.

PARÁCLITO o PARACLETO: Nombre dado al Espíritu Santo que significa El Consolador. Uno de los Eones en la doctrina de Valentino. Montano se presentó a sí mismo como el Paráclito; Manés igualmente.

PERFECTO: Uno de los Eones en la doctrina de Valentino.

PARTENÓN: Templo de Palas Atenea situado en la Acrópolis de Atenas. Así llamado por la virginidad de la Diosa.

PASTINACA: Flaubert encontró la descripción de este animal en Eliano.

PATERNIANOS: Herejes del siglo IV. Afirmaban que la carne es obra del demonio y se entregaban a toda suerte de libertinajes.

PATRICIOS: Dignidad creada por Constantino. Los patricios se situaban, en la escala de

los honores, inmediatamente después de los Césares.

PABLO: Según la tradición, el primero de los eremitas cristianos. Habitante de la Tebaida, rico y cultivado, se refugió en las montañas para escapar a la persecución de Decio y se aficionó a esa vida solitaria. Actualmente, se cree que se trata de un personaje legendario.

PABLO, San: Apóstol de los gentiles, nacido en Tarsia hacia 5-15 y muerto en 64-67. Se convirtió repentinamente en el camino de Damasco (adonde se dirigía para oponerse a los cristianos) y predicó el evangelio en Arabia, Siria y Cilicia. Después, en Antioquía, donde permanece algún tiempo y, finalmente, alrededor del mar Egeo. Escribió catorce Epístolas que figuran en el Nuevo Testamento.

PABLO DE SAMOSATA: Obispo de Antioquía. Fue excomulgado por sus tesis heréticas en su ciudad, en un concilio celebrado en 268. Afirmaba que Jesús era hijo de José y de María, pero que el Verbo (la inteligencia de dios) se había unido a él y podía llamarse a sí mismo Hijo de Dios.

PELAGIA: Santa y mártir. Virgen de Antioquía que se tiró desde lo alto de un tejado durante la persecución de Diocleciano, para escapar a un soldado que quería violarla.

PENSAMIENTO: Uno de los Eones en la doctrina de Valentino.

PEPUZA: Aldea de Frigia, lugar sagrado para los montanistas.

PADRE: La primera persona de la Trinidad para los cristianos. El primero de los Eones en las doctrinas gnósticas.

PERSÉFONE: Hija de Zeus y de Ceres, conocida también por el nombre de Koré, “la virgen” y por el de “Proserpina”, como la llamaban los romanos. Hades la raptó y se la llevó a los infiernos. Ceres obtiene de Zeus que su hija vuelva a la tierra seis meses al año; el resto del tiempo es la reina de los Infiernos. Simboliza de este modo las estaciones.

PEDRO DE ALEJANDRÍA: Obispo de Alejandría de 300 a 301, fecha en la que padeció martirio. “Aconsejaba a los cristianos perseguidas que compraran su vida con dinero.”

PIONIO: Sacerdote de Esmirna martirizado en 250.

PISPERI o PISPIR: Lugar al sur de Menfis, en el que estuvo Antonio y fundó un monasterio.

PLEROMA: El mundo divino constituido por los Eones en las doctrinas gnósticas.

POLICARPO, San: Obispo de Esmirna, discípulo de San Juan y maestro de San Ireneo. Nació en el 69 y murió mártir hacia 155 o 167. La historia de su martirio es la más antigua y la única detallada que existe sobre un mártir individual.

PORSENA: Rey de Clusio, en Etruria. Intentó restablecer la dominación etrusca en Roma, en 509 antes de nuestra era.

POROS: Nombre dado al rey hindú Paurava, uno de los grandes adversarios de Alejandro en la India. Fue derrotado por él en 327 antes de nuestra era.

POSIDIUM: Templo de Poseidón en Alejandría.

POTINA: Diosa autóctona de Roma que presidía la bebida.

PUERTO GRANDE: Uno de los dos puertos de Alejandría.

PUZOLANA (de Pozzoli): Población de Italia en el golfo de Nápoles.

PREMA: En Roma, Diosa autóctona que “impedía a la esposa resistirse al esposo”.

PREFECTOS (de las Cámaras): Chambelanes de los emperadores de Constantinopla.

PRESTENOS: Animal fabuloso perteneciente a la especie de las serpientes descrito por Eliano.

PRINCIPIO: El Dios supremo, el Eón primero para los gnósticos.

PRISCILA: Una de las dos profetisas del montanismo.

PRISCILIANISTAS: Gnósticos españoles discípulos de Prisciliano. Éste predicaba una doctrina mezcla de cristianismo, de maniqueísmo y de panteísmo astrológico. Al parecer, afirmaba que el mundo invisible había sido creado por Satán. Fue condenado a muerte por Máximo y ejecutado en Treves en 385. Fue el primer hereje víctima de la intervención del Estado en asuntos religiosos para defensa del cristianismo ortodoxo.

PROCULA: Nombre de la mujer de Pilatos en la literatura cristiana apócrifa. Su intervención a favor de Jesús se menciona en el Evangelio de San Mateo.

PROFUNDIDAD: El lugar invisible, impensable, que habita el Dios supremo.

PRUNIKOS: "Lasciva." Apodo que los valentinianos daban a las dos Sofías (véase Sofía y Acaramoth) para señalar que son las pasiones las que las dominan. En el sistema de Simón, Prunikos se encarna en Helena la prostituta, cuyo culto daba lugar a ritos obscenos. Los nicolaítas pretendían asimismo "reunir la fuerza de Prunikos" extrayéndola de los cuerpos mediante la voluptuosidad.

PROVIDENCIA: Como nombre común, plan según el cual y acción mediante la cual Dios gobierna el mundo. Con mayúscula, la Providencia es Dios en persona, puesto que mantiene la buena marcha del universo.

PTAH: Dios egipcio, uno de los agentes del demiurgo Knufis. Venerado en Menfis, es dios del fuego, comparable a Vulcano.

PTOLOMEO o TOLOMEO: General de Alejandro que llegó a ser rey de Egipto, fundador

de la dinastía de los Lagidos.

POTENCIAS: Las potencias emanadas del principio: los Eones.

PULUTUK: Nombre etrusco de Pólux.

PIGMEOS: Raza fabulosa de enanos que vivían en la región donde nace el Nilo. Al igual que el nombre de blemios, el de los pigmeos se emplea hoy para un pueblo existente.

Para los antiguos, esta nación de enanos habitaba en los confines del Indostán o de Etiopía. Ciertos autores aseveran que edificaban sus moradas con cáscaras de huevo. Otros, como Aristóteles, han escrito que vivían en cuevas subterráneas. Para cosechar el trigo se armaban de hachas como para talar una selva. Cabalgaban corderos y cabras, de tamaño adecuado. Anualmente los invadían bandadas de grullas, procedentes de las llanuras de Rusia.

Pigmeo era asimismo el nombre de una divinidad, cuyo rostro esculpían los cartagineses en la proa de las naves de guerra, para aterrar a sus enemigos.

PITÁGORAS: Filósofo y matemático griego del siglo VI antes de nuestra era. Vivió en Egipto donde se inició a la religión y ciencias de aquel País, y luego en Babilonia, en donde se encontró con sacerdotes y magos. Fundó una escuela en Crotona. Impartía unas enseñanzas de carácter iniciático, reservando un importante lugar a la doctrina de la reencarnación.

Q

QUIMERA: La primera noticia de la Quimera está en el libro sexto de la *Ilíada*. Ahí está escrito que era de linaje divino y que por delante era un león, por el medio una cabra y por el fin una serpiente; echaba fuego por la boca y la mató el hermoso Belerofonte, hijo de Glauco, según lo habían presagiado los dioses. Cabeza de león, vientre de cabra y cola de serpiente, es la interpretación más natural que admiten las palabras de Homero, pero la *Teogonía* de Hesíodo la describe con tres cabezas, y así está figurada en el famoso bronce de Arezzo, que data del siglo V. En la mitad del lomo está la cabeza de cabra, en una extremidad la de serpiente, en otra la de león.

En el libro sexto de la *Eneida* reaparece “la Quimera armada de llamas”; el comentador Servio Honorato observó que, según todas las autoridades, el monstruo era originario de Licia y que en esa región hay un volcán que lleva su nombre. La base está infestada de serpientes, en las laderas hay praderas y cabras, la cumbre exhala llamaradas y en ella tienen su guarida los leones; la Quimera sería una metáfora de esa curiosa elevación. Antes, Plutarco había sugerido que Quimera era el nombre de un capitán de aficiones piráticas, que había hecho pintar en su barco un león, una cabra y una culebra.

Estas conjeturas absurdas prueban que la Quimera ya estaba cansando a la gente. Mejor que imaginarla era traducirla en cualquier otra cosa. Era demasiado heterogénea; el león, la cabra y la serpiente (en algunos textos, el dragón) se resistían a formar un solo animal. Con el tiempo, la Quimera tiende a ser “lo quimérico”; una broma famosa de Rabelais (“Si una quimera, bamboleándose en el vacío, puede comer segundas intenciones”) marca muy bien la transición. La incoherente forma desaparece y la palabra queda, para significar lo imposible. “Idea falsa”, “vana imaginación”, es la definición de

Quimera que ahora da el diccionario.

R

RACOTIS: Arrabal de Alejandría, barrio de las cortesanas.

RAZIAS o RAZIS: El judío Razias, para escapar de los soldados de Nicanor se traspasó con la espada y después se tiró desde lo alto de una muralla. Acabó arrancándose las entrañas.

RUMINA: Diosa romana que cuidaba al niño cuando su madre lo amamantaba.

S

SABA: Reino establecido en el suroeste de Arabia (Yemen) y que subsistió del siglo VIII al VI antes de nuestra era.

SABAOTH: Una de las apelaciones del dios de Israel. Yahvé Sabaoth significa Dios de los ejércitos. Algunos gnósticos llamaron Sabaoth al Demiurgo, incluso a uno de sus auxiliares, en señal de desprecio al dios de los judíos.

SABAZIO: Nombre de Dioniso-Baco en Frigia y seguramente también en Tracia.

SABELIO, Lidio: Representante principal del monarquianismo, doctrina herética que afirma que el Padre y el Hijo no son sino manifestaciones de un mismo Ser, nombres diferentes para una sola persona.

SABIDURÍA: Sofía, uno de los Eones en la doctrina de Valentino.

SACALITAS: Pueblo de Arabia meridional.

SADHUZAG: Ciervo fabuloso con setenta y dos mogotes en su cornamenta. Flaubert emplea el número de setenta y dos en las dos primeras versiones de *Las Tentaciones* y pasa a setenta y cuatro en la tercera.

SAHARIL: Antiguo rey de Saba según la tradición árabe.

SALARIA (Vía): Calzada que partía de Roma hacia la Sabina.

SAMANIES: Filósofos hindúes que vivían en solitario.

SAMARIA: Capital del reino de Israel antes de ser conquistado éste por los asirios. Dio su nombre a la provincia central de Palestina.

SAMOS: Divinidad secundaria asociada al culto de Esculapio.

SAMOSATA: Ciudad de la antigua Siria, sobre el Eufrates.

SAMOTRACIA: Isla del mar Egeo, donde celebraban los misterios de los Cabiros.

SAMPSEANOS: Secta gnóstica cercana a la de los elquesaitas.

SARRATOR: Dios agrario de los romanos. Presidía el gradeo de los campos.

SARTOR: Dios agrario de los romanos. Presidía el arreglo de los jardines.

SÁTIROS: Así los griegos los llamaron; en Roma les dieron el nombre de Faunos, de Panes y de Silvanos. De la cintura para abajo eran cabras; el cuerpo, los brazos y el rostro eran humanos y velludos. Tenían cuernecitos en la frente, orejas puntiagudas y la nariz encorvada. Eran lascivos y borrachos. Acompañaron al dios Baco en su alegre conquista del Indostán. Tendían emboscadas a las Ninfas; los deleitaba la danza y tocaban diestramente la flauta. Los campesinos los veneraban y les ofrecían las primicias de las cosechas. También les sacrificaban corderos.

Un ejemplar de esas divinidades menores fue apresado en una cueva de Tesalia por los legionarios de Sila, que lo trajeron a su jefe. Emitía sonidos inarticulados y era tan repulsivo que Sila inmediatamente ordenó que lo restituyeran a las montañas.

El recuerdo de los Sátiros influyó en la imagen medieval de los diablos.

SATURNINO o SATORNIL: Heresiarca gnóstico que enseñó en Antioquía en la primera mitad del siglo II. Fue probablemente discípulo de Simón y de Menandro. Su doctrina debe mucho a la religión de los judíos y a la del Irán. Para él el dios de los judíos era el jefe de los ángeles creadores.

- SATURNILITAS: Secta gnóstica integrada por los partidarios de Saturnilo, hacia el año 100 d. J.C., que predicaba de acuerdo con su dualismo zoroastriano, el vegetarianismo y la renuncia al matrimonio.

SAÚL: Primer rey de Israel. Tras haber sido vencido por los filisteos en el monte Gelboé y haber visto morir a tres de sus hijos en la batalla, Saúl se suicidó arrojándose sobre su espada.

SENAD: Animal fabuloso que desgarró a sus crías con la lengua, según Bochard, pero no parece indicar que se trate de un oso con tres cabezas.

SERAPIS: Dios egipcio cuyo culto fue eclipsando poco a poco a los demás. Es Osiris en los infiernos, que juzga a los muertos. En Alejandría había un templo a él dedicado y otro en Menfis.

SESOSTRATIS: Varios reyes del antiguo Egipto han contribuido a formar la imagen de este personaje legendario que, al parecer, reinó en el siglo XVII antes de nuestra era y al que los historiadores griegos atribuían numerosas conquistas.

SETIANIANOS o SETIANOS: Al igual que los ofitas, los setianos atribuían la protección del mundo inferior a Sofía. Abel, creación del Demiurgo por ser una criatura débil, fue vencido por Caín, creación del genio del Mal. Entonces Sofía lo sustituyó y puso a su hijo Seth en su lugar, el cual dio una raza buena y fuerte. Los descendientes de Caín hicieron

peligrar esta raza. Seth hizo entonces una reaparición en la persona de Jesucristo. Flaubert parece haber confundido a los setianos con otra secta de la que habla San Agustín, que veía en Jesús la reencarnación de Sem.

SIJE: "El silencio." Según Gregorio de Nacianzo, uno de los ocho Eones del Pleroma en la doctrina de los simonianos. Corresponde a Ennoia.

SIMÓN EL MAGO: Llamado el "Samaritano" o "el Mago". Era un mago de Samaria, muy conocido por sus sortilegios. Tropezó con los apóstoles en Samaria y vio en ellos a unos magos de ciencia superior a la suya. Se hizo bautizar y trató de conseguir con dinero el poder de conferir el Espíritu Santo. Pedro rechazó con indignación y él no insistió, pero siguió desarrollando y propalando su doctrina gnóstica, afirmando que la creación del mundo se debía "a las manos de unos ángeles", y que debido al mal gobierno de éstos son depuestos por el Poder Primero. Entre este Poder Primero y los ángeles, Simón colocaba a Ennoia-Helena, en quien veían encarnado al Espíritu Santo, mientras que él mismo se presentaba como "el gran poder del Ser Supremo". Según Gregorio de Nacianzo, la idea del Pleroma ya estaba en Simón. En cualquier caso, se encuentra en sus sucesores. Su discípulo Menandro fue el continuador de su doctrina.

SIMÓN o más bien SIMEÓN: Hombre justo a quien el Espíritu Santo había revelado que no moriría sin ver al Salvador. Llevado por el Espíritu, acudió al templo el día de la presentación de Jesús.

SIMORG-ANKA o SIMURG: Pájaro fabuloso de Persia, evocado por d'Herbelot, quien lo asimila al Iukneh.

El Simurg es un pájaro inmortal que anida en las ramas del Árbol de la ciencia; Burton lo equipara con el águila escandinava que, según la Edda Menor, tiene conocimiento de muchas cosas y anida en las ramas del Árbol Cósmico, que se llama Yggdrasill.

Firdusi, en el *Libro de reyes*, que recopila y versifica antiguas leyendas del Irán, lo hace padre adoptivo de Zal, padre del héroe del poema; Farid al-Din Attar, en el siglo XIII, lo eleva a símbolo o imagen de la divinidad. Esto sucede en el Mantq al-Tayr (Coloquio de los Pájaros). El argumento de esta alegoría, que integran unos cuatro mil quinientos dísticos, es curioso. El remoto rey de los pájaros, el Simurg, deja caer en el centro de China una pluma espléndida; los pájaros resuelven buscarlo, hartos de su presente anarquía. Saben que el nombre de su rey quiere decir "treinta pájaros"; saben que su alcázar está en el Kaf, la montaña o cordillera circular que rodea la tierra. Al principio, algunos pájaros se acobardan: el ruiseñor alega su amor por la rosa; el loro, la belleza que es la razón de que viva enjaulada; la perdiz no puede prescindir de las sierras, ni la garza de los pantanos, ni la lechuza de las ruinas. Acometen al fin la desesperada aventura; superan siete valles o mares; el nombre del penúltimo es Vértigo; el último se llama Aniquilación. Muchos peregrinos desertan; otros mueren en la travesía. Treinta, purificados por sus trabajos, pisan la montaña del Simurg. Lo contemplan al fin: perciben que ellos son el Simurg, y que el Simurg es cada uno de ellos y todos ellos.

El cosmógrafo Al-Qazwiní, en sus *Maravillas de la creación*, afirma que el Simorg Anka vive mil setecientos años y que, cuando el hijo ha crecido, el padre enciende una pira y se quema. "Esto –observa Lane- recuerda la leyenda del Fénix."

SÍNOPE: Ciudad de Asia Menor, sobre el Ponto Euxino.

SIRENAS: A lo largo del tiempo, las Sirenas cambian de forma. Su primer historiador, el rapsoda del duodécimo libro de la *Odisea*, no nos dice cómo eran; para Ovidio, son aves de plumaje rojizo y cara de virgen; para Apolonio de rodas, de medio cuerpo arriba son mujeres y, abajo aves marinas; para el maestro Tirso de Molina (y para la heráldica), “la mitad mujeres, peces la mitad”. No menos discutible es su género; el diccionario clásico de Lemprière entiende que son ninfas, el de Quicherat que son monstruos y el de Grimal que son demonios. Moran en una isla del poniente, cerca de la isla de Circe, pero el cadáver de una de ellas, Parténope, fue encontrado en Campania, y dio su nombre a la famosa ciudad que ahora lleva el de Nápoles, y el geógrafo Estrabón vio su tumba y presenció los juegos gimnásticos que periódicamente se celebraban para honrar su memoria.

La *Odisea* refiere que las Sirenas atraían y perdían a los navegantes y que Ulises, para oír su canto y no perecer, tapó con cera los oídos de los remeros y ordenó que lo sujetaran al mástil. Para tentarlo, las Sirenas le ofrecieron el conocimiento de todas las cosas del mundo.

“Nadie ha pasado por aquí en su negro bajel, sin haber escuchado de nuestra boca la voz dulce como el panal, y haberse regocijado con ella y haber proseguido más sabio... Porque sabemos todas las cosas: cuantos afanes padecieron argivos y troyanos en la ancha Tróada por determinación de los dioses, y sabemos cuanto sucederá en la tierra fecunda” (*Odisea*, XII).

Una tradición recogida por el mitólogo Apolodoro, en su *Biblioteca*, narra que Orfeo, desde la nave de los argonautas, canto con más dulzura que las Sirenas y que éstas se precipitaron al mar y quedaron convertidas en rocas, porque su ley era morir cuando alguien no sintiera su hechizo. También la Esfinge se precipitó desde lo alto cuando adivinaron su enigma.

En el siglo VI, una Sirena fue capturada y bautizada en el norte de Gales, y figuró como una santa en ciertos almanaques antiguos, bajo el nombre de Murgan. Otra, en 1403, pasó por una brecha en un dique, y habitó en Haarlem hasta el día de su muerte. Nadie la comprendía, pero le enseñaron a hilar y veneraba como por instinto la cruz. Un cronista del siglo XVI razonó que no era un pescado porque sabía hilar, y que no era una mujer porque podía vivir en el agua.

El idioma inglés distingue la Sirena clásica (*siren*) de las que tienen cola de pez (*mermaids*). En la formación de esta última imagen habrían influido por analogía los Tritones, divinidades del cortejo de Poseidón.

En el décimo libro de la *República*, ocho Sirenas presiden la revolución de los ocho cielos concéntricos.

Sirena: supuesto animal marino, leemos en un diccionario brutal.

SOL: El sol fue adorado como dios en muchas religiones antiguas. Para los griegos, Apolo era el dios del sol con el nombre de Febo. En la religión egipcia, Osiris es identificado al sol e Isis a la luna. Lo mismo ocurre con Baal o Belo para los caldeos.

SOLITARIOS: Anacoretas.

SOFÍA: "La sabiduría", el último de los Eones en la doctrina de Valentino, es decir, el menos perfecto, el culpable de que caiga el Pleroma, lo que exige una redención. Para los ofitas,

Sofía es la madre de todos los seres vivos.

SOSÍPOLIS: Niño transformado en serpiente, salvador de la ciudad y objeto de culto en el templo de Ilitia de los eleanos.

SOTAS: Obispo de Anquiala, en Tracia. Intentó exorcizar a Priscila.

SPLENDITENENS: En la doctrina de Manes, sostiene los diez fragmentos que, junto con las ocho tierras, integran el universo.

SUBIGO: Divinidad romana que presidía la entrada de la esposa en el lecho nupcial.

SUBLICIO, Puente: Puente de madera colocado sobre el Tíber ,frente al Janículo, según la tradición, por Ancio Marcio.

SUBURRA: Barrio de mala fama en la antigua Roma.

SUMANO: Dios romano de los relámpagos nocturnos. Se le dedicó una estatua en el Capitolio y un santuario en el circo Máximo. Era el dios de los ladrones.

T

TAGES: Dios etrusco. Según la leyenda, surgió bajo la apariencia de un niño de entre los terrones de tierra de un campo donde estaba arando un labrador. Enseñó a los etruscos las artes adivinatorias, la de interpretar el vuelo de los pájaros y la de leer en las entrañas de las víctimas.

TAPROBANE: Nombre antiguo de Sri-Lanka.

TARTESSOS: Ciudad mítica española situada en la desembocadura del Betis.

TACIANITAS: Discípulos de Taciano, apologista gnóstico del siglo II, que fundó la secta de los encratitas o que, al menos, fue su más ilustre representante. Condenaba el matrimonio y todos los placeres de los sentidos.

TÁNTALO: Rey de Frigia. Según algunos autores, hijo de Zeus y de la ninfa Pluto. Fue condenado a pasar hambre y sed a perpetuidad teniendo frutas al alcance de la mano y estando sumergido en agua. Otra versión decía que estaba situado bajo una piedra siempre próxima a caer. Existen discrepancias acerca de cuál fue su delito: para unos, haber revelado a los mortales los secretos de los dioses; según otros, haber robado para aquéllos el néctar y la ambrosía.

TAXILA: Antigua ciudad de la India, sobre el Indo.

TCHATAKA: Pájaro fabuloso según el nombre sánscrito del cuco.

TELÉSFORO: Deidad de la salud, venerada casi exclusivamente en el reino de Pérgamo y

posteriormente en Asia Menor durante el Imperio romano. Se lo consideraba el dios del sueño confortador y el genio de la convalecencia. Acompañaba a Esculapio.

TERTULIANO: Apologista y teólogo nacido en Cartago. Tras haber defendido la ortodoxia contra los herejes, se adhirió al montanismo. En varios de sus escritos vitupera con violencia

las costumbres paganas y pide una mayor austeridad. Estigmatiza asimismo los compromisos aceptados por la autoridad cristiana. En *De carne Christ*" es donde emite la opinión de que Cristo debía de tener una apariencia repugnante.

TEBAIDA: Vastos desiertos en la parte sur de Egipto, donde se retiraron los primeros anacoretas cristianos.

TEODAS: Discípulo de San Pablo, de quien Valentino afirmaba haber recibido su doctrina.

TEODOTIANOS: Discípulos de Teódoto "el curtidor", heresiarca del siglo II, de tendencia valentiniana, que discutía la divinidad de Cristo.

TEÓFILO: El *Diccionario de teología católica* indica la presencia de un obispo escita en el concilio de Nicea, pero no da su nombre.

THOT: Dios egipcio generalmente representado como un hombre con cabeza de ibis o como un cinocéfalo. Se le atribuye el invento de las ciencias y de las artes.

THULÉ: Nombre dado por griegos y romanos a la más septentrional de las tierras conocidas: Islandia, una de las Shetland o de las Órcadas o una parte de las costas de Noruega.

TÍBUR: Hoy Tívoli. Ciudad a 30 kilómetros de Roma, célebre por sus parajes y casas.

TICIO: Gigante que quiso violar a Leto. Castigado por Zeus, fue encadenado en el Tártaro. Dos buitres (o dos serpientes) le devoraban el hígado.

TOPAZOS, isla: Isla del mar Rojo.

TRAGÉLAFOS: Animal fabuloso mitad carnero, mitad ciervo.

TRINIDAD: En la religión cristiana, la unidad de tres personas divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, de una misma esencia, naturaleza y sustancia. En otras religiones, divinidad triple o reunión de tres divinidades en una sola, por ejemplo: los tres dioses de Samotracia.

TRIOPAS o TRÍOPE: Dios solar, hijo de Posidón y de Cánace. Se lo veneraba en el promontorio Triopion, cerca de Cnido, cuya fundación se le atribuía.

TROFONIO: Héroe beocio, hijo de Ergino, rey de Orcómenes. Se decía que había construido el templo de Apolo en Delfos junto con su hermano Agamedes, a quien asesinó después de finalizada la obra. En justo castigo fue tragado por una hendidura del suelo en

la que se había introducido para consultar oráculos. Poseía, cerca de Lebadea, un santuario subterráneo, caverna estrecha y profunda. Los que iban a consultarlo recibían sus sentencias en forma de visiones y salían de allí con los sentidos embotados.

TIANA: Ciudad de Capadocia, patria de Apolonio.

TIFÓN : El malvado hermano de Osiris, el genio del mal, que trató de aprovechar la ausencia de Osiris para apoderarse del trono de Egipto y luego lo mató y abandonó su cuerpo en un cofre por el Nilo. Cuando Isis lo encontró, él cortó el cadáver en catorce pedazos, de los que Isis consiguió salvar sólo el miembro viril.

U

UNICORNIO: Animal fabuloso de un solo cuerno en la frente. Su cuerpo se componía de varias partes tomadas de diversos animales y principalmente del caballo. En la mitología persa era "un símbolo del reino de los animales puros".

La primera versión del Unicornio casi coincide con las últimas. Cuatrocientos años antes de la era cristiana, el griego Ctesias, médico de Artajerjes Mnemón, refiere que en los reinos del Indostán hay muy veloces asnos silvestres, de pelaje, blanco, de cabeza purpúrea, de ojos azules, provistos de un agudo cuerno en la frente, que en la base es blanco, en la punta rojo y en el medio es plenamente negro. Plinio agrega otras precisiones (VIII, 31):

“Dan caza en la India a otra fiera: el Unicornio, semejante por el cuerpo al caballo, por la cabeza al ciervo, por las patas al elefante, por la cola al jabalí. Su mugido es grave; un largo y negro cuerno se eleva en medio de su frente. Se niega que pueda ser apresado vivo.”

El orientalista Schrader, hacia 1892, pensó que el Unicornio pudo haber sido sugerido a los griegos por ciertos bajorrelieves persas, que representan toros de perfil, con un solo cuerno.

En las Etimologías de Isidoro de Sevilla, redactadas a principios del siglo VII, se lee que una cornada del Unicornio suele matar al elefante; ello recuerda la análoga victoria del karkadán (rinoceronte), en el segundo viaje de Simbad (éste nos dice que el cuerno del rinoceronte partido en dos, muestra la figura de un hombre; Al-Qazwiní dice que la de un hombre a caballo, y otros hablan de pájaros y de peces). Otro adversario del Unicornio era el león, y una octava real del segundo libro de la inextricable epopeya *The Faerie Queene* conserva la manera de su combate. El león se arrima a un árbol; el Unicornio, con la frente baja, lo embiste; el león se hace a un lado, y el Unicornio queda clavado al tronco. La octava data del siglo XVI; a principios del XVIII, la unión del reino de Inglaterra con el reino de Escocia confrontaría en las armas de Gran Bretaña el Leopardo (león) inglés con el Unicornio escocés.

En la Edad Media, los bestiarios enseñan que el Unicornio puede ser apresado por una niña; en el *Physiologus Graecus* se lee: “Cómo la apresan. Le ponen por delante una virgen y salta al regazo de la virgen y la virgen lo abraza con amor y lo arrebató al palacio de los reyes.” Una medalla de Pisanello y muchas y famosas tapicerías ilustran este triunfo, cuyas aplicaciones alegóricas son notorias. El Espíritu santo, Jesucristo, el mercurio y el mal han sido figurados por el Unicornio. La obra de Jung *Psychologie und Alchemie* (Zúrich, 1944) historia y analiza estos simbolismos.

Un caballito blanco con patas traseras de antílope, barba de chivo y un largo y

retorcido cuerno en la frente, es la representación habitual de este animal fantástico.

Leonardo da Vinci atribuye la captura del Unicornio a su sensualidad; ésta le hace olvidar su fiereza y recostarse en el regazo de la doncella, y así lo apresan los cazadores.

V

VALENTINO: (m. 160) Filósofo gnóstico de origen egipcio. Procedente del judeocristianismo egipcio, vivió en Roma de 130 a 160. Intentó sintetizar los diversos sistemas gnósticos en un complejo religioso incorporándole elementos platónicos, pitagóricos y estoicos. Fundó la secta de los Valentinianos, y es la personalidad más relevante de la Gnosis.

VALENTINIANOS: Secta gnóstica fundada hacia el año 140 por el filósofo alejandrino Valentino, cuya doctrina consiste en un complicado sistema de emanaciones encabezadas por el Padre ignoto, el Abismo (BYTHOS), engendrador de los eones ordenados por pares. El último de los treinta eones, Sofía, quiso conocer la naturaleza del Padre ignoto y este deseo provocó su caída dando nacimiento a Acaramoth, quien engendró a su vez al Demiurgo, que hizo al mundo y al hombre. Para salvar la degeneración de éste, los eones proporcionaron un redentor en la figura de Jesús. La secta agrupaba a los hombres en tres categorías: hílcos (hombres materiales destinados a desaparecer); psíquicos (que pueden aspirar al mundo del Demiurgo) y pneumáticos (del gr. *pneuma*, espíritu, que pueden alcanzar la beatitud perfecta).

VALESIANOS: Miembros fanáticos de una secta fundada por Valesio. No comían carne y llevaban la exigencia de pureza hasta el extremo de castrarse, pues consideraban pecado la perpetuación de la especie.

VALONA o VALONIA: Diosa romana de los valles.

VENUS: Diosa del amor y de la belleza, asimilada a la Afrodita de los griegos. Su calificación de Anadiomena (“la que surge del mar”) remite a la tradición, según la cual Cronos, habiendo arrojado al mar los órganos sexuales de Urano, la espuma se juntó en torno a ellos para engendrar a Afrodita. La diosa posee un cinturón mágico que vuelve deseable a todo el que se lo ponga. Flaubert hace referencia a varias de sus estatuas: la de Cnido, esculpida por Praxiteles; la de Corinto, la Afrodita Melenis o “Negra”; las del Ático, cuadradas como los “Hermes”; la de Pafos, que se confunde con la estatua de Astarté descrita por Tácito, símbolo fálico según Creuzer.

VERBO: (del griego *logos*, palabra) En la religión cristiana, el Hijo, la Palabra de Dios hecha carne, también considerado como la segunda persona de la Trinidad. En el sistema de Valentino uno de los Eones.

VERDAD: Uno de los Eones en el sistema de Valentino.

VERTUMNO: Divinidad romana de origen etrusco que presidía a las mutaciones de la vegetación. Era fundamentalmente la divinidad de los jardines y cosechas otoñales.

VERVACTOR: Divinidad romana de los barbechos.

VESTA: Divinidad romana arcaica, diosa del hogar. El fuego que a ella se dedicaba no debía apagarse nunca. Su culto se remonta a la época de Numa, que le consagró un templo redondo, porque “Vesta –según él- era la tierra, y la tierra es redonda”.

VIDA: Uno de los Eones en la doctrina de Valentino.

HECHOS DE LOS APÓSTOLES: Uno de los escritos del Nuevo Testamento.

VIRBIO: Divinidad venerada en Nemi junto con Diana. Se lo confundió con Hipólito, a quien Esculapio había devuelto la vida para ser rebautizado por Diana con un nombre que significa “nacido dos veces” (*vir bis vivus*).

VIRGO: Divinidad autóctona de los romanos. Le quita el cinturón a la desposada.

VOLUPIA o VOLUPTAS: Diosa romana del placer. Por influencia de la mitología griega se la considera hija de Eros y de Psique.

Z

ZALMOXIS: Héroe legendario o divinidad de las religiones escíticas. Enseñó a los tracios a creer en la inmortalidad del alma utilizando el subterfugio de una desaparición, seguida tres años más tarde por una reaparición.

ZOROASTRO o ZARATUSTRA: Profeta y reformador de la antigua religión persa. Nació hacia 700 antes de nuestra era y muerto en 630-600.